La Venus de las pieles

Leopold von Sacher-Masoch



En La Venus de las pieles el lector descubrirá en Severino al sujeto que busca una dominadora a la cual esclavizarse, acudiendo inclusive a obligarse formalmente mediante un contrato que consagrará con detalle su deber, voluntariamente consentido, de someterse a las más diversas situaciones humillantes y a las sofisticadas torturas que ofrece la imaginación depravada de los dos firmantes, con el fin de provocarse la ansiada excitación sexual, al tiempo que el sujeto pasivo que recibe el beneficio del sufrimiento es puesto en el centro de un ritual de dolor, humillación y sumisión, de desdeñosa frialdad y de castigos físicos y morales, que entre más insufribles le resulten, le propiciarán el éxtasis buscado.

No olvidemos que es Severino quien fuerza a Wanda, contra la voluntad de ella, a adoptar el papel de ama y a aceptarlo a él como esclavo, para lo cual la obliga incluso a firmar un contrato, una de cuyas cláusulas estipula que deberá ir envuelta en pieles tan a menudo como pueda y, en particular, cuando se muestre cruel con su esclavo.

Así que ya saben: sumérjanse en la lectura de esta novela que con tanta agudeza profundiza en la imposible igualdad de las relaciones amorosas y quizás hallen aquí esas alegrías verdaderas que la vida tan cruelmente nos niega.

LELIBROS

Leopold von Sacher-Masoch

La venus de las pieles

« Dios le castigó, poniéndole en manos de una mujer» .

(Libro de Judit, 16, Cap. VII)







Capítulo único

Me encontraba en amable compañía.

Venus estaba frente a mí, sentada ante una gran chimenea Renacimiento. Esta Venus no era una mujer galante de las que —como Cleopatra— combatieron bajo ese nombre al sexo enemigo. No; era la diosa del amor en persona.

Recostada en una butaca, removía el fuego chispeante que enrojecía la palidez de su rostro y los menudos pies, que acercaba a la llama de vez en cuando.

A pesar de su mirada de estatua, tenía una cabeza admirable, que era cuanto yo veía de ella. Su divino cuerpo marmóreo le cubría un gran abrigo de pieles, en el cual se envolvía como una gata friolera.

—No comprendo, señora —dije—. En realidad no hace frío; hace ya dos semanas que llevamos una encantadora primavera. Estará usted nerviosa, sin duda.

—Buena está la dichosa primavera —contestó con voz opaca, estornudando después de una manera deliciosa—. No puedo apenas sostenerme y comienzo a comprender…

—¿Qué, gracia mía?

—Comienzo a creer en lo inverosímil y a comprender lo incomprensible. Comprendo ahora la virtud de los alemanes y su filosofía, y no me asombra que ustedes, en el Norte, no sepan amar, sin que parezcan dudar siquiera de lo que es el amor.

—Permitidme, señora —repliqué con viveza—. Nunca le he dado a usted ningún motivo.

La divina criatura estornudó por tercera vez y levantó los hombros con una gracia inimitable. Luego dijo:

—Por esto soy siempre graciosa para usted y hasta le busco de tiempo en tiempo, aunque me enfríe cada vez, a pesar de todas mis pieles. ¿Te acuerdas aún de nuestro primer encuentro?

—¿Podré olvidarle? Teníais espesos bucles pardos, ojos negros, boca de coral… Os reconocí en los rasgos de la cara y en la palidez de mármol. Llevabais siempre una chaqueta de terciopelo azul violeta guarnecida de piel de ardilla.

—Sí; ¡qué encaprichado estabas con aquel vestido y cuan dócil eras!

—Vos me enseñasteis lo que es el amor, y el culto divino que os consagraba me transportaba dos mil años atrás.

—¿Y no te guardé fidelidad sin ejemplo? —Ahora se trata de eso.

—¡Ingrato!

—No quiero hacer ningún reproche. Habéis sido una mujer divina, pero siempre mujer, y en amor, cruel como todas.

—Es que tú llamas cruel —replicó con viveza la diosa de amor— lo que constituye precisamente el elemento de la voluptuosidad, el amor puro, la naturaleza misma de la mujer de entregarse a lo que ama y de amar lo que le place.

—¿Qué puede haber más cruel para quien ama que la infidelidad del ser amado?

—¡Ay! —contestó—. Somos fieles en tanto que amamos; pero vosotros exigís que la mujer sea fiel sin amor, que se entregue sin goce. ¿Dónde está ahora la crueldad, en el hombre o en la mujer? Las gentes del Norte concedéis demasiada importancia y seriedad al amor. Habláis de deberes donde no hay otra cosa que placer.

—Sí, señora. Tenemos sobre ese punto sentimientos respetables y recomendables, y, además, sólidas razones.

—Y siempre la curiosidad, eternamente despierta y eternamente insaciada, de las desnudeces del paganismo; pero el amor, que es la mayor alegría, la pureza divina misma, eso no les conviene a ustedes los modernos, hijos de la reflexión. Les sienta mal. En cuanto se hacen ustedes naturales, se ponen groseros. La naturaleza les parece una cosa hostil y hacen de nosotras, rientes genios de los dioses griegos, de mí misma, un demonio. Podéis desterrarme, maldecirme, hasta inmolarme al pie de mi altar en un acceso báquico; pero alguno de vosotros habrá tenido el valor de besar mis labios purpurinos. Vaya, por esto, peregrino a Roma, descalzo, con cilicio, esperando que su bastón florezca, mientras que a mis pies surgen a cada instante rosas, mirtos y violetas que no dan su perfume para ustedes. Quedaos en vuestras nieblas hiperbóreas, entre vuestro incienso cristiano, y dejadnos reposar bajo la lava, no nos desenterréis, no.

Pompeya, nuestras villas, nuestros baños, nuestro templo, no se hicieron para ustedes. ¡Ni siquiera necesitáis dioses! ¡Nos helamos en vuestro mundo!

La hermosa dama de mármol tosió y levantó sobre sus hombros la oscura piel de cebellina.

—Gracias por su lección clásica, —contesté—; pero no me negaréis que, así en vuestro mundo lleno de sol como en nuestro brumoso país, el hombre y la mujer son enemigos por naturaleza, con los cuales el amor hace durante cierto tiempo un solo y mismo ser, capaz de una misma concepción, de una misma sensación, de una misma voluntad, para desunirlos luego más, y que —y esto lo sabéis vos mejor que yo— el que no sepa sojuzgar al uno será pronto pisoteado por el otro.

—Y lo que usted sabe mejor que yo —contestó doña Venus con arrogante tono de desprecio— es que el hombre está bajo los pies de la mujer.

—Seguramente, y de aquí no me haga ninguna ilusión.

—Lo que quiere decir que sois siempre mi esclavo sin ilusión, por lo cual no tendré yo misericordia.

—¡Señora!

—¿No me conocéis aún? Sí, soy cruel; ya que tanto te gusta esa palabra. ¿Pero no tengo derecho para serlo? El hombre es el que solicita, la mujer es lo solicitado. Ésta es su ventaja única, pero decisiva. La naturaleza la entrega al hombre por la pasión que le inspira, y la mujer que no hace del hombre su súbdito, su esclavo, ¿qué digo?, su juguete, y que no le traiciona riendo, es una loca.

—¡Buenos principios, hermosa señora! —repliqué indignado.

—Descansan sobre diez siglos de experiencia —dijo ella en tono burlón, mientras en la sombría piel jugaban sus dedos blancos—. Cuanto más fácilmente se entrega la mujer, más frío e imperioso es el hombre. Pero cuanto más cruel e infiel le es, cuanto más juega de una manera criminal, cuanta menos piedad le demuestra, más excita sus deseos, más la ama y la desea. Siempre ha sido así, desde la bella Helena y Dalila, hasta las dos Catalinas y Lola Montes.

—No puedo dejar de convenir —contesté— que nada puede excitar más que la imagen de una déspota bella, voluptuosa y cruel, arrogante favorita, despiadada por capricho.

—Y que además lleve pieles —añadió la diosa.

—¿Por qué recordáis eso?

—Conozco tus gustos.

—¿Sabe usted que desde que no nos vemos se ha hecho usted una magnífica coqueta?

—¿Queréis decirme por qué?

—Porque no puede haber más deliciosa locura que la de envolver vuestro delicado cuerpo en una piel tan sombría.



La diosa sonrió.

—Usted sueña —exclamó—. ¡Despiértese! —con su mano de mármol me cogió por el brazo—. ¡Despierte! —volvió a murmurar rudamente.

Levanté los ojos con pena. Vi la mano que me tocaba, pero la mano era de color de bronce y la voz, áspera, de bebedor de aguardiente, era la de mi antiguo cosaco, que con toda su talla de cerca de seis pies se levantaba ante mí.

—Levántese usted —seguía diciendo el buen hombre—. Es una verdadera vergüenza.

—¿El qué?

—Dormirse vestido con un libro al lado —apagó las bujías casi consumidas y recogió el volumen caído—, con un libro —consultó la cubierta— de Hegel. Además, es hora de ir a casa de don Severino, que nos espera para el té.

—¡Extraño sueño! —dijo Severino cuando acabé—. Descansó el brazo sobre mi rodilla mientras contemplaba sus hermosas manos de delicadas venas y se abismó en una meditación profunda.

Yo sabía que desde hacía mucho no se podía mover, que apenas tenía alientos, habiendo llegado al punto de que su conducta no tenía nada de raro para mí, porque al cabo de tres años mantenía con él relaciones de buena amistad y me había acostumbrado a todas sus originalidades. Nadie podía negar que era extraño, loco casi peligroso, pasando como tal, no sólo entre sus amigos, sino en todo el círculo de Colomea. Para mí, su existencia no sólo era interesante, sino hasta simpática, lo que hacía que yo también pasara para algunos por algo loco.

Siendo un señor de la Galitzia, propietario, joven, pues apenas pasaba de treinta años, daba pruebas de una singular sobriedad de vida, de cierta severidad y hasta de cierta pedantería. Vivía con una minuciosidad exagerada según un sistema medio filosófico, medio práctico, regular como un reloj, como el termómetro, el barómetro, el anemómetro, el higrómetro, según los preceptos de Hipócrates, Hufeland, Platón, Kant, Knigge y Lord Chesterfield, con lo cual tenía a veces violentos accesos de ímpetu, en medio de los cuales intentaba romperse la cabeza contra el muro si alguien no lo evitara.

Sumido en su mutismo, el fuego crepitaba en el hogar, cantaba el grande y venerable samovar, crujía la butaca ancestral en que yo me balanceaba fumando, cantaba el grillo en los viejos muros y yo dejaba caer mis miradas en el extraño mobiliario: esqueletos de animales, pájaros disecados, escayolas y vaciados amontonados en su despacho, cuando de repente atrajo mi vista un cuadro que había visto con frecuencia, pero que precisamente hoy me produjo un efecto indecible a la luz rojiza del fuego de la chimenea.

Era una pintura al óleo, tratada con la habilidad y potencia de colorido de la escuela belga. Su asunto era muy curioso.

Una hermosa mujer con una risa radiante que la alumbraba el rostro, de opulenta cabellera trenzada en nudos antiguos, en la cual el polvo blanco aparecía

como una escarcha ligera, descansaba la cabeza sobre el brazo izquierdo, desnuda entre una oscura pelliza. Su mano derecha jugaba con una fusta, y su pie, desnudo, reposaba descuidado sobre un hombre, tendido ante ella como un esclavo o un perro; y este hombre, de rasgos acentuados, pero de buen dibujo, en los que se leía una profunda tristeza y una devoción apasionada, alzaba hacia ella los ojos de un mártir, exaltado y ardiente. El hombre, taburete vivo bajo los pies de la mujer, no era otro que Severino, pero sin barba, con lo que parecía tener diez años menos.

—¡La Venus de las pieles! —exclamé, señalando el cuadro—. Tal como la vi en sueños.

—Yo también —replicó Severino—. Sólo que yo soñé con los ojos abiertos.

—¿Cómo es eso?

—¡Ay! Es una triste historia.

—Tu cuadro ha dado asunto a mi sueño —continué—. Pero dime de una vez lo que significa; quizá ha desempeñado en tu vida un papel capital. En cuanto a los detalles, los aguardo de ti.

—Examina bien la pareja —replicó mi extraño amigo sin atender a mi pregunta.

La pareja representaba una admirable copia de la *Venus del Espejo*, del Tiziano, en la galería del Hermitage de San Petersburgo.

—¿Adónde vas a parar?

Severino se levantó y señaló con el dedo la piel en que Tiziano envuelve a su diosa de amor.

—Mira también la Venus de las pieles —dijo con una fina sonrisa—. No creo que el viejo veneciano posara jamás la vista sobre el original. Hizo sencillamente el retrato de una Mesalina de rango, y tuvo la galantería de hacer que el Amor sostuviera el espejo en que examina sus encantos majestuosos con un placer indiferente, tarea que parece ser muy penosa para el niño. Más tarde, un inteligente cualquiera de la época rococó, bautizó a la dama con el nombre de Venus, y la piel en que Tiziano envolvió el lindo modelo, más por temor a un constipado que por pudor, se convirtió en símbolo de la tiranía y crueldad que ocultan a la mujer y su belleza. Sea lo que quiera del cuadro, se revela ante nosotros como la más picante sátira de nuestro amor; en nuestro Norte abstracto, en este mundo cristiano helado, Venus tiene que envolverse en una buena pelliza si no quiere resfriarse.

Severino se echó a reír y encendió otro cigarro.

Entre tanto la puerta se abrió, y una rubita encantadora, de ojos despiertos y simpáticos, vestida de seda negra, entró, trayendo fiambres y huevos para el desayuno. Severino tomó uno y le partió con el cuchillo.

—¿No te tengo dicho que los quiero poco cocidos? —exclamó con tal violencia que hizo temblar a la joven.

—Pero querido Sewtschu —dijo ella con timidez.

—¿Qué Sewtschu? Lo que tienes que hacer es obedecer, —obedecer—. Y descolgó el *kantschuck*[1] que pendía entre las armas.

La linda figura huyó como una corza, tímida y ligera.

—Espera un poco y te cojo todavía.

—Pero Severino —dije posando mi mano sobre su brazo—, ¿cómo puedes tratar así a una mujer tan encantadora?

—Examina un poco a la mujer —replicó guiñando finamente los ojos—. Si la hubiese acariciado, me estrangularía; pero como la he educado con el látigo, me adora.

—¡Absurdo!

—Exacto. Así es como hay que educar a las mujeres.

—¡Muy bien! Vive como un pacha en tu harén, pero no me hagas teorías sobre…

—¿Por qué no? —exclamó con viveza—. Las palabras de Goethe, «deberás ser yunque o martillo», no tienen mejor aplicación que a las relaciones entre hombre y mujer. Doña Venus te lo dijo también incidentalmente en sueños. En la pasión del hombre reposa el poder de la mujer, y ésta sabrá aprovecharse de su ventaja si aquél no se pone en guardia. Sólo queda escoger: tirano, o esclavo. Apenas se abandone, tendrá la cabeza bajo el yugo y sentirá el látigo.

—¡Singulares máximas!

—No son máximas, sino resultados de la experiencia —añadió bajando la cabeza—. *Yo fui seriamente maltratado y curé*. ¿Quieres saber cómo?

Se levantó y tomó de un mueble macizo un pequeño manuscrito, que colocó en la mesa ante mí.

—Acabas de pedirme que te explicara el cuadro. Te debo hace tiempo esa explicación. Lee esto.

Severino fue a sentarse cerca del fuego, dándome la espalda, y pareció soñar con los ojos enteramente abiertos. Reinaba nuevamente el silencio en la habitación, el fuego chisporroteaba en el hogar, el samovar y el grillo de los viejos muros cantaban. Abrí el manuscrito y leí:

Confesiones de un ultra-sentimental.

Al frente del manuscrito, unos célebres versos del Fausto servían de epígrafe:

¡Oh, tú, sensual seductor ultra-sentimental! Una
mujer te lleva por la punta de la nariz.

Mefistófeles.

Volví la hoja y leí:

« He sacado lo que sigue de mi diario de entonces, porque es imposible volver sobre lo pasado de una manera imparcial; así es que todas estas páginas poseen la frescura de color de antaño, el sabor de la actualidad» .

Gogol, el Molière ruso, dice en algún lugar: « La verdadera musa cómica es aquella cuyas lágrimas corren bajo la máscara» .

¡Palabras admirables!

Mi estado de alma es así de extraño mientras escribo estas páginas. El aire me parece lleno de un olor de flores penetrante, que me aturde y hace que me duela la cabeza; el humo de la chimenea oscila, y sus espirales se redondean formando gnomos de barba gris que me señalan con el dedo burlándose, amorcillos mofletudos que cabalgan sobre el respaldo de mi silla y mis rodillas, que me hacen reír en tanto escribo mis aventuras. Y eso que no escribo con tinta ordinaria, sino con la sangre escarlata que destila mi corazón, porque todas las llagas, hace tiempo cicatrizadas, se han vuelto a abrir, y mi corazón palpita y sufre, y acá y allá una lágrima cae sobre el papel.

Los días pasan muy lentos en los bajos Cárpatos. No se ve a nadie, ni nadie lo ve a uno. Difícil sería escribir un idilio. Me proponía organizar aquí una galería de cuadros, un teatro con repertorio nuevo para toda una estación, conciertos virtuosos, dúos, tríos; pero —¿dónde voy a parar?— apenas he llegado a preparar la tela, a encerar el pavimento, a disponer el papel de música, porque, ¡ay!, ¿lo diré? —no tengo, amigo Severino, falsa vergüenza de mentir a nadie, pero no consigue uno engañarse a sí mismo—; no soy, casi, otra cosa que un *dilettante* en pintura, en poesía, en música y otros pretendidos conocimientos inútiles que proporcionan a los maestros el sueldo de un ministro, ¿qué digo ministros?, pequeños potentados. Pero, ante todo, soy un *dilettante* en amor.

Hasta ahora he amado lo mismo que he pintado y he hecho versos, lo que quiere decir que no pasé nunca de la impresión, el plan, el primer acto, la primera estrofa. Hay hombres que emprenden una cosa y no la acaban nunca; yo soy de ésos.

¿Pero quién está cantando ahora?

Veamos.

Salgo a mi ventana y encuentro el nido en que me desespero, enteramente poético. ¡Qué vista la de las cimas azules tejidas de oro solar de las montañas, a través de las cuales, como bandas de plata, ruedan los torrentes; y qué claro azul es el cielo, hacia el que se levantan las crestas nevadas; qué verdes y frescas las laderas, los prados en que pacen los rebaños; cómo amarillean más abajo los trigos, entre los cuales se inclinan y se enderezan las figuras de los segadores!

La casa donde vivo está situada en un parque de placer: un bosque, o un

desierto, como quiera llamársele; tanto es de solitario.

Vivimos por junto en ella: yo, una viuda de Lemberg, la señora Tartakuska, una ancianita que de día en día envejece y se encoge, un perro viejo y un gato joven que juega constantemente con un ovillo, de propiedad, me figuro, de la guapa viuda.

La viuda es aún verdaderamente bella, joven todavía —lo más, veinticinco años— y muy rica. Vive en el primer piso; yo vivo en el bajo. Sus verdes persianas siempre están caídas y tiene un balcón adornado de plantas trepadoras; pero yo también tengo mi íntimo nido, en el cual leo, escribo, pinto y canto, como un pájaro en las ramas. Desde él veo el balcón donde, de cuando en cuando, aparece un traje blanco entre las verdes y poéticas mallas de las plantas. En verdad, la bella que vive por encima de mí me interesa muy poco, porque estoy perdido por otra, desesperadamente perdido, más que el caballero Eggenpurg, más que des Grieux en *Manon Lescaut*. Mi bien amada es una piedra.

En el jardín, en el estrecho retiro solitario hay una riente praderita en que pace tranquila una pareja de corzos domesticados. En esta pradera hay una estatua de Venus, en piedra, cuyo original me parece que se encuentra en Florencia. La tal Venus es la más hermosa mujer que he visto en mi vida.

No quiere esto decir mucho, puesto que he visto pocas mujeres y menos que sean guapas. Además, en amor soy todavía un *dilettante* que no ha pasado nunca de los preliminares del primer acto.

Dejemos, pues, el superlativo; como si lo que es bello pudiera ser excedido.

La Venus es hermosa y la quiero tan apasionadamente, tan dolorosamente, tan profunda, tan locamente, como se puede amar a una mujer; y ella responde a este amor con una sonrisa eternamente semejante, eternamente tranquila, una sonrisa de piedra. En una palabra: la adoro.

A veces, cuando el sol lanza sus cálidos dardos sobre los bosquecillos, me tiendo a la sombra de una copuda haya, y leo. A menudo, visito de noche a mi fría y cruel bien amada, me arrodillo ante ella, apoyada la cara sobre la fría piedra en que descansan sus pies, y la dirijo plegarias.

El espectáculo es inexpresable cuando la luna —que ahora está llena— sale transparentándose entre los árboles. La pradera se inunda de reflejos argentados, y la diosa parece irradiar la luz dulcísima.

Una vez, al volver a mi cuarto, a través de una de las avenidas que conducen a la casa, vi de repente una forma femenina, tan blanca como la piedra, iluminada por la luna. Tan sólo la separaba de mí la verde muralla. Me pareció que mi bella mujer de mármol tenía lástima de mí y me seguía viva; pero me sobrecogió una agonía sin nombre, mi corazón amenazaba romperse y dejó de latir.

Sí; verdaderamente soy un *dilettante* que no sabe salir del segundo verso. Pero en lugar de quedar clavado, huí tan de prisa como pude.

¡Vaya una aventura! Un judío, vendedor de fotografías, me ha puesto en las manos el retrato de mi ideal. ¡La Venus del Espejo, del Tiziano! ¡Qué mujer! ¡He de escribir una poesía! Tomo la hoja y escribo al dorso:

La Venus de las pieles.

« Tienes frío, ¡oh, tú, que haces nacer las llamas!
Envuélvete en tu pelliza de déspota, que a nadie conviene mejor que a ti,
diosa cruel de amor y de belleza» .

Pocos instantes después adopté unos versos de Goethe, que había leído hacía poco en los paralipómenos sobre *Fausto*:

AL AMOR

Lleva dos alas falsas;
sus flechas son las garras,
su corona ocultas astas;
es, sin disputa,
como todos los dioses griegos
un demonio disfrazado.

Coloqué el retrato ante mí sobre la mesa, descansando en un libro y le contemplé. La fría coquetería con que la gran señora envuelve sus encantos en una oscura piel de cebellina; el vigor y la dureza que reinan en su cara de mármol, me llenaban a la vez de encanto y horror.

Tomé la pluma y escribí:

« Amar, ser amado, ¡qué fortuna! ¡Y con qué resplandor brilla esta dicha comparada con la cruel felicidad de adorar a una mujer que hace de nosotros un juguete, de ser el esclavo de una hermosa!» .

Me desayuné bajo la bóveda verde y me puse a leer el libro de Judit, envidiando el furor de Holofernes el Gentil, la real mujer que le decapitó y hasta su hermosa muerte. « Dios le castigó poniéndole en manos de una mujer» .

Me choca esta frase.

¡Cuan poco galantes los judíos! Su Dios pudo elegir mejor expresión para el bello sexo.

« Dios le castigó poniéndole en manos de una mujer» , me repetía entre tanto. ¿Qué podría hacer yo para que me castigase?

¡A la buena de Dios! He aquí que viene nuestra vieja. Cada día que pasa la reduce más. Arriba, entre el enredijo de los verdes tallos, otra vez flota el traje blanco. ¿Es Venus o la viuda?

Esta vez debe ser la viuda, porque la señora Tartakuska hace una reverencia y me busca en su nombre para que le preste libros. Corro a mi habitación y tomo un par de volúmenes.

Ya es tarde cuando recuerdo que el retrato de Venus va entre uno de ellos. La dama blanca se enterará de mis expansiones.

¿Qué será lo que diga?

La oigo reír.

¿De mí, acaso?

¡Plenilunio! El astro aparece ya sobre la cima de los abetos que bordean el parque; un vapor argentado envuelve la terraza, los grupos de árboles, todo el paisaje, hasta perderse de vista en la distancia como una onda palpitante.

No puedo resistir; todo esto me atrae y me llama tan extrañamente, que vuelvo a vestirme y recorro el jardín.

Me dirijo hacia la pradera, la suya, de mi diosa, la bien amada.

La noche es fresca. Me estremezco. El aire está cargado de aroma de flores y maderas. Embalsama.

¡Qué calma! ¡Qué música alrededor! Un ruiseñor se queja. Las estrellas palpitan dulcemente con un brillo azul pálido. La pradera parece un espejo, la capa helada de un estanque.

Augusta y radiante se levanta la imagen de Venus.

¿Pero qué es esto?

De las espaldas marmóreas de la diosa desciende hasta sus pies una gran capa oscura de pieles. Quedo estupefacto al pie de ella; de nuevo se apodera de mí un temor indescriptible a esta mujer, e intento emprender la fuga.

Apresuro el paso. Observo entonces que me he equivocado de avenida, y al volver lateralmente por una senda, me encuentro cara a cara con Venus; la hermosa mujer de piedra, ¡no!; la verdadera diosa de amor, cuya sangre es caliente, cuyo pulso late, erguida ante mí en un banco de piedra. Sí, sin duda ya me ama, como aquella otra estatua que se animó para su autor. Ya la primera sorpresa ha desaparecido. La blanca cabellera de la diosa parece de piedra todavía; su blanco vestido brilla como la luna —a no ser un efecto de la seda— y cae de sus espaldas la piel sombría. Pero sus labios son rojos, sus mejillas están coloreadas, caen de sus ojos dos rayos verdes, diabólicos, sobre mí, y ríe.

Su risa es extraña; nadie, ¡ay!, podría describirla; me quita la respiración, huyo de nuevo, a cada instante me veo obligado a detenerme para respirar, y su risa burlona me persigue siempre a través de los sombríos senderos, en la

pradera alumbrada, en la fronda oscura, donde sólo penetran algunos rayos de luna. He perdido el camino, me extravío cada vez más, y gruesas gotas de sudor forman perlas en mi frente.

Me paro, por último, y me entrego a un corto monólogo.

Siempre uno es consigo mismo o muy amable o muy grosero.

Soy un asno, me digo.

Esta palabra ejerce una gran influencia, posee casi una acción mágica que me hace volver en mí.

En un guiñar de ojos me tranquilizo.

Vuelvo a repetirme alegre: ¡asno!

Entonces todo aparece para mí claro y distinto: aquí está la fuente, allí los matorrales, más allá la casa, en que entro lentamente.

De nuevo, burlona todavía, bajo el verdor a través del cual brilla la luna, como sobre el muro bordado de plata, la forma blanca, la hermosa mujer de piedra a quien adoro y temo, ante la que huyo.

En dos zancadas me he puesto en la casa. Respiro y reflexiono:

¿Qué es lo que soy, en realidad, ahora? ¿Un pequeño *dilettante* o un gran asno?

La mañana es sofocante, el aire lleno de excitantes aromas. Me siento de nuevo bajo mi dosel de madreselvas, y leo en la *Odisea* la historia de la encantadora que transformó a su adorador en bestia. ¡Deliciosa imagen del amor antiguo!

Un dulce estremecimiento pasa en las ramas y en los ramos; las hojas de mi libro se levantan y se escucha un frú-frú en la terraza.

Es un vestido de mujer.

He aquí a Venus sin las pieles; no, esta vez es la viuda, y sin embargo, Venus también. ¡Oh, qué mujer!

¡Cuan bien le sienta su blanco y ligero peinador, cómo levanta sus ojos hacia mí, qué poéticas y preciosas parecen ser sus nobles formas! No es alta ni baja; su cabeza es más tentadora, más picante —en el gusto del tiempo de las marquesas francesas— que estrictamente bella, pero de todos modos arrebatadora. ¡Qué dulzura, qué preciosa travesura se lee en toda ella, hasta en su pequeña boca! Su piel es tan fina, que es fácil distinguir las venas azules, incluso a través de la muselina que cubre sus brazos y su garganta. ¡Cómo cae su cabellera roja en ricos bucles, ni rubios ni dorados, jugando los rizos sobre su nuca, diabólicos, pero adorables! Sus ojos me lanzan verdes destellos; porque son verdes sus ojos, de dulce potencia indescriptible, verdes como piedras preciosas, como los profundos lagos de las montañas.

Ella nota la confusión que me hace tan descortés —sentado y cubierto como permanezco— y sonríe maliciosamente.

Por fin me levanto y la saludo. Se aproxima y se echa a reír como un niño.

Yo balbuceo, como sólo puede balbucear un pequeño *dilettante* o un asno

grande.

Así fue como nos conocimos.

La diosa me pregunta mi nombre y declina el suyo.

Se llama Wanda de Dunaiew.

Es verdaderamente mi Venus.

—Pero, señora, ¿cómo se os ocurrió aquello?

—Gracias a la estampa de vuestro libro.

—No me acordaba ya…

—Aquellas cosas extrañas del reverso…

—¿Extrañas, por qué?

Me miró.

—Siempre me ha gustado conocer lo extravagante, por capricho, y usted me parece uno de los mayores extravagantes del mundo.

—En ese caso, señora mía…

Nuevamente se apoderó de mí la fatal idiótica tartamudez, y un rubor excusable en un adolescente de dieciséis años, pero no en quien tiene diez años más.

—Esta noche tuvo usted miedo de mí.

—Es verdad, no lo niego. Pero ¿no quiere usted sentarse?

Se sentó, saboreando mi agonía, porque yo tenía más miedo ahora en pleno día. Su labio superior bosquejaba una sonrisa provocativa y burlona.

—Usted ve el amor, y ante todo, la mujer —comenzó a decir— como algo hostil, algo contra lo que uno se defiende inútilmente, pero cuyo poder se siente como un dulce tormento, como una crueldad penetrante.

—¿No es usted de la misma opinión?

—No —respondió viva y categóricamente, sacudiendo la cabeza de manera que sus bucles se agitaron como llamas—. El goce sin dolor, la serena sensualidad griega es el ideal que procuro realizar en mi vida, y no creo en el amor que predican al espíritu el Cristianismo, los modernos, las almas caballerescas. Sí, miradme una vez más; soy más que un hereje, soy una pagana. « ¿Crees tú que la diosa del amor haya resplandecido nunca como cuando quiso resplandecer para su Anquises en el bosque sagrado del monte Ida?» . Estos versos de la elegía romana de Goethe me chocaron siempre mucho. En la naturaleza sólo se encuentra el amor de los tiempos heroicos, « cuando los dioses y las diosas se amaban» . Entonces « el apetito seguía a la mirada, el goce al apetito» . Todo lo demás es amanerado, afectado, falseado. En el Cristianismo, la cruz, el emblema de la cruz, para mí espantable, tiene algo de extraño, de enemigo de la naturaleza y sus inocentes impulsiones. La lucha del alma contra el mundo sensual es el evangelio del mundo moderno. No quiero saber de ello.

—Sí, señora; su puesto de usted está en el Olimpio —repliqué—. Pero nosotros, los modernos, no podemos soportar la antigua pureza, por lo menos, en

amor. La idea de poseer conjuntamente con otros a una mujer, así sea una Aspasia, nos indigna. Somos celosos como nuestro Dios. Así es como el nombre de la admirable Friné se ha convertido para nosotros en una injuria. Nosotros buscamos una pobre y pálida jovencita, a lo Holbein, que sólo sea para nosotros, y no una Venus antigua, por muy hermosa que pueda ser, que hoy ame a Anquises, mañana a París, al siguiente a Adonis; y si la naturaleza triunfa en nosotros, si nos entregamos en un acceso de pasión a semejante mujer, su alegría de vivir nos parece satanismo, crueldad, y vemos en nuestra delicia un pecado que debemos expiar.

—Así es como sueñan ustedes la mujer moderna, mujercitas histéricas que en su camino de sonámbulas hacia un hombre ideal soñado no llegan a estimar al hombre mejor, y que, en medio de sus lágrimas y sus luchas, faltan diariamente a sus deberes cristianos, hoy engañadas y engañadoras mañana, siempre buscadas y eligiendo y siempre fracasadas en la elección de su amor. Esas mujeres ni son nunca dichosas ni dan la felicidad, acusando a la fatalidad siempre, en tanto que yo, para estar tranquila, quiero amar y vivir como Helena y Aspasia vivieron. La naturaleza no ha hecho durables las relaciones del hombre y la mujer.

—Señora mía…

—Déjeme concluir. Sólo es el egoísmo del hombre, que quiere enterrar a la mujer como un tesoro. Toda tentativa para asegurar el amor, mediante ceremonias santas, juramentos y pactos durables en el cambio constante de la existencia humana, constituye un desastre. ¿Me negará usted que nuestro mundo cristiano ha entrado en la putrefacción?

—Pero…

—Usted querrá decir que el individuo que se levante contra la organización social será expulsado, marcado con un hierro candente, lapidado. Muy bien. Yo me burlo de ello, mis máximas *son* paganas, quiero seguir mi vida. Renuncio a vuestro hipócrita respeto, y marcho adelante para ser feliz. Los inventores del matrimonio cristiano tuvieron razón desde este punto de vista, lo mismo que cuando inventaron la inmortalidad. Sin embargo, no por ello pienso vivir eternamente, y cuando, con mi último suspiro, todo haya acabado acá abajo para Wanda Dunaiew, ¿qué ventaja sacaré de que mi espíritu cante en un coro de ángeles o de que mis cenizas tomen una nueva existencia? De uno u otro modo, yo no renaceré tal como soy, de modo que he de renunciar a aquella consideración. ¿Pertenecer a un hombre a quien no amo, sólo por la razón de que le amé alguna vez? No, no renunciaré; amo a quien me place y le hago dichoso. ¿Acaso es repugnante esto? No; por lo menos es mucho más hermoso que si me regocijara del tormento cruel que provocan mis encantos, y me desviara, virtuosa, del desgraciado que se consume por mí. Soy joven, rica y bella, y vivo sólo para el goce y el placer.

En tanto que ella hablaba, bollándola los ojos maliciosamente, yo había cogido sus manos sin saber qué hacer de ellas, y como un verdadero *dilettante*, pronto acabé, dejándolas libres.

—Me encanta vuestra lealtad —dije— y sólo…

De nuevo maldito *dilettantismo* ahogaba mis palabras.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Qué quiero? Sí, quería…, disculpadme, señora, si os he interrumpido.

—¿Cómo eso?

Hubo una larga pausa, durante la cual ella discurrió un monólogo que, traducido a mi idioma, se resumía en esta palabra: «¡asno!».

—Si me permite usted, señora —continué al fin—, ¿cómo ha llegado usted a esas ideas?

—Muy sencillamente. Mi padre era un hombre muy sensato. Desde la cuna me he visto rodeada de esculturas antiguas. A los diez años leía yo *Gil Blas*; a los doce, La Pucelle. Como otros, durante su infancia, hablan del Pulgarcito, de Barba Azul, de la Cenicienta, yo nombraba a Venus y Apolo, Hércules y Laocoonte, como amigos míos. Mi marido era una naturaleza pura y animada; la incurable enfermedad que pesó sobre él poco después de nuestro matrimonio, jamás pudo velar su frente una sola vez de una manera duradera. La víspera de su muerte me tomó aún en su lecho, y durante los muchos meses en que se extinguió sobre un sillón de ruedas, me decía a menudo, bromeando: «¿Tienes ya un adorador?». Yo enrojecía de vergüenza. «No me engañes», añadió una vez. «Eso es repugnante; pero busca un buen mozo, o mejor, muchos. Eres una buena mujer; pero, como una niña, necesitas juguetes». No será necesario decirle a usted que, mientras él vivió, no hubo adorador; pero así hizo de mí lo que *soy*: una griega.

—Una diosa —interrumpí.

Sonrió.

—¿Cuál, por ventura? —Venus.

Me amenazó con el dedo y frunció las cejas.

—La Venus de las pieles. Aguardad, tengo una pelliza enorme con la que puedo taparos enteramente y en la que os cogeré como en una red.

—¿Cree usted —repliqué con viveza, al ocurrírseme lo que tomé por un buen pensamiento, siendo, en realidad, trivial y absurdo—; cree usted que sus ideas puedan realizarse en nuestra época y que Venus se atreva impunemente a pasear su belleza y su pureza sin velos en ferrocarriles y telégrafos?

—No; velada, ciertamente, no; pero entre pieles —exclamó riendo—. ¿Quiere usted ver las mías?

—¿Y luego?

—¿Cómo luego?

—Hombres hermosos, puros y felices, como lo fueron los griegos, no son

posibles hoy sino teniendo esclavos que hagan para ellos la poco poética tarea de la vida diaria y que, ante todo, trabajen para ellos.

—Sin duda alguna —replicó con malicia—; pero ante todo, una diosa olímpica como yo necesita un ejército de esclavos. ¡Cuidado!

—¿De qué?

Yo mismo me asusté del atrevimiento con que lo dije; pero no ella, que entreabrió un poco los labios, dejando ver la blanca dentadura, y dijo con un tono ligero, como una cosa sin importancia:

—¿Queréis ser mi esclavo?

—En amor —repliqué yo con solemne sinceridad— no hay yuxtaposición, y si se me deja optar entre mandar o ser mandado, me parece muy irritante ser el esclavo de una bella mujer. ¿Dónde encontraría yo la mujer que, sin ejercer su influencia mediante mezquinas querellas, dominase absoluta, pero tranquilamente, guardando conciencia de sí misma?

—Sin embargo, no sería difícil.

—Usted cree…

—Yo… por ejemplo —dijo riendo y echándose hacia atrás—, tengo disposiciones de déspota… también poseo la pelliza indispensable… Pero ¿de veras? ¿Tuvisteis sinceramente esta noche miedo de mí?

—Sinceramente.

—¿Y ahora?

—Ahora, sinceramente, sigo teniéndole.

Día por día, estamos juntos Venus y yo; completamente juntos: desayunamos en mi bosquecillo y tomamos el té en su gabinete, dándome ocasión de desplegar mis pequeños, pequeñísimos talentos. ¿Con qué objeto me instruí yo en todos los ramos de los conocimientos humanos, me ensayé en todas las artes, no poseyendo una encantadora mujercita?

Pero ésta no tiene nada de pequeña y me impone de una manera prodigiosa. Hoy he dibujado su retrato y he comprendido seria y claramente cuan poco está hecho nuestro peinado moderno para su cabeza de camafeo. Tiene poco de romano, pero mucho de griego en las facciones.

Tan pronto me complazco en pintarla de Psiquis, tan pronto de Astarté, dando siempre a sus ojos una expresión exaltada o semilánguida de voluptuosidad extinguida; pero ella quiere de todas veras un retrato.

Ahora quiero ponerla unas pieles.

¡Ay! ¿Para qué, sino para ella, puede hacerse una pelliza real?

Estaba ayer tarde con ella leyéndole las elegías romanas. Pronto abandoné el libro y me puse a hacer algunas reflexiones. Parecían agradarla; hasta parecía estar pendiente de mis labios, y su seno palpitaba.

¿Me habré equivocado?

La lluvia hería melancólica los vidrios, y en el hogar el fuego recordaba el invierno, trayéndome a la memoria hasta tal punto mi patria que, olvidando por un momento todo respeto, besé la mano de la hermosa, sin que ella hiciera oposición.

Entonces me senté a sus pies y me puse a leerle un poemita que había escrito para ella:

LA VENUS DE LAS PIELES

Posa el pie sobre tu esclavo,
mitológica mujer,
diabólicamente encantadora;
tiende tu cuerpo de mármol
entre los mirtos y agaves.

Esta vez estoy seguro de que pasé de la primera estrofa; pero por la noche me pidió el manuscrito y me he quedado sin copia, de suerte que sólo me acuerdo del principio.

Tengo una curiosa sensación. Me parece que no estoy enamorado de Wanda. Por lo menos en nuestra primera entrevista no experimenté ninguna pasión al ver sus ojos abrasadores. Pero también experimento que su belleza extraordinaria, verdaderamente divina, me tiende magníficas emboscadas. No es esto una atracción del corazón, que nazca en mí; es sujeción física, lenta, pero, por lo mismo, completa.

Yo sufro cada día más y ella no hace otra cosa que reír.

Hoy me ha dicho de repente, sin ningún motivo: —Me interesa usted. La mayoría de los hombres son vulgares, sin entusiasmo, sin poesía; usted, en cambio, posee cierta profundidad y exaltación, y, sobre todo, una gravedad que me sienta bien. Quizá le tome a usted afección.

Pasada una nube de verano, vamos a visitar juntos la pradera y la estatua de Venus. La tierra exhala vapores a nuestro alrededor, las nubes suben en el cielo como el humo de un sacrificio, flotan en el aire los restos del arco iris, los árboles gotean aún; pero los pájaros saltan de rama en rama gorjeando como regocijados de algún gran acontecimiento, y todo está lleno de aroma de frescor. No podemos avanzar por la pradera, porque está llena de humedad, aunque parece resplandeciente de sol como un estanque, sobre cuyo espejo se levanta la diosa de amor. Alrededor de su cabeza danza un enjambre de moscardones que, entre los rayos del sol, parecen formarla una aureola.

Wanda se regocija de ello, y como los bancos del paseo están todavía húmedos, se apoya en mi brazo para descansar. Una dulce laxitud se extiende por todo su ser, sus ojos están entornados, su aliento roza mi mejilla.

La tomo de la mano, y sin saber si le agrada, le pregunto:

—¿Podría usted amarme?

—¿Por qué no? —replica descansando un momento sobre mí su mirada tranquila.

Un instante después me arrodillo ante ella y oprimo mi rostro arrebatado sobre la muselina perfumada de su traje.

—Pero, Severino, esto es inconveniente.

Con todo, me apodero de su menudo pie y pego en él mis labios.

—¡Cada vez peor! —exclama desprendiéndose y huyendo precipitadamente a casa, mientras su deliciosa zapatilla queda entre mis manos. ¿Será un presagio?

En todo el día me he atrevido a acercarme a ella; al oscurecer, sentado en mi

bosquecillo, vi de improviso su graciosa cabeza roja a través de las trepadoras de su balcón.

—¿Cómo no viene usted? —me decía impaciente.

Subí la escalinata. Al llegar arriba perdí nuevamente valor y llamé con timidez. Ella no dijo nada, pero abrió y apareció en el umbral.

—¿Y mi zapatilla?

—Está… tengo… quiero —balbuceé.

—Vaya usted a buscarla; después tomaremos el té y charlaremos.

Cuando volví, estaba preparado el té. Puse la zapatilla solemnemente sobre la mesa y me quedé en un rincón, como un niño que aguarda el castigo.

Noté que su frente estaba algo arrugada y que su boca tenía una expresión entre severa e imperiosa que me encantaba.

Una vez más se echó a reír.

—De modo… ¿que está usted verdaderamente enamorado… de mí?

—Sí, y sufro lo que usted no puede sospechar.

—¿Sufre usted? —y volvió a reírse.

Yo estaba sublevado, confuso, aniquilado, pero inútilmente.

—¿Qué es eso? —prosiguió—. Yo soy buena con usted, toda corazón —me dio la mano y me examinó amistosamente.

—¿Quiere usted ser mi mujer?

Wanda me miró, ¡con qué ojos! Me pareció asombrada y un poco burlona.

—¿De dónde saca usted tanta audacia?

—¿Audacia?

—Sí, audacia sin igual, audacia de tomar mujer, y particularmente a mí —luego levantó en el aire la zapatilla—. ¿Tan pronto se ha familiarizado usted con esto? Pero, bromas a un lado, ¿verdaderamente quiere usted casarse conmigo?

—Sí.

—Entonces, Severino, es una historia sincera. Creo serle querida a usted, como usted lo es para mí, y, lo que es mejor aún, nos interesamos el uno al otro. No hay ahora ningún peligro de que nos hastiemos; pero ya sabe usted que yo soy una mujer frívola que, por lo mismo, toma el matrimonio muy en serio, y que si asume deberes, quiere también poderlos cumplir. Pero temo que sea usted desgraciado.

—Yo le ruego que sea usted leal para mí.

—Le he hablado a usted lealmente. No creo poder amar a un hombre más de… —inclinó la cabeza con aire descorazonado, y reflexionó.

—Un año.

—¿En que está usted pensando?… Un mes quizá.

—¿Ni a mí?

—¿A usted? Quizá dos meses…

—¿Dos meses?

—Dos meses, muy largos.

—Señora, es una frase digna de la antigüedad.

—Ya ve usted cómo no puede soportar la verdad. Wanda cruzó la habitación, volvió a apoyarse en la chimenea y me miró, recostando su brazo sobre el mármol.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Lo que usted quiera —respondí con resignación—; lo que le dé gusto.

—¡Qué inconsecuente! —exclamó—. Primero me pide usted por mujer y luego se ofrece usted a mí como un juguete.

—Wanda, os quiero.

—Volvemos al punto de partida. Usted me ama y me quiere por mujer; pero yo no quiero contraer ningún nuevo matrimonio, porque dudo que mis sentimientos y los vuestros puedan ser duraderos.

—¡Pero yo quiero correr el riesgo con usted!

—Entonces se trata de saber si yo misma quiero correr ese riesgo con usted —dijo con la mayor tranquilidad—. Yo puedo imaginarme pertenecer por toda la vida a un hombre, pero ha de ser un hombre completo, que se me imponga, que me subyugue por la fuerza de su carácter, ¿comprende usted?; y este hombre —bien lo tengo sabido— apenas se enamore de veras, se hará débil, blando, ridículo; se pondrá en manos de la mujer, de rodillas ante ella, cuando yo no puedo amar de una manera duradera a un hombre que se ponga de rodillas. A pesar de todo, me es usted tan grato, que haré el ensayo con usted. Yo caí a sus pies.

—¡Dios mío! Ya está usted de rodillas, principia usted bien —y añadió cuando me hube levantado—: Le doy a usted un año para conquistarme, o para convencerme de que podemos entendernos y vivir juntos. Si lo consigue usted, seré su mujer; una mujer, Severino, que cumplirá sus deberes estricta y concienzudamente. Durante este año viviremos como casados.

La sangre se me subió a la cabeza. Las mejillas de ella se abrasaron también.

—Viviremos juntos —añadió—. Participaremos de nuestras costumbres para ver si nos convienen. *Yo le concedo a usted todos los derechos de un esposo, de un adorador, de un amigo*. ¿Está usted satisfecho?

—Debo de estarlo.

—No debe usted nada.

—Pero lo quiero.

—Muy bien. Así es como hablan los hombres. Tome usted mi mano.

Hace diez días que no paso una hora sin ella, salvo las noches. Arde en mí siempre el deseo de contemplar sus ojos, de tener sus manos entre las mías, de oír sus palabras, de acompañarla constantemente.

Mi amor me parece un golfo, un abismo sin fondo en que me hundo cada vez más, y del que no podré salir ya.

Hoy nos hemos tendido a media noche ante la estatua de Venus, en la pradera. Yo cogí flores, que puse sobre sus rodillas, y ella tejió guirnaldas, con que coronamos a nuestra diosa.

De repente, Wanda me pareció tan turbada, que al momento las llamas de mi pasión invadieron todo mi ser. Incapaz de dominarme por más tiempo, la rodeé con los brazos y me suspendí a sus labios. Ella me oprimió sobre su pecho palpitante.

—¿La molesto a usted?

—Nunca me molesta lo que es natural; pero temo que usted sufra.

—¡Ay…! Sufro horriblemente.

—¡Pobre amigo! —me apartó el cabello desordenado sobre la frente—. Pero espero que será por nada.

—No —contesté—. Mi amor es una especie de demencia. El pensamiento de perderla a usted o de que realmente quede usted perdida para mí, me atormenta día y noche.

—¿Pero es que me posee usted de algún modo? —dijo Wanda mirándome con aquellos ojos lánguidos, húmedos, devorados de pasión, que ya otra vez me habían fascinado. Después se levantó y colocó una corona de anémonas azules sobre la blanca cabeza de Venus. Sin quererlo, casi, la rodeé la cintura con el brazo.

—No puedo vivir sin ti, hermosa mía; créeme, créeme; esta vez no es una frase, una fantasía; siento en lo más hondo de mi corazón que mi vida va ligada a la tuya. Moriré si te separas de mí.

—¿Qué falta hace eso, puesto que te amo? —me cogió la cara, y añadió—: ¡Pobre loco!

—Pero no quieres ser mía sin condiciones, en tanto que yo te pertenezco incondicionalmente.

—Eso no está bien, Severino —replicó ella casi consternada—, ¿no me conoce usted aún? ¿No quiere usted aprender a conocerme? Yo soy buena cuando me tratan sincera y razonablemente; pero si alguien se entrega demasiado a mí, me hago arrogante.

—¡Séalo usted, sea arrogante, sea déspota! —grité completamente exaltado —, ¡pero sea usted mía y para siempre! —me senté a sus pies y abracé sus rodillas.

—Vamos a acabar mal, amigo mío —replicó severamente, sin excitarse.

—¡Así no acabará nunca! —exclamé yo, loco de amor—. ¡Sólo la muerte puede separarnos! Si no quieres ser mía, toda mía para siempre, *quiero ser tu esclavo*, servirte, soportarlo todo de ti; pero no me rechaces.

—Cálmese, levántese, y béseme en la frente. Mi corazón es de usted, pero no son ésos los medios de conquistarme y conservarme.

—Haré todo, todo lo que usted quiera, pero sin perderla; esa idea me…

—Levántese. Obedecí.

—Verdaderamente es usted un hombre extraño. ¿Quiere usted poseerme a ese precio?

—Sí, a cualquier precio.

—¿Y qué valor tendría mi posesión para usted —aquí reflexionó, sus ojos tomaron una expresión inquieta, desconfiada— si yo no le amase a usted, si quisiese pertenecer a otro?

Quedé aturdido. La contemplé. Su actitud era firme y segura, sus ojos me miraban fríos.

—Ya veo que ese pensamiento le da a usted miedo.

Repentinamente, una sonrisa benévola iluminó su faz.

—Sí, me causa horror figurarme que una mujer a quien amo, que ha respondido a mi amor, se entregue a otro sin piedad ninguna para mí. ¿Me quedaría alguna alternativa? Si amaba locamente a esa mujer, ¿la volveré la espalda dignamente y mi energía me llevará a la tumba, o me meteré una bala en la cabeza? Yo tengo dos ideales de mujer. ¿Encontraré una mujer que, fiel y benévola, comparta mi suerte brillante y generosa, cuando ahora quien la comparte sólo lo hace de una manera blanda o tímida? Entonces prefiero caer entre las manos de una mujer sin virtud, inconstante y despiadada. En su inmenso egoísmo, esa mujer es todavía un ideal. Si es que no puedo gozar plena y enteramente la dicha del amor, necesito apurar la copa de los sufrimientos y de las torturas, ser maltratado y engañado por la mujer amada, cuanto más cruelmente, mejor. ¡Es un verdadero goce!

—¿Está usted soñando?

—Amo a usted de tal modo, con toda mi alma —añadí—, con todo mi corazón, que la proximidad de usted, la atmósfera suya me son indispensables si he de vivir. Elija usted entre mis ideales. Haga usted de mí lo que quiera: un marido o un esclavo.

—Muy bien —dijo Wanda, frunciendo sus cejas enérgicas y sutiles—. Ha de ser muy divertido dominar de tal manera al hombre que nos interesa y ama. Pero ¡qué imprudencia dejarme escoger! Elijo, pues. Quiero que sea usted mi esclavo, mi juguete.

—¡Hágalo! —exclamé medio espantado, medio encolerizado—. Si sobre la armonía de las ideas puede fundamentarse una unión, las pasiones proceden de los grandes contrastes. Nosotros somos dos contrastes que se yerguen hostilmente uno contra el otro, y si tengo que compartir ese amor, me es odioso, me causa miedo. Dado ese estado de cosas, no puedo ser sino martillo y yunque. Seré yunque. No puedo ser dichoso sin ver el objeto amado. Podría amar a una mujer, mas sólo siéndome cruel.

—Pero, Severino —replicó Wanda casi enfadada—, ¿me cree usted capaz de maltratar a un hombre que me ama como usted y al que también yo amo?

—¿Por qué no, si precisamente por eso os adoro tanto? *Sólo se puede amar lo que está por encima de nosotros*; una mujer que nos abruma por su belleza, por su temperamento, su alma, su fuerza de voluntad, que se muestra despótica para nosotros.

—¿De modo que lo que huyen los demás es lo que busca usted?

—¡Perfectamente! Esa es mi originalidad.

—La pasión de usted no tiene nada de original ni de extraño. ¿A quién no le gusta una hermosa piel? Y todo aquél a quien gusta sabe cuan próximos parientes son el amor y el dolor.

—Pero es que en mí todo eso llega al apogeo.

—Lo que quiere decir que la razón puede poco en usted y que usted es una naturaleza llena de molicie y de sensualidad.

—Los mártires, según usted, serían hombres de una naturaleza llena de molicie y de sensualidad.

—¿Los mártires?

—Y, sin embargo, eran hombres vacíos de sensualidad, que sacaban placer del sufrimiento y que buscaban espantosas torturas, incluso la muerte, como otros buscan la alegría. Yo, señora, soy uno de esos hombres vacíos de sensualidad.

—Tenga usted cuidado de no ser, por lo mismo, un mártir del amor.

Es una tibia noche de estío perfumada. Wanda y yo estamos sentados en un balcón, bajo el doble techo de la fronda de las trepadoras y de las estrellas del cielo. En el fondo del parque se deja oír la lenta, lamentable llamada amorosa del gato, mientras que, sentado a las plantas de mi diosa, yo le habló de mi juventud.

—¿De manera que ya tenía usted esas originalidades?

—He sido así desde que tengo memoria. Hasta en la cuna, según decía mi madre, fui extraño. Rehusé el seno de una lozana nodriza, y tuvieron que alimentarme con leche de cabra. De pequeñito experimentaba por las mujeres un terror inexplicable… precisamente por el impaciente interés que me inspiraban. La bóveda gris, la semioscuridad de una iglesia alarmaban mi alma, y una agonía solemne se apoderaba de mi ser ante los altares resplandecientes de las santas imágenes. En revancha, me deslizaba furtivamente, como para gozar de un placer prohibido, al lado de una Venus de yeso que se encontraba en la biblioteca de mi padre, y ante ella me arrodillaba, dirigiéndole las oraciones que me habían enseñado: el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo. Una vez me levanté de la cama para verla; la luz de la luna me alumbraba y envolvía a la diosa en una fría claridad pálida. Me arrodillé ante ella y abracé sus pies helados, como había visto hacer a las aldeanas a los pies del Crucificado. Un deseo ardiente e invencible se apoderó de mí. Poniéndome de puntillas, estreché su

hermoso cuerpo frío, besé sus labios, y me figuré que la diosa, con un brazo levantado, me amenazaba. Me enviaron muy pronto a la escuela, y no tardé en entrar en un colegio donde me entregué apasionadamente a la cultura de la antigüedad clásica. Me familiaricé antes con los dioses griegos que con Jesús; con París, concedí la manzana fatal a Venus, vi arder Troya y seguí a Ulises en su carrera vagabunda. Las imágenes de todo lo hermoso se imprimían fácilmente en mi alma, y a una edad en que los demás muchachos se conducían groseramente, yo demostraba horror por todo lo bajo, feo y vulgar. El amor de la mujer parece particularmente bajo y feo al joven, si la mujer se le muestra desde el principio en toda su trivialidad. Evité, por consiguiente, todo contacto con el bello sexo y me idealicé hasta la demencia. Mi madre tenía una encantadora camarera, joven, bonita, de formas opulentas. Tenía yo entonces trece años. Una mañana estaba estudiando a Tácito, extasiándome ante las virtudes de los antiguos germanos. La muchacha limpiaba cerca de mí. De repente se detuvo, se inclinó hacia mí, escoba en mano, y dos frescos y soberbios labios rozaron los míos. El beso de aquella gatita hizo temblar mi corazón, pero mi *Germanía* me sirvió de escudo contra la seductora, y abandoné la habitación. Wanda se echó a reír.

—Es usted, en efecto, un hombre raro; habría que ir muy lejos para encontrar otro como usted.

—Otra escena de esta época me ha quedado en la memoria de una manera inolvidable. Una tía lejana mía, la condesa Sobol, vino a casa de mis padres. Era una bella y majestuosa mujer, de risa seductora; pero yo la detestaba, porque tenía en la familia la fama de una Mesalina, y me trataba con la mayor insolencia y maldad. Sucedió que un día mis padres se fueron a la capital. Mi tía resolvió aprovecharse de su ausencia para ejecutar la sentencia que había decretado contra mí. Inopinadamente entró, vestida con su *kazabaika*[2] y seguida de la cocinera, su hija y la gatita que yo había desdeñado. Sin decirme nada me cogieron, y a pesar de mi violenta resistencia, me ataron de pies y manos; después de lo cual, con su risa perversa, mi tía se levantó las mangas y se puso a pegarme con una vara, tan fuerte, que mi sangre corrió y, a pesar de mi valor, grité en demanda de gracia. Entonces hizo que me desataran, pero tuve que arrodillarme ante ella para darle las gracias por la corrección, y besarle la mano. Ahora verá usted el loco desprovisto de sensaciones. Bajo la vara de la bella y lasciva mujer, que se me representaba, con su chaquetilla de pieles, como una diosa, colérica, la sensación de la mujer se despertó en mí por vez primera, y desde entonces mi tía me pareció la mujer más atractiva de la tierra. Mi austeridad catoniana, mi misoginismo, cedían el puesto a un sentimiento estético elevado a su más alto grado. Mi sensualidad formaba en mi imaginación una cultura artística, y yo juraba no prodigar mis emociones con un ser vulgar, sino reservarlas para una mujer ideal, o, quizá, para la misma diosa del amor.

Entré muy joven en la Universidad, que se encontraba en la ciudad principal, donde residía mi tía. Poco tardó en que mi habitación semejase la de Fausto: estantes repletos de libros, comprados por un precio irrisorio a un mercader de la Cervanica[3], esferas, atlas, retortas, mapas celestes, esqueletos de animales, calaveras, bustos de hombres célebres. Detrás de la gran estufa verde, hubiera podido destacarse la silueta de Mefistófeles. Lo estudié todo, sin orden, sin sistema: química, alquimia, historia, astronomía, filosofía, jurisprudencia, anatomía, literatura. Leí a Hornero, Virgilio, Schiller, Goethe, Shakespeare, Cervantes, Voltaire, Moliere, el *Corán*, el *Cosmos* y las *Memorias* de Casanova. Cada día me hacía más confuso, más fantástico y ultrasensualista. Y siempre con una hermosa mujer ideal en la cabeza, que de cuando en cuando se me aparecía como una visión recostada entre rosas, rodeada de amorcillos, entre mis encuadernaciones en pergamino y mis osamentas, ya a la manera olímpica, con el rostro resplandeciente de blancura de la Venus de yeso, ya con las lujuriantes trenzas oscuras, los ojos azules, rientes y la kazabaikade terciopelo rojo guarnecida de armiño, de mi tía. Una mañana que la diosa se me apareció en la plena y riente seducción de sus encantos entre los celajes de mi imaginación, me fui a casa de la condesa Sobol, que me recibió amistosa y hasta cordial, dándome, como un gaje de bienvenida, un beso que trastornó mis sentidos. Tenía, sin embargo, cerca de cuarenta años; pero, como la mayoría de las mujeres robustas, todavía era deseable. Llevaba siempre una chaqueta guarnecida de pieles. Esta vez el vestido era verde guarnecido de marta; pero no le quedaba nada del rigor que tanto me entusiasmaba. Por el contrario, estuvo tan poco cruel que, sin muchas ceremonias, me concedió el permiso de… adorarla. Ella se dio cuenta pronto de mi tontería ultrasensualista, y la complació hacerme feliz. Yo estaba encantado como un dios joven.

¡Qué placer para mí cuando, arrodillado ante ella, me atreví a besar las mismas manos que me habían castigado! ¡Oh!, ¡qué manos tan maravillosas! Tan bien hechas, tan finas, tan regordetas y blancas, con hoyuelos tan bonitos… Me divertía con ellas, las hundía y las sacaba de entre la oscura piel, las tenía sobre mi corazón, y no me cansaba de verlas.

Wanda consideró involuntariamente sus manos; yo lo noté y no pude menos de reír.

—Ya ve usted hasta qué punto predominaba en mí el ultrasensualismo, cuando estaba enamorado de los crueles latigazos que recibí de mi tía, como lo estuve dos años después de una joven actriz a quien hacía la corte. Del mismo modo me apasioné por una señora muy respetable que jugaba a la virtud insuperable, y que me engañó finalmente con un judío rico. Vea usted, pues, que seré engañado, vendido, por cualquiera mujer que finja principios austeros, idealistas. Por eso es por lo que aborrezco las virtudes poéticas, sentimentales. Déme usted una mujer franca que me diga: soy una Pompadour, una Lucrecia

Borgia, y la adoraré.

Wanda se levantó y abrió la ventana.

—Tiene usted una singular manera de excitar la imaginación y los nervios de cualquiera, haciéndole latir el pulso cada vez más. Rodea usted el vicio de una aureola, cuando le conviene hacerle respetable. Su ideal de usted es una cortesana descaradamente genial. En mi opinión, es usted un corruptor de mujeres, hasta la médula.

A media noche llaman a mi ventana, me levanto, abro, y me echo a temblar. Ante mí está la Venus de las pieles, casi lo mismo que se me apareció la vez primera.

—Me tiene usted agitada con sus historias; estoy dando vueltas en la cama sin poder dormir —dijo—. Venga usted a hacerme compañía.

—En seguida.

Cuando entré, Wanda estaba ante la chimenea, donde ardía un pequeño fuego.

—El otoño se anuncia. Las noches son frías. Quizá le disguste a usted, pero no puedo quitarme la piel antes que la habitación se haya calentado.

—¡Disgustarme! ¡Ah, picara! Bien sabe usted…

Rodeé mi brazo a su alrededor, y la abracé.

—Ya lo sé; pero ¿de dónde ha sacado usted esa pasión por las pieles?

—Es innata en mí, y ya de niño di muestras de esta predilección. Además, la piel ejerce una acción excitante sobre todas las naturalezas nerviosas, casi en general, como todas las leyes físicas. Es una atracción física, tan extraña como excitante. En estos últimos tiempos, la ciencia ha descubierto cierto parentesco entre la electricidad y el calor, y la acción que cada una de estas fuerzas ejerce sobre el organismo humano se aproxima a la de la otra. La zona tórrida engendra hombres apasionados; una atmósfera caldeada, la exaltación. Lo mismo ocurre con la electricidad. La compañía de los gatos produce efectos beneficiosos, que parecen verdaderos sortilegios, para las naturalezas excitables. No me choca que esos encantadores animales, lindas baterías vivientes de electricidad, fueran favoritos de Mahoma, de Richelieu, Crébillon, Rousseau, Wieland, etc.

—Y una mujer que lleva una piel —interrumpió Wanda—, ¿no es otra cosa para usted que un gato grande, una batería eléctrica?

—Sin duda, y así es como me explico el simbolismo que atribuye la piel al poder y a la belleza. Por esto, desde las primeras edades del mundo las adoptaron los reyes, y así también una tiránica nobleza tuvo la pretensión, mediante las leyes suntuarias, de reservárselas como un privilegio exclusivo, mientras a su vez los grandes pintores las destinaban a las bellezas grandes. Rafael y el Tiziano no encontraron fondo mejor que una piel oscura: aquél, para las divinas formas de

la Fornarina; éste, para el cuerpo rosado de su bien amada.

—Le doy a usted gracias por esta disertación erótica —contestó Wanda—, pero no me lo ha dicho usted todo; usted añade aún otro sentido particular a las pieles.

—Ya le he dicho a usted y la he repetido que el dolor posee para mí un encanto raro, y que nada enciende más mi pasión que la tiranía, la crueldad y, sobre todo, la infidelidad de una mujer hermosa. Esta mujer, este extraño ideal de aborrecible estética, me lo imagino como el alma de Nerón en el cuerpo de Friné.

—Comprendo; eso da a la mujer algo de imperioso, de imponente.

—No es eso todo —continué—. Ya sabe usted que yo soy ultrasensualista, que en mí toda concepción procede, ante todo, de la imaginación y que se nutre de quimeras. Desde que, hacia los diez años de mi vida, pusieron en mis manos la vida de los mártires, me he desarrollado y sobreexcitado en este sentido. Recuerdo que leía con un horror que constituía para mí un verdadero embeleso, de qué manera languidecían en la prisión, les extendían en las parrillas, les atravesaban de saetas, les hervían en pez, les echaban a las fieras, les crucificaban, sufriéndolo todo ellos con una especie de alegría. Sufrir, soportar crueles torturas, me parecía entonces una forma de placer, sobre todo si estas torturas se infligían por la intermediación de una mujer guapa; de manera que para mí, siempre y en todo tiempo, toda poesía y toda infamia están concentradas en la mujer. Y la he rendido culto. Veía en la sensualidad algo sagrado, quizá lo único; en la mujer y su belleza, algo divino; en ella, el problema más importante de la existencia. La propagación de la especie es, ante todo, su vocación. Veía en la mujer la personificación de la naturaleza, Isis; y en el hombre, su sacerdote, su esclavo. Y veía a la mujer cruel con él, como la naturaleza, que aleja de sí lo que ha servido ya y ya no necesita; mientras para el hombre son verdaderas delicias los malos tratamientos, la misma muerte dada por una mujer. Envidiaba al rey Gunther, a quien la famosa Brunequilda ató la noche de sus bodas; al pobre trovador a quien su gaya dama hacía coser en una piel de lobo, para perseguirle como a fiera; envidiaba al caballero Etiard, a quien la audaz amazona Scharka hizo prisionero por astucia en un bosque cerca de Praga, arrastrándole a un torreón y atándole a la rueda al cabo.

—¡Espantoso! —exclamó Wanda—. Ya quisiera yo que cayera usted en manos de una de esas mujeres salvajes, y que, vestido con una piel de lobo, fuera entregado a los dientes de la jauría o que le ataran en la rueda. Ya vería usted cómo desaparecía la poesía.

—¿Usted lo cree así? Yo, no.

—Usted no está en su buen juicio.

—Quizá. Pero, escúcheme usted. Desde entonces leí con verdadera avidez historias en que se pintan las más espantosas crueldades, y miraba con atractivo

especial las estampas y grabados que las ilustraban: tiranos sanguinarios que se sentaron en un trono; inquisidores que sometieron a tormento a los herejes, degollándolos y quemándolos vivos; depravadas, bellas y despóticas mujeres, como Libusa, Lucrecia Borgia, Inés de Hungría, la reina Margot, Isabeau, la sultana Roxelana, las zarinas rusas del siglo pasado…, todas vestidas de pieles o con ropas guarnecidas de armiño.

—De suerte que una piel despierta siempre en usted extrañas visiones —interrumpió Wanda, envolviéndose, llena de coquetería, en su soberbio manto de piel, de tal modo, que la pelliza de cebellina de sombríos reflejos dibujaba maravillosamente su busto y sus brazos—. Y ahora, ¿cómo se encuentra usted? ¿Está usted ya medio atacado?

Y sus ojos verdes, penetrantes, se posaron sobre mí con una extraña y dulce complacencia, mientras que, transportado de pasión, yo caía prosternado ante ella con los brazos tendidos.

—Sí, usted ha vuelto a despertar en mí mis fantasías favoritas, dormidas hacía tanto tiempo.

—¿Cuáles?

Y posó la mano en mi nuca.

Bajo el calor de aquel contacto, bajo la mirada que me escrutaba con ternura a través de los párpados entornados, se apoderó de mí una embriaguez dulce.

—*Ser el esclavo de una mujer hermosa; tal es lo que amo, lo que adoro.*

—¡Y por lo mismo os maltrata ella! —interrumpió Wanda, riendo.

—Me ata y me flagela, y me ofende con el pie, mientras pertenece a otro.

—Y cuando, enloquecido por los celos, se la disputa usted al rival dichoso, ¿lleva la arrogancia hasta venderle a ese mismo rival, dándole el precio de su barbarie? ¿Por qué no? ¿No le agrada a usted ese cuadro final?

Miré a Wanda aterrado.

—Va usted más allá de mis ensueños.

—Sí; nosotras, las mujeres, somos ingeniosas; tenga usted cuidado con su ideal, porque puede ocurrirle que le trate peor que usted se imagine.

—¡Temo haberle encontrado ya! —exclamé, hundiendo mi cabeza abrasada entre sus senos.

—¡No seguramente en mí!

Y desprendiéndose de las pieles, rió, saltando por la habitación. Reía aún cuando yo bajaba la escalera, y sumido en mis reflexiones, vestido a medias, escuchaba aún arriba su risa loca, maliciosa.

—¿Podría encarnar ante usted su ideal? —me preguntó Wanda con aire travieso, cuando, a la mañana siguiente, nos encontramos en el parque.

Al principio quedé parado, solicitado por los sentimientos más contrarios.

Entre tanto, ella se sentó en un banco de piedra, jugando con una flor.

—¿Podría?

Me eché a sus plantas y le cogí las manos.

—Se lo ruego a usted otra vez. Sea usted mi mujer, mi fiel y honrada mujer. ¿No puede serlo usted, por ser mi ideal, absolutamente sin reserva, según sea usted?

—Ya sabe usted que dentro de un año mi mano será de usted si usted es el hombre que busco —respondió ella con seriedad—; pero, de todos modos, espero que me quede usted agradecido si realizo su sueño. ¿Qué es lo que prefiere usted?

—Creo que todo lo que flota en mi imaginación se encuentra en usted.

—Usted se engaña.

—Creo que se complace usted teniendo a un hombre entre sus manos y torturándole.

—¡No, no! —gritó con viveza. Después reflexionó—. No me entiendo; pero debo hacerle a usted una confesión. Ha destruido usted mi sueño; mi sangre arde, y comienzo a no experimentar otro placer, delicias semejantes al entusiasmo con que usted habla de una Pompadour, de una Catalina II, de todas las mujeres egoístas, frívolas y crueles. Todo eso me excita, entra en mi alma y me impulsa a ser semejante a ellas que, a pesar de su crueldad, fueron adoradas servilmente mientras vivieron, y realizan aún milagros desde la tumba. En una palabra, haga usted de mí una déspota de pies pequeños, una Pompadour para andar por casa.

—Sí es así —contesté yo—, déjese usted llevar por los impulsos de su naturaleza, pero nunca a medias. Si no puede usted ser una mujer buena y honrada, sea usted un demonio.

Yo estaba deshecho, excitado; la proximidad de la hermosa determinaba en mí una especie de fiebre; no sé lo que dije, pero recuerdo que besé su pie y que, levantándole, le coloqué sobre mi nuca. Pero ella le retiró al punto y se levantó casi enfadada.

—Si me ama usted, Severino, no hable usted así —su voz se hizo incisiva e imperiosa—. ¿Me oye usted? ¡Nunca más! A la postre, podría ocurrir… Se echó a reír y se sentó de nuevo.

—Hablo con toda seriedad. Adoro a usted de tal manera, que quiero soportarlo todo de usted, con tal de pasar mi vida a su lado.

—Severino, se lo advierto a usted otra vez.

—¡Inútilmente! Haga usted de mí lo que quiera, pero sin alejarme.

—Severino, soy una mujer joven y sin sentido. Es peligroso para usted entregarse tan enteramente; al fin y al cabo, se convertirá usted en mi juguete. ¿Quién le asegura a usted que no abusaría de su demencia?

—Vuestra noble conducta.

—El poder engríe.

—Hágalo usted, pisotéeme usted.

Wanda me rodeó el cuello con sus brazos, me miró en los ojos y sacudió la cabeza.

—Tengo miedo de no poderlo hacer; pero lo ensayaré por ti, bien mío, a quien amo como nunca amé a ninguno.

De repente, ha cogido hoy su chal y su sombrero y he tenido que acompañarla al bazar. Allí hizo que la enseñaran látigos, látigos largos de mango corto, propios para perros.

—Estos serán buenos —dijo el vendedor.

—No, son demasiado pequeños —contestó Wanda, mirándome de reojo—. Los quiero mayores.

—¿Para algún dogo, quizá?

—Sí, como los que usaban en Rusia para los esclavos rebeldes.

Eligió, al cabo, uno; tenía un aire inquietante que me sorprendió.

—Ahora adiós, Severino. Tengo que hacer otras compras y no necesito que usted me acompañe.

Me despedí y di un paseo. Al volver vi a Wanda salir de una peletería. Me llamó.

—Reflexiónelo usted bien —comenzó a decirme de buen humor—. Nunca le he ocultado a usted que su seriedad y su aire soñador me cautivaran. Me encanta ver un hombre sincero entregarse enteramente a mí, extasiarse francamente a mis pies; pero ¿durará este encanto? La mujer ama al hombre, pero al esclavo le pisa y le maltrata.

—Recházame entonces con el pie, si te has cansado de mí. Quiero ser tu esclavo.

—Voy viendo que hay instintos peligrosos dormidos en mí —añadió Wanda al cabo de un rato— y que los despiertas, no ciertamente en tu provecho. ¿Qué dirías tú, tan hábil en pintar las sensaciones del goce, la crueldad con el orgullo, si ensayara todo eso en ti, como Dionisio, que hizo abrasar al inventor del buey de bronce en su mismo invento para ver si sus lamentos, sus quejidos de muerte, se parecían de veras al mugido del buey? ¿No podría ser yo un Dionisio hembra?

—Sea así, y mi sueño quedará realizado. Te pertenezco en bien y en mal; elige tú misma. La fatalidad me empuja, está en mi corazón, ¡diabólica omnipotente!

«Amado mío: No te veré hoy ni mañana, sino hasta pasado mañana, y ya *como mi esclavo*. Tu dueña,

Wanda».

Las palabras «como mi esclavo» estaban subrayadas. Leí una vez más el billete, recibí de buen humor la nueva mañana, y disponiendo que me ensillaran un asno, un verdadero burro sabio, me fui a la montaña a ahogar mi dolor, a engañar mis ardientes deseos en la grandiosa naturaleza de los Cárpatos.

Heme aquí de vuelta, fatigado, hambriento, muriéndome de sed, y sobre todo, de amor. Me visto a escape y llamo poco después a su puerta.

—¡Adelante!

Entro. Ella está en medio de la habitación, cruzados los brazos sobre el pecho, las cejas fruncidas, vestida con un traje de seda de un blanco desvanecedor, como el día, y con una kazabaika de seda escarlata, guarnecida de rico y soberbio armiño. Sobre sus cabellos empolvados, como de nieve, descansa una diadema de diamantes.

—¡Wanda! —avancé hacia ella en ademán de abrazarla. Ella retrocede un paso, midiéndome con la vista de arriba a abajo.

—¡Esclavo!

—¡Mi dueña! —me arrodillé y besé la orla de su vestido.

—Está bien.

—¡Cuan bella eres!

—¿Te gusto? —se aproximó al espejo y se contempló con altanera satisfacción.

—¡Voy a volverme loco!

Hizo un gesto de desdén y me contempló burlona a través de sus párpados entornados.

—Dame el látigo.

Miré a mi alrededor.

—¡No, continúa de rodillas! —fue a la chimenea, tomó el látigo, y mirándome mientras reía, le hizo silbar en el aire. Después se levantó muy despacio las mangas de la kazabaika. Yo murmuraba:

—¡Admirable mujer!

—¡Cállate, esclavo! —su mirada adquirió un aire sombrío, hasta salvaje, y me descargó un latigazo. Casi instantáneamente pasó con mucha delicadeza su brazo alrededor de mi cuello y se inclinó compasiva hacia mí.

—¿Te he hecho daño? —me preguntó entre confusa y llena de angustia.

—No —contesté—, y si le hicieras, los dolores serían un placer para mí. Castígame otra vez, si gustas.

—Pero si no me causa ningún placer…

La extraña embriaguez se apoderó de mí.

—¡Castígame —repliqué—, castígame, sin piedad!

Wanda blandió el látigo y me flageló dos veces.

—¿Es bastante?

—No.

—¿De veras, no?

—Flagélame, te lo ruego; es un placer para mí.

—Sí, porque sabes que no va de veras, que mi corazón no quiere hacerte mal. Este juego bárbaro me repugna; si yo fuera en realidad la mujer que azota a sus esclavos, te espantarías.

—No, Wanda, te amo más que a mí mismo; me he entregado a ti en vida y en muerte y puedes hacer seriamente contra mí lo que te sugiera tu orgullo.

—¡Severino!

—Pisotéame —y me tendí ante ella, cara al suelo.

—¡Aborrezco las comedias! —exclamó Wanda impaciente.

—Maltrátame, pues. Hubo una pausa inquietante.

—Severino, ¡te lo digo por última vez!

—Si me amas, sé cruel para mí —imploré con los ojos levantados hacia ella.

—¿Si te amo? ¡Estamos buenos! Retrocedió, mirándome con aire sombrío. *Sé, pues, mi esclavo, y aprende lo que es haberse entregado a una mujer*. En el acto me dio un puntapié.

—¿Qué tal, esclavo? Después blandió el látigo.

—¡Levántate!

Quise levantarme.

—¡Así no! ¡De rodillas!

Obedecí y comenzó a darme latigazos.

Los golpes llovían, vigorosos, sobre mi espalda y brazos, cortando mis carnes, en que dejaban una sensación de quemadura; pero el sufrimiento me transportaba porque provenía de ella, de la adorada, de aquélla por quien estaba dispuesto en todo momento a entregar mi vida.

Por fin se detuvo.

—Principia a gustarme este juego, pero ya es bastante hoy; sólo que tengo la diabólica curiosidad de saber hasta dónde llega tu resistencia, la voluptuosidad cruel de sentirte temblar bajo mi látigo, de ver cómo te doblas, y de oír, por fin, tus gemidos, tus ayes y gritos de dolor, hasta que pidas gracia y yo continúe hiriéndote aún sin piedad hasta que caigas sin conocimiento. Has despertado en mí instintos peligrosos. Ahora, levántate. Me apoderé de su mano para llevármela a los labios.

—¡Qué audacia! —y me alejó con el pie—. ¡Fuera de mi vista, esclavo!

Después de una noche de fiebre pasada en sueños confusos, desperté. Amanecía. ¿Qué hay de cierto en lo que flota en mis recuerdos? ¿Lo he experimentado o lo he soñado? Es cierto que me han flagelado; cuento, uno por uno, los golpes; puedo contar las huellas amoratadas y ardientes que surcan mi cuerpo. ¡Es ella quien me flageló! Sí, lo sé ya todo. Mi sueño ha tomado cuerpo.

¿Qué diré ahora? La realidad, ¿me ha desengañado de mi sueño? No. Sólo me encuentro algo fatigado; pero su crueldad me llena de alegría. ¡Oh, cómo la amo, cómo la adoro! ¡Ah! ¡Todo eso no expresa en manera alguna lo que siento por ella, hasta qué punto a ella me he entregado! ¡Qué delicia, estar en esclavitud!

Me llama desde el balcón. Subo apresuradamente la escalera. Ella está en la meseta y me tiende amistosa la mano.

—Estoy avergonzada —dice mientras la abrazo, abatiendo la cabeza sobre mi hombro.

—¿Por qué?

—Olvide usted la odiosa escena de ayer —dice con voz temblorosa—. Me presté a su loca manía. Seamos ahora razonables y felices; amémonos, y dentro de un año seré su mujer.

—Mi dueña, querrá usted decir, y yo su esclavo.

—Nada de esclavitud, de crueldad ni de látigo —interrumpió Wanda—. No le concedo a usted más que la chaqueta de pieles. Venga usted y ayúdeme a ponérmela.

El relojito de bronce sobre el cual duerme un amorcillo junto a su flecha, da la media noche.

Me levanto para salir.

Wanda no dice nada, pero me abraza y me atrae de nuevo al sofá, donde sigue abrazándome, en un lenguaje mudo, profundamente comprensible y convincente, que sin duda decía más que lo que yo osaba comprender. Tan lánguido abandono se reflejaba en toda la persona de Wanda, tal voluptuosa ternura salía de sus ojos entornados, de la onda roja de su cabellera brillante bajo la blancura de los polvos, de la seda blanca y roja que crujía a su alrededor a cada uno de sus movimientos, del armiño de la kazabaika en que se envolvía negligente.

—Te lo ruego —balbuceaba yo—. Pero vas a ser mala.

—Haz de mí lo que quieras —murmuraba ella—. Te pertenezco de veras.

—Pasa ahora sobre mí, te lo ruego, si no quieres trastornarme.

—¿No te lo he prohibido? Eres incorregible.

—¡Ay! Estoy terriblemente enamorado —caí de rodillas y hundí mi rostro ardiente en su pecho.

—Creo, en verdad —repuso Wanda reflexionando—, que toda tu demencia es una sensualidad insaciable. *Nuestra monstruosidad hace brotar en nosotros este estado morboso*. Si fueras menos virtuoso, te hubieras hecho más razonable.

—Hazme, pues, inteligente —murmuré yo. Mis manos se hundían entre su pelo y entre su brillante piel que, como un claro de luna, inundaba todos mis sentidos y subía y descendía sobre su seno palpitante.

La abracé; no, ella me abrazó a mí, con tal frenesí, con tan poca piedad, que parecía quererme comer a besos. Yo estaba como delirante; parecía haber

perdido la razón y no tenía alientos. Quise desprenderme.

—¿Qué te pasa?

—Sufro atrozmente.

—¿Sufres? —y se echó a reír a carcajadas.

—¡Tú puedes reír! —gemí yo—. Luego no dudas. Otra, vez fue sincera. Tomó mi cabeza entré sus manos, y con un esfuerzo violento me atrajo hacia su seno.

—¡Wanda! —balbuceé.

—¡Muy bien! ¿De manera que te gusta sufrir? —volvió a reír—. ¡Espera, que pronto te haré razonable!

—¡No! No quiero pedir nada. Si quieres pertenecerme por siempre o sólo por un delicioso momento, yo quiero gozar mi felicidad. Sé ahora mía; prefiero perderte a no poseerte jamás.

—Ahora eres razonable —dijo, oprimiéndome con sus labios asesinos.

Yo desgarré de una vez pieles y encajes; su garganta desnuda palpitó contra la mía.

Perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, la sangre destilaba de mi mano. Pregunté a Wanda flemáticamente:

—¿Me has arañado?

—No; creo que te he mordido.

Es curioso observar cómo varían las relaciones de la vida cuando se interpone un extraño.

Hemos pasado juntos días encantadores, visitando la montaña, el lago, leyendo, terminando yo su retrato. ¡Cuánto nos hemos amado y qué sonriente estaba su encantador rostro!

Pero ahora sobreviene una amiga, una mujer divorciada, de alguna mayor edad, más experimentada y menos escrupulosa que Wanda, y ya su influencia se deja sentir en la dirección que le imprime.

Wanda frunce las cejas y me da pruebas de cierta impaciencia.

¿No me ama ya?

Esta sujeción, insoportable dura hace quince días. La amiga vive con ella y nunca nos vemos solos. Un círculo de señores rodea a ambas damas. Con mi gravedad, con mi humor sombrío, desempeño un mal papel de amante. Wanda me trata como a un extraño.

Hoy se ha quedado atrás conmigo, en paseo. Veo que lo ha hecho de propósito y a gusto. ¿Pero qué es lo que me dice?

—Mi amiga no comprende que pueda quererle a usted, pues no le parece usted guapo ni interesante. Además, siempre me está hablando de la brillante y frívola existencia de la ciudad, de las pretensiones que puedo hacer velar, de los aristocráticos adoradores que cautivaría. Pero hay una cosa que impide todo eso, y es que le amo aún.

Pierdo por un momento la respiración. Luego dije:

—¡Wanda! Dios es testigo de que no quiero servir de obstáculo a su dicha. No se cuide usted de mí.

Me quito el sombrero y la dejo marchar adelante.

Ella me contempla asombrada, pero no responde una palabra.

A la vuelta me encuentro por casualidad con ella. Ella me coge la mano a hurtadillas y me lanza una mirada tan cálida, tan llena de promesas de felicidad, que olvido todos los sufrimientos del día. Se cicatrizan todas las llagas.

—Mi amiga se queja de ti —me dice hoy Wanda.

—Ha advertido, sin duda, mi antipatía.

—¿Por qué te es antipática, loco? —me dice Wanda cogiéndome de las orejas.

—Porque es hipócrita. Yo no estimo más que a las mujeres virtuosas y a las que van al placer francamente.

—Lo mismo me pasa a mí; pero ya ves tú, niño; la mujer no puede ser así más que raras veces. No puede ser ni tan puramente sensual ni tan independiente de genio como el hombre. Su amor es siempre una sensación exterior y una atracción del espíritu; un estado mixto. Su corazón desea encadenar al hombre de una manera *durable*, siendo así que ella está sometida a *variación*. De aquí procede, y casi siempre contra su voluntad, la falta de armonía, la mentira, la traición, que pervierten su carácter.

—Verdad es; el carácter transcendental que la mujer quiere imprimir al amor, la conduce a la traición.

—Pero es que el mundo lo quiere así. Mira a esa mujer; tiene en Lemberg a su marido y a su amante, y aquí ha encontrado un nuevo adorador. A todos les engaña y todos la estiman, aunque el mundo la desprecie.

—Por lo que a mí me toca, debería dejarte seguir ese juego; pero te trata como una mercancía.

—¿Por qué? —interrumpió vivamente la hermosa—. Esa mujer tiene el instinto, el propósito de aprovechar sus encantos, y no es poco entregarse sin amor, sin placer. Así conserva su sangre fría al par que su belleza, y puede obtener todas las ventajas.

—¡Wanda! ¿Eres tú quien dice eso?

—¿Por qué no? Fíjate bien en lo que voy a decirte. *Nunca estés seguro de la*

mujer a quien ames, porque la naturaleza de la mujer oculta más adversidades que te parece. Las mujeres no son ni tan buenas como dicen sus apologistas, ni tan malas como las pintan sus detractores. *La naturaleza de la mujer es la volubilidad*. La mejor cae momentáneamente en el fango, la peor se alza cuando menos se piensa hasta las nubes, hasta las acciones más nobles, y avergüenza a quien la desprecia. Ninguna es tan buena ni tan mala que no sea capaz a cada instante de los pensamientos, sensaciones y acciones más diabólicas o divinos, más infames o delicados. A despecho de todos los progresos de la civilización, la mujer está hoy tan atrasada como si saliera de manos dela naturaleza; tiene el temperamento de la fiera que, después de la impulsión que la domina, se muestra pérfida o fiel, cruel o generosa. Una educación austera y celosa es lo único que en todo tiempo forma el carácter moral. Por esta razón, aun siendo malévolo y egoísta, el hombre acepta siempre los *principios*, mientras que la mujer sigue siempre sus *impulsos*. No lo olvides nunca: no confíes jamás en la mujer amada.

La amiga ha salido. Por fin pasamos una noche juntos. Wanda es tan buena, tan cordial, tan graciosa, que parece haberme reservado para esta noche todo el amor de que me viene privando.

¡Qué delicia suspenderme de sus labios, morir entre sus brazos, hundir mi mirada ebria en la suya, mientras, desfallecida de placer, enteramente entregada a mí, descansa sobre mi pecho!

No puedo creer ni concebir que sea mía, toda mía.

—Desde ese punto de vista tiene razón también —principió a decir Wanda, sin menearse, sin abrir los ojos, como si durmiera.

—¿Quién?

Calló.

—¿Tu amiga?

Wanda inclinó la cabeza.

—Sí, tiene razón. No eres un hombre, eres un soñador seductor, y como esclavo, inestimable; pero para marido no se puede pensar en ti. Me asusté.

—¿Qué tienes? ¿Tiemblas?

—Tiemblo de pensar con qué facilidad puedo perderte.

—Pero ¿eres por eso ahora menos feliz? ¿Te roba algo de tu alegría que yo haya pertenecido antes a otro y que otro me posea después de ti? ¿Será menor tu placer porque otro haya sido feliz como tú?

—¡Wanda!

—¿Ves? Eso sería un remedio; Tú no quieres perderme nunca; tú me eres grato, y me dices con mucha moralidad que quisieras vivir siempre junto conmigo, cuando a tu lado yo…

—¡Qué ideas! Principio a sentir una especie de aversión hacia ti.

—¿Me amas menos por eso?

—¡Al contrario!

Wanda se levantó sobre el brazo izquierdo.

—Yo creo —dijo— que para subyugar por completo a un hombre, hay que serle infiel ante todo. ¿Qué mujer honrada es tan adorada como una hetaira?

—Es verdad; la infidelidad de la amada posee un encanto doloroso, es la más alta voluptuosidad.

—¿Para ti también?

—También para mí.

—¿Y si te diera ese placer? —añadió irónicamente.

—Sufriría mucho, pero te adoraría más; pero si te atrevieras alguna vez a engañarme, debes tener la grandeza diabólica de decirme: yo te amaré siempre, pero quiero hacer dichoso a quien me plazca. Wanda movió la cabeza.

—El engaño me repugna, soy leal; pero ¡quién no sucumbe bajo el peso de la verdad! Si te dijera que constituye mi ideal la pura vida sensual, el paganismo, ¿tendrías fuerza para soportarlo?

—Seguramente. Quiero soportarlo todo de ti; lo que no quiero es perderte. ¡Cuan de veras siento que te pertenezco!

—¡Pero… Severino!

—Así es, en efecto, y precisamente por ello…

—¿Podrías? —sonrió maliciosa—. ¿Lo he adivinado?

—¡Ser tu esclavo! ¡Tu propiedad absoluta, sin voluntad, con la cual hagas lo que quieras, sin reprochártelo! Mientras que tú saboreas ampliamente la vida; mientras sumergida en un lujo suntuoso gustas en el puro placer el amor del Olimpo, yo podría servirte, calzarte y descalzarte.

—No está mal eso, porque tan sólo como esclavo podrías soportar que yo amase a otro. Además, la libertad de placeres, a la manera del mundo antiguo, no puede concebirse sin esclavitud. ¡Ha de ser una sensación casi divina ver ante sí hombres arrodillados, temblando! Quiero tener esclavos. ¿Oyes, Severino?

—¿Acaso no lo soy yo?

—Escúchame —dijo Wanda exaltada, estrechándome la mano—. Quiero ser tuya mientras te ame.

—¿Un mes?

—Quizá dos.

—¿Y luego?

—Luego serás mi esclavo.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué más quieres? Yo soy una diosa que, a veces, desciende ligera, muy ligera, casi furtivamente, de su Olimpo hacia ti. ¿Pero qué significa todo esto? —dijo Wanda, apoyando su cabeza entre sus manos, la mirada perdida en el vacío, ante un sueño dorado que no se realizaría jamás. Se había extendido por

su ser una melancolía latente, inquietante. Nunca la había visto así.

—¿Y por qué no ha de realizarse?

—Porque la esclavitud no existe entre nosotros.

—Vamos, pues, donde la haya; a Oriente, a Turquía.

—¿De veras quieres, Severino?

Sus ojos ardían.

—Sinceramente quiero ser tu esclavo; quiero que tu poder sobre mí esté consagrado por la ley, que mi vida esté entre tus manos, que nada me proteja o me defienda contra ti. ¡Qué placer cuando sepa que dependo de tu capricho, de tu gesto, de tus gustos! ¡Qué delicia, si eres tan graciosa que permitas alguna vez al esclavo besar los labios de que depende su decreto de vida o de muerte!

Me arrojé a sus pies y apoyé mi frente ardiente sobre sus rodillas.

—Tienes fiebre, Severino —dijo Wanda excitada—. ¡Me amas de veras, con un amor infinito? —me estrechó sobre su pecho y me llenó de besos—. ¿Lo quieres? —añadió vacilante.

—Aquí, ante Dios y sobre mi honor, seré tu esclavo, te lo juro, cuando quieras, cuando mandes —exclamé casi fuera de mí.

—¿Y si te cojo la palabra?

—Hazlo.

—Es un encanto sin igual saber que un hombre que me adora, que me ama con toda su alma, se da completamente a mí para depender de mi voluntad, de mi capricho; para ser mi esclavo, mientras yo… —y me miró con un aire singular—. Si voy haciéndome demasiado frívola, tuya será la culpa. Hasta creo que tienes ya miedo de mí; pero yo tengo tu juramento.

—Le cumpliré.

—Déjame esta noche. Ahora pongo a Dios por testigo de que no ha de quedar en sueño. Tú eres mi esclavo, y yo seré la *Venus de las pieles*.

Creía conocer y comprender a fondo a esta mujer, y ahora veo que tendré que comenzar mi estudio. ¡Con qué repugnancia no acogía antes mis quimeras, y con qué celo no persigue hoy su realización!

Está en posesión de un contrato, según el cual me comprometo, mediante palabra de honor y juramento, a ser su esclavo en tanto que le plazca. Con el brazo alrededor de mi cuello, me ha leído este documento inaudito, increíble. A cada cláusula, servía de punto un beso.

—Pero el contrato sólo estipula deberes para mí —le he dicho impaciente.

—Es natural —respondió con toda seriedad—. Tú eres mi amante y yo estoy ligada a ti por estos deberes. Tendrás que considerar mis favores como una gracia: no tienes más derecho ni otra ventaja en este papel. Mi poder sobre ti no ha de tener límites. Piensa que no vas a ser más que un perro, una cosa inerte, juguete que puedo romper cuando me divierta. Tú eres nada y yo soy todo. ¿Comprendes?

Se echó a reír, me abrazó y sentí que me invadía un estremecimiento.

—¿Me permitirás otras estipulaciones?

—¿Estipulaciones? —frunció las cejas—. ¡Ah, ya! Es que tienes miedo o que te arrepientes; pero ya es tarde: tengo tu juramento, tu palabra de honor. Sin embargo, te escucho.

—La primera cláusula que quisiera poner en el contrato es que nunca te separarás completamente de mí, que nunca me abandonarás a la barbarie de cualquiera de tus adoradores.

—Pero Severino —dijo Wanda, con voz trémula y lágrimas en los ojos—, ¿puedes creer que me porte así con el hombre que me ama tanto, que se entrega completamente en mis manos…? —se detuvo.

—¡No, no! —exclamé cubriendo de besos su mano—; no temo que puedas quererme deshonrar. Perdona tan odioso pensamiento.

Wanda rió deliciosamente, juntó su mejilla con la mía y pareció soñar.

—Todavía has olvidado algo —añadió con malicia—. Lo más importante…

—¿Alguna cláusula?

—Sí; que tengo que mostrarme siempre ante ti vestida de pieles. Pero te prometo que las llevaré, porque me inspiran sentimientos despóticos y quiero ser cruel contigo. ¿Comprendes?

—¿Tengo que firmar el contrato? —Todavía no; quiero poner al pie esa cláusula tuya y añadir fecha y lugar.

—En Constantinopla.

—No. Lo he pensado bien. ¿De qué me serviría tener un esclavo donde todos le tienen? Quiero ser la única que aquí en nuestro mundo civilizado, prosaico, burgués, *le posea*, y un esclavo que no me han dado la ley ni mi derecho, esto es, mi potencia brutal, sino tan sólo el poder de mi belleza. Esto es atractivo. De todos modos, nos iremos a un país donde no nos conozcan y donde puedas pasar sin escrúpulos como mi criado. Quizá a Italia, a Roma o a Nápoles.

Estamos sentados en su sofá. Ella vestida con su chaqueta de armiño, con el pelo caído sobre la espalda, a la manera de una crin de león, y pegada a mis labios, bebiéndome el alma. La cabeza me daba vueltas, la sangre comenzaba a entrar en ebullición, mi corazón latía contra el suyo.

—Quiero estar enteramente en tus manos, Wanda —prorrumpí en un transporte de embriaguez que me hacía casi incapaz de pensar ni de tomar una decisión con libertad—, sin ninguna condición, sin restricción alguna; quiero entregarme a tu clemencia o a los signos de tu voluntad —al hablar así, me dejé caer a sus pies y loco de pasión, alcé los ojos hasta ella.

—¡Cuan hermoso estás así! Tus ojos medio extinguidos me encantan, tu mirada agonizante sería asombrosa si te flagelasen hasta la muerte. Tienes la mirada de un mártir.

A veces tengo miedo de entregarme tan completamente, tan incondicionalmente a una mujer. ¿Y si abusa de mi pasión, de su poder?

Voy viendo ahora que lo que ocupa mi imaginación desde la infancia, me llena siempre de un dulce horror.

¡Loca inquietud! Es un juego malicioso lo que está haciendo conmigo. Seguramente me ama, es buena, noble, incapaz de infidelidad; pero todo depende de ella; *ella puede, si quiere*…

¡Qué encanto en esta duda, en este temor!

Ahora comprendo a Manon Lescaut y al pobre caballero que la adoraba como querida de otro, incluso en la picota.

El amor no conoce virtud ni mérito; ama, perdona y lo sufre todo, porque debe; nuestro juicio nada nos sirve para el amor; ni preferencias, ni defectos que descubrimos, provocan nuestra abnegación ni nos hacen retroceder asustados. Es una dulce, melancólica, misteriosa fuerza que nos impulsa; y dejando de pensar, de sentir y de querer, nos dejamos impulsar por ella, sin preguntar dónde nos lleva.

Por primera vez hemos visto hoy en paseo un príncipe ruso que, gracias a su atlética presencia, a su hermosa fisonomía, al lujo de su persona, causaba una sensación general. Las damas principales le miraban con asombro, como una bestia feroz; pero él marchaba con aire sombrío a través de las avenidas, sin fijarse en nadie. Dos servidores le seguían: un negro enteramente vestido de rojo y un tcherkés armado de pies a cabeza. De repente vio a Wanda, detuvo en ella su mirada escrutadora, volvió la cabeza cuando pasó, y se detuvo contemplándola.

Ella le devoró con sus vivísimos ojos verdes, mostrándose dispuesta a aceptarlo todo de él.

La coquetería refinada con que le miraba me estrangulaba literalmente. Al acercarnos a casa, se lo hice observar. Ella frunció la frente.

—¿Qué quieres? El príncipe podría gustarme; me desvanece un poco, y yo soy libre y puedo hacer lo que quiera.

—¿Luego no me amas ya? —balbuceé asustado.

—Sólo te amo a ti; pero quiero que el príncipe me haga la corte.

—¡Wanda!

—¿No eres mi esclavo? —preguntó con la mayor tranquilidad—. ¿No soy yo Venus, la cruel Venus de las pieles del Norte?

Me callé, sintiéndome destrozado por sus palabras, en tanto que su mirada fría entraba como un puñal en mi corazón.

—Vas a ir en seguida a informarte del nombre, señas y demás noticias del príncipe. ¿Oyes?

—Pero…

—¡Nada de objeciones! ¡Obedece! —exclamó Wanda con una dureza de que la hubiera creído incapaz—. No te presentes ante mí sin que puedas responder a todas mis preguntas.

Al medio día siguiente pude llevar a Wanda las noticias. Me dejó permanecer en pie ante ella, como un criado, mientras recostada en una butaca me escuchaba riendo. Hizo una señal con la cabeza y pareció satisfecha.

—¡Tráeme el taburete! —ordenó.

Obedecí, y cuando hube instalado y arreglado sus pies, me puse a sus rodillas.

—¿Cómo terminará esto? —pregunté con tristeza, después de una breve pausa.

Ella rió perversamente.

—Pero si no ha comenzado aún.

—Tienes tan poco corazón como pensaba —repliqué, ofendido.

—Severino —dijo con la mayor serenidad—, no he hecho nada aún, ni lo más pequeño, y ya me llamas sin corazón. ¿Qué sería si hiciese tus caprichos; si tuviese un círculo de adoradores a mi alrededor; si, para ser tu ideal, te diese de puntapiés y latigazos?

—Es que tomas mis caprichos muy en serio.

—¿Muy en serio? Una vez que principie, no será para bromas; pero sabes cuánto aborrezco esos juegos, esas comedias. Tú lo has querido así. ¿Fue ése mi ideal o el tuyo? ¿Te he arrastrado yo o has sido tú el que exaltó mi imaginación? Ahora es cuando va a ser serio.

—Wanda —le dije cariñosamente—, escúchame tranquila. Nos amamos de veras, somos felices. ¿Quieres sacrificar nuestro porvenir al capricho?

—¡No hay ningún capricho!

—¿Qué es, entonces? —pregunté aterrado.

—Ese instinto ha entrado en mí —dijo con la mayor tranquilidad, como reflexionando—. Quizá no hubiera alumbrado nunca; pero le despertaste tú, tú le desarrollaste, alcanza ahora una fuerza irresistible que llena todo mi ser, que me causa un goce extremo, todo lo que puedo desear, y ¿ahora quieres tú que retroceda? ¿Eres un hombre?

—¡Mi querida Wanda!

Y comencé a abrazarla, a acariciarla.

—¡Déjame, no eres un hombre!

—¿Y tú qué eres?

—Muy terca, lo sabes. No soy fuerte en quimeras, ni débil en ejecución como tú; cuando emprendo algo, lo termino, tanto mejor si encuentro resistencia. ¡Déjame!

Me rechaza de sí y se aleja.

—¡Wanda!

Me levanté y fijé, ante ella, mis ojos en los suyos.

—Ya me conoces, y te lo he advertido una vez. Todavía puedes elegir. Yo no te obligo a que seas mi esclavo.

—¡Wanda! —repliqué, conmovido, saltándoseme las lágrimas de los ojos—. ¡No sabes tú cuánto te amo!

Ella movió desdeñosamente los labios.

—Estás abusando y haciéndote más odiosa que eres; tu carácter es bueno, noble.

—¿Qué sabes tú de eso? —interrumpió, impetuosa—. Nunca aprenderás a conocerme.

—¡Wanda!

—Decide. ¿Quieres someterte sin reservas?

—¿Y si digo que no?…

—Entonces…

Se adelanta hacia mí, fría y odiosa. Con los brazos cruzados sobre el pecho, con su mala sonrisa en los labios, me parece la déspota de mis sueños. Sus facciones han tomado una expresión de dureza, y su mirada no anuncia nada bueno.

—Está bien —dice, por último.

—Eres mala; quisieras darme de latigazos.

—¡Oh, no! Quiero dejarte ir. Eres libre. No te retengo.

—¡Wanda, yo que te amo tanto!…

—Sí, usted que me adora —añadió con desdén—. Usted, un cobarde, un embustero, un traidor a su palabra. ¡Déjeme usted al instante!

—¡Wanda!

—¡Vil criatura!

La sangre me llenó el corazón y rompí a llorar, cayendo a sus plantas.

—¡Lágrimas aún! —y se echó a reír, ¡oh!, con aquella risa espantosa—. ¡Váyase usted, no quiero verle más!

—¡Dios mío! —exclamé fuera de mí—. Haré todo lo que me mandes: seré tu esclavo, tu juguete; pero no me alejes de ti… Voy al abismo; pero no puedo vivir sin ti. Abracé sus rodillas y cubrí de besos sus manos.

—Sí, debes ser un esclavo, sentir el látigo, porque no eres un hombre —dijo tranquila, sin cólera, sin rapto, de propósito, para dañarme más—. Ahora te conozco; conozco tu naturaleza de perro, que lame a quien le pega y le maltrata siempre. Te conozco ya; pero tú también aprenderás a conocerme.

Se puso a pasear mientras yo quedaba de rodillas, aniquilado, baja la cabeza, inundado en lágrimas.

—Ven conmigo —ordenó Wanda, tendida en el sofá.

Me senté a su lado. Ella me miró con aire sombrío; después, de repente, sus ojos se iluminaron; me atrajo, sonriente, a su pecho y me abrazó, con lágrimas en la mirada.

Lo cómico de mi situación es que soy como el oso del parque Lili. Puedo huir y no quiero, y todo lo soporto cuando ella me amenaza con la libertad.

¡Si volviese a tomar el látigo en las manos! La amabilidad con que ahora me trata es inquietante. Parece que soy un ratoncito, con el que juega coquetamente una hermosa gata, dispuesta a devorarme a cada instante. Mi corazón de ratoncito amenaza estallar.

¿Qué es lo que prepara? ¿Qué va a hacer conmigo?

Parece haber olvidado por completo el contrato de esclavitud. ¿Fue aquello un capricho que abandonó al momento para que no pudiese oponerle ninguna

resistencia, para que me abandonara a su soberana fantasía?

¡Qué buena es todavía para mí! ¡Cuan afectuosa y enamorada! Estamos pasando días deliciosos.

Hoy me ha hecho leer la escena de Fausto y Mefistófeles, cuando éste aparece como un estudiante vagabundo. Su mirada se detiene sobre mí, llena de satisfacción.

—No comprendo —dice al acabar la lectura— cómo un hombre pueda expresar grandes y bellos pensamientos de una manera tan maravillosamente clara, tan permanente, y a pesar de ello, ser un excéntrico, un Schlemihl ultrasensualista.

—¿Estás contenta? —le dije oprimiendo su mano.

Me acarició la frente amistosamente.

—Te amo, Severino —murmuró—, y creo que nunca podré amar más a nadie.

¿Quieres que seamos razonables?

Sin responder, la tomé en mis brazos. Una profunda melancólica alegría interior llenaba mi corazón; mis ojos se humedecieron y una lágrima cayó sobre mi mano.

—¿Por qué lloras? Eres un niño.

Paseando en coche, hemos encontrado al príncipe ruso, en coche también. Se le notó que le sorprendía de veras verme a mí al lado de Wanda, y parecía quererme atravesar con sus ojos grises eléctricos; pero ella —¡me hubiera echado a sus rodillas besándoles los pies!— pareció no darse cuenta, dejando resbalar su mirada indiferente sobre él, como si fuera un árbol o un objeto inerte. Después se volvió hacia mí, con una carcajada encantadora.

Al darle hoy las buenas noches, me ha parecido de repente distraída, aburrida, sin razón. ¿Qué estará conjurando?

—Me disgusta que te vayas —dijo cuando ya estaba en el umbral.

—Sólo de ti depende reducir el tiempo de prueba que me atormenta —dije gimiendo.

—Parece que no notas que también para mí es un tormento.

—Entonces, ponle término —dije, rodeándola con los brazos—. Sé mi mujer.

—Nunca, Severino —contestó con dulzura llena de firmeza.

—¿Qué hay, pues? —pregunté aterrorizado hasta lo más profundo de mi alma.

—No eres tú el hombre que me conviene.

La miré, retiré dulcemente mi brazo que aún reposaba sobre su talle, y

abandoné la habitación. No volvió a llamarme.

Noche de insomnio. He tomado mil resoluciones y las he abandonado todas. Por la mañana he escrito una carta de rompimiento. Al cerrarla me temblaba la mano, sintiendo como una quemazón en los dedos.

Mis piernas parecían quebrarse cuando subí la escalinata para entregar la carta.

La puerta se abrió y Wanda asomó la cabeza, dispuesta para rizarse el pelo.

—No me he rizado aún el pelo —dijo riendo—, ¿qué te ocurre?

—Una carta.

—¿Para mí?

Asentí con la cabeza.

—¡Ah! ¿Quieres romper conmigo? —preguntó en tono burlón.

—¿No dijiste ayer que no era yo tu hombre?

—Y lo repito.

Me eché a temblar, tendí la carta, la voz me faltó.

—Toma.

—Guárdala. Has olvidado, por lo visto, que no se trata aquí de saber si eres o no el hombre que me conviene y que bastas para esclavo.

—¡Mi dueña! —exclamé encantado.

—Sí, así deberás llamarme en lo sucesivo —dijo Wanda con un gesto de desdén indecible—. Arregla los asuntos en el término de veinticuatro horas, porque pasado mañana salgo para Italia y te llevaré conmigo como criado.

—¡Wanda!

—Quedan prohibidas esas familiaridades —me dijo, acentuando la palabra de un modo incisivo—, como asimismo que entres en mi habitación sin que te llame y que me hables sin que te invite. Desde hoy no te llamarás Severino, sino Gregorio.

Me estremecí de indignación —no puedo negarlo—, pero también de placer y de una emoción insuperable.

—Pero, señora, usted conoce bien mi situación; yo dependo todavía de mi padre, y dudo que disponga en mi favor de una cantidad tan crecida como la que supone el viaje.

—¿Quiere decir que no tienes dinero? —preguntó Wanda encantada—. ¡Tanto mejor! Así dependerás completamente de mí, como un esclavo.

—Pero usted no considera —intenté objetar— que me es imposible, como caballero…

—Lo que yo sé —interrumpió ella con imperio— es que, como caballero, usted se ha comprometido, bajo juramento, bajo palabra de honor, a seguirme, como esclavo, donde yo quiera, y a obedecerme en todo. ¡Basta ya, Gregorio!

Me volví hacia la puerta.

—Todavía no. Has de besarme antes la mano.

Me la tendió con cierto orgulloso abandono, y yo —¡asno, *dilettante*, vil esclavo!— la llevé con afectuoso transporte a mis labios, secos por la fiebre y la excitación.

Hizo una señal con la cabeza.

Me despedía.

Ya era tarde cuando encendí la lámpara y la chimenea, porque aún tenía algunas cartas y papeles que arreglar. El viento de otoño, según costumbre aquí, comenzaba a soplar con violencia.

De repente, ella llamó con el puño del látigo en mi ventana.

Abrí y la encontré vestida con su chaqueta de armiño, cubriéndose la cabeza con una toca de cosaco, alta y redonda, también de armiño, como las que gustaba llevar la gran Catalina.

—¿Estás dispuesto, Gregorio? —preguntó con aire sombrío.

—Todavía no, mi dueña.

—Me agrada la palabra. Llámame siempre así, ¿entiendes? Mañana, a las nueve, dejamos estos lugares. Hasta la ciudad, serás mi acompañante, mi amigo; una vez que hayamos subido al coche, mi siervo, mi criado. Ahora cierra la ventana y abre la puerta.

Luego que hube cumplido sus órdenes, entró y me preguntó, fruncidas las cejas:

—¿Te gusto ahora?

—¿Tú?

—¿Quién te permite llamarme así? —y me dio un latigazo.

—Está usted maravillosamente hermosa, mi dueña.

Wanda rió y se sentó en mi butaca.

—Arrodíllate aquí, cerca de mí.

Obedecí.

—Bésame la mano.

Cogí su manecita fría y la besé.

—La boca ahora.

Eché mis brazos, en un transporte de mi pasión, al cuello de la cruel mujer, y cubrí su rostro, su boca y su busto de besos ardientes, que ella me devolvió con igual fuego, cerradas las pupilas, como en sueños, hasta medianoche.

A las nueve en punto, según había ordenado, todo estaba dispuesto para la partida, y dejábamos la aldeita de los Cárpatos, en que se había tramado el más interesante drama de mi vida, cuyo desenlace no podía presumir siquiera.

Todo va bien ahora. Voy sentado al lado de Wanda, charlando con el mayor

afecto y espiritualidad del mundo, como amigos, de Italia, de la nueva novela de Pisemski y de la música de Wagner.

Ella lleva para el viaje una especie de amazona de paño negro y una chaqueta corta de la misma tela guarnecida de piel oscura, que dibuja la finura y esbeltez de sus formas. Además, una sombría pelliza de viaje. El pelo, recogido en nudo antiguo, descansa bajo una pequeña toca de piel negra, de que pende un velillo negro. Está de muy buen humor; me va hartando de bombones, me acaricia, me hace y deshace la corbata, instala sus pieles sobre mis rodillas, me estrecha furtivamente los dedos, y alguna vez, cuando el cochero se distrae, me besa con sus frescos labios, que tienen el perfume de una rosa abierta en otoño entre las hojas ya muertas, salpicada de los diamantes de la escarcha primeriza.

Llegamos a la capital del distrito. Bajamos ante la estación. Con una risa encantadora, Wanda me echa su abrigo al brazo, y se dirige a tomar los billetes.

Al volver, está completamente cambiada.

—Ten tu billete, Gregorio —dice con el tono de voz que las grandes señoras reservan a sus lacayos.

—¡De tercera! —exclamé con un terror cómico.

—Es natural; pero sube en seguida que yo haya tomado mi coche. A cada estación vendrás a recibir órdenes. No faltes. Dame el abrigo.

Luego que, como un esclavo sumiso, la hube ayudado a ponérselo, buscó, seguida de mí, un coche de primera; subió apoyándose en mis hombros, y me hizo envolverla los pies en la piel de oso, sobre el calorífero.

Me hizo una seña y me despidió. Subí a mi coche de tercera, lleno de humo de tabaco, espeso como dicen que está la entrada del infierno con la bruma del Aqueronte, y me puse a meditar sobre el problema de la existencia humana y el mayor de sus enigmas: la mujer.

Cada vez que el tren se detiene, corro a su vagón en espera de órdenes, sombrero en mano. Unas veces quiere café, otras un vaso de agua, una copa, agua tibia para lavarse las manos, mientras se deja hacer la corte por un par de caballeros que van en su departamento. Yo me muero de celos y me apresuro a cumplir las órdenes de mi dueña, sin perder el tren. La noche empieza a caer. No puedo comer ni dormir. Respiro el olor envenenado de la cebolla, de los aldeanos polacos, de los mercaderes judíos, de los soldados, y cuando voy a tomar órdenes, la encuentro tendida en su confortable piel, sobre los almohadones cubiertos de pieles de animales, como una déspota oriental. Los dos hombres, sentados como dioses indios, tiesos contra las paredes, apenas se atreven a respirar.

Nos detenemos en Viena un día para hacer ella unas compras, toda una serie de lujosos vestidos. Voy en su coche como criado. De tienda en tienda marcho detrás de Wanda, a diez pasos de distancia, sin que me honre con una sola mirada amistosa, recibiendo paquetes y dejándome ir cargado, sin alientos, como un mulo.

Antes de marcharnos ha cogido toda mi ropa, la ha repartido entre los criados del hotel y me ha hecho poner una librea, un traje al uso de Cracovia, de colorines, azul claro con rojo, con una gorrita adornada con plumas de pavo, que no me sienta del todo mal. Llevo sus armas en los botones de plata de mi traje. Me parece estar vendido o que he entregado mi alma al diablo.

Mi hermoso demonio me lleva desde Viena a Florencia. Ahora, en vez de masovianos y de judíos de pelo grasiento, tengo por compañeros *contadini* de cabello rizado, un brillante sargento del primer regimiento de granaderos italianos y un pobre pintor alemán. El coche ya no huele a cebolla, sino a queso y salchicha.

De nuevo la noche. Me tiendo a descansar, porque tengo los brazos y las piernas rotos. Pero aun en esto hay poesía. Las estrellas brillan en el cielo, el sargento parece un Apolo de Belvedere y el pintor alemán canta una maravillosa romanza de la tierra:

Dondequiera se espesan las tinieblas,
las estrellas se encienden, una tras otra;
¡qué soplo de ardiente deseo
flota a través de la noche!
Mi alma agitada sigue a la tuya
en el Océano de los sueños…

Yo pensé en la hermosa, que tranquila como una reina, reposa en sus blandas pieles.

¡Florencia! Una multitud que se agita gritando, cocheros y comisionistas importunos, Wanda toma un coche y despide a los mozos que se acercan.

—¿Para qué tengo un criado? Gregorio, toma el talón y ve por el equipaje.

Se envuelve en su abrigo y se sienta tranquilamente en el coche, mientras yo voy trayendo los bagajes uno tras otro. Hubo un momento que no pude resistir la carga de la última maleta. Un carabinero de aspecto inteligente se apiadó de mí y me tendió una mano.

Ella se echó a reír.

—Debe pesar, porque tiene todas mis pieles.

Subí al pescante, limpiándome el sudor que goteaba de mi frente. Wanda dio la dirección del hotel, y el cochero fustigó el caballo. Poco después llegábamos a una puerta vivamente alumbrada.

—¿Hay habitaciones? —preguntó al conserje.

—Sí señora.

—Dos para mí y una para mi criado. Todas con estufa.

—Hay dos elegantes, con chimenea, ambas para usted —añadió un mozo que había acudido—, y otra, sin fuego, para el criado.

—Enséñemelas.

Le gustaron.

—Está bien, encienda usted el fuego; el criado dormirá sin él.

La miré.

—Sube el equipaje, Gregorio —ordenó sin fijarse en mi mirada—, mientras me arreglo y paso al comedor. Tú también puedes comer algo. En tanto que Wanda pasa a la habitación, yo subo el baúl y ayudo al mozo a encender el fuego en la alcoba, considerando con sorda envidia la chimenea, el lecho, las alfombras. Después, fatigado y hambriento, subo la escalera y pido de comer. Un simpático mozo, a quien cuesta gran trabajo comprender mi alemán, me lleva al comedor y me sirve.

Hacía treinta y seis horas que no comía caliente, cuando de repente entra ella.

Me levanté.

—¿Cómo puede usted conducirme a un comedor donde encuentro a mi criado? —reprocha al mozo con dureza; y roja de cólera, se retira.

Yo doy gracias al cielo por poder continuar comiendo, aunque intranquilo. En seguida subo a mi habitación, donde encuentro mi pobre maleta. Es un cuarto estrecho, sin chimenea, sin ventana, tan sólo con un pequeño respiradero. Arde en él una fétida lamparilla de aceite. A no ser por el frío, me parecería estar en los Plomos de Venecia. A pesar de todo, me echo a reír, pero me da miedo mi propia risa.

De repente se abre la puerta bruscamente, y el mozo, con gesto teatral, propio de un italiano, exclama:

—Baje usted en seguida cerca de la señora.

Tomo mi gorra, tropiezo en un escalón, llego a la puerta y llamo.

—¡Adelante!

Entro y permanezco en pie en la puerta.

Wanda se ha instalado confortablemente. Está sentada, vestida de muselina blanca y de encajes, sobre un diván de terciopelo rojo, los pies sobre un

almohadón igual, envuelta en la misma pelliza que llevaba cuando se me apareció como la diosa del amor.

La luz amarilla de los candelabros se refleja en el espejo, y las llamas rojizas de la chimenea juegan majestuosas sobre el terciopelo verde, sobre la sombría cebellina de la capa, sobre la piel blanca y lisa, sobre la cabellera de tonos de fuego de la hermosa mujer, que vuelve hacia mí su cara fría y clara, dejando caer la mirada de sus ojos verdes.

—Estoy contenta de ti, Gregorio.

Me incliné.

—Acércate.

Obedecí.

—Más cerca —bajó los ojos acariciando la cebellina—. Venus de las pieles recibe a su esclavo. Veo que eres más que nunca el excéntrico de siempre; siempre bajo el imperio de tus sueños, y sería la cosa más loca del mundo llevar a cabo tu concepción. Confieso, no obstante, que me agrada, que me impone. Aquí reside tu pureza y sólo ésta es lo que se estima. Llego a creer que en circunstancias extraordinarias, en alguna gran época de la Historia, lo que constituye tu punto débil sería una fuerza asombrosa. Bajo los primeros emperadores, hubieras sido un mártir; en la Reforma, un anabaptista; cuando la Revolución francesa, uno de aquellos girondinos exaltados que subían al cadalso cantando la Marsellesa. Pero como sólo eres mi esclavo, mi…

Desprendiéndose de sus pieles, Wanda me echa los brazos al cuello en un rapto de ternura.

—Mi esclavo querido. Severino, ¡cuánto te amo, cuánto te adoro; qué elegante estás con tu traje de Cracovia! Pero vas a helarte esta noche en tu miserable cuarto sin chimenea.

Yo te daré mi piel, corazoncito, la más grande.

La recoge con viveza del suelo, la echa sobre mis espaldas y me envuelve en ella con el mayor cuidado.

—¡Oh, qué bien te sienta la piel! ¡Cómo hace resaltar tus nobles rasgos! Pronto dejarás de ser mi esclavo, llevarás un traje de terciopelo orlado de cebellina, y si no, no me pondré nunca más pieles.

De nuevo comenzó a acariciarme, a abrazarme, a atraerme sin cesar hacia el diván rojo.

—Me parece que te gusta la piel; dámela, dámela en seguida; si no, pierdo el sentimiento de mi dignidad.

Le di la pelliza, y Wanda pasó el brazo derecho en la manga.

—Así es como Tiziano representa a su heroína. Pero basta de bromas. No tengas esa cara, me entristece; sólo eres provisionalmente mi criado para la gente; aún no eres mi esclavo, aún no has firmado el documento; eres libre, puedes dejarme cuando quieras; desempeñas tu papel de manera magistral.

Estoy encantada, pero ya es bastante. ¿No te parezco abominable? Habla, te lo mando.

—¿Debo confiártelo, Wanda?

—Sí, debes.

—Es que aunque abuses, estaré siempre enamorado de ti, te honraré, te adoraré cada vez más, siempre fanáticamente. Cuando me maltratas, como antes, me quemas la sangre y embriagas mis sentidos —la estreché sobre mí y me colgué por un momento de sus labios húmedos—. ¡Oh, hermosa! —exclamé contemplándola, y en mi entusiasmo, la despojé de las pieles y cubrí su nuca de besos.

—¿Me amas, pues, cuando soy cruel? Anda, ¡vete! ¡Me incomodas! ¿Lo oyes?

Me dio tal bofetada que me hizo ver las estrellas. La oreja enrojeció.

—Ayúdame a poner la piel, esclavo.

La ayudé lo mejor que pude.

—¡Qué torpeza! —y apenas la tuvo puesta, volvió a pegarme en el rostro. Yo me sentí cambiar de color.

—¿Te he hecho daño? —me preguntó poniendo dulcemente la mano sobre mí.

—No, no.

—Es que no te atreves a quejarte. Ven, dame un beso.

La estreché con mis brazos, pegados sus labios a los míos. Descansando sobre mi pecho en su grande y pesada pelliza, experimenté una emoción extraña de sofocamiento, como si alguna bestia feroz, una osa, me hubiera abrazado y sintiera sus garras penetrar en mis carnes. Pero esta vez la osa me dejó marchar.

Lleno el corazón de risueñas esperanzas, subí a mi miserable cuarto de criado y me arrojé sobre el duro lecho.

La vida es verdaderamente cómica —pensé—. No hace un instante que la mujer más hermosa del mundo, la misma Venus, descansaba sobre mi pecho, y ahora tendré ocasión de estudiar el infierno de los chinos, que en vez de precipitar a los condenados, como nosotros creemos, en las llamas, los suponen lanzados por los demonios hacia los mares de hielo. Indudablemente, los fundadores de esta religión durmieron en habitaciones como ésta.

Esta noche me he despertado sobresaltado, lanzando un grito de espanto. Soñaba que me había extraviado en un mar de hielo y que no podía salir de él. De repente vi un esquimal en un trineo arrastrado por perros. Se parecía al mozo que me había procurado aquella habitación.

—¿Qué busca usted, señor? Estamos en el Polo Norte.

Y desapareció.

Luego pasó Wanda patinando; su traje de seda crujía, y el armiño de su chaqueta y de su toca eran más blancos que la nieve. Se dirigió hacia mí y me

abrazó. De pronto sentí que la sangre brotaba de mi cuerpo en ondas apretadas y ardientes.

—¿Qué haces? —pregunté asustado.

Se echó a reír, cuando he aquí que ya no conocí a Wanda. Era una enorme osa blanca que hundía sus garras en mi cuerpo.

Grité desesperado y oía aún su risa diabólica cuando me desperté, y lleno de asombro paseé mis miradas en la habitación.

Bien de mañana me puse a la puerta de Wanda, y cuando apareció el mozo con el café, le tomé de sus manos para servírselo a mi hermosa dueña. Se había arreglado ya y estaba soberbia, fresca y sonrosada. Me sonrió con afecto y me recordó mi tentativa de alejarme de ella.

—Desayúnate pronto, Gregorio, porque vamos a buscar casa. No puedo permanecer en el hotel más que lo indispensable. Estamos muy mal aquí, y si se me ocurre hablar alguna vez contigo, dirán: « La rusa tiene buenas relaciones con su criado; la raza de las Catalinas aún no se ha extinguido» .

Media hora después salimos, Wanda, con su traje de paño, su toca rusa; yo, con mi librea cracovia.

Causamos sensación. Yo marchaba diez pasos detrás de ella, muy serio, pero temiendo a cada instante soltar la carcajada. En todas partes se veían carteles con el letrero *Camere ammobiliate*. Wanda hacía que yo subiese a verlas, y sólo se decidía a subir cuando yo le aseguraba que tenían buena apariencia. Así es que, a mediodía, estaba tan fatigado como un perro de caza.

No encontramos nada que nos conviniera. Wanda estaba algo contrariada. De repente me dijo:

—Severino, es deliciosa la seriedad con que desempeñas tu papel, y las obligaciones que nos hemos impuesto me excitan por demás. No puedo más; estás apetitoso, es preciso que te dé un beso. Entraremos en cualquier parte.

—¡Pero, señora!

—¡Gregorio!

Subimos al primer piso que encontramos y me abrazó en la escalera, en un transporte afectuoso.

—¡Ay, Severino, qué astuto eres! Como esclavo eres mucho más peligroso que creía; estás irresistible y temo prendarme otra vez de ti.

—¿Pero no me amas ya? —pregunté emocionado.

Wanda movió negativamente la cabeza. Después me abrazó otra vez e imprimió sobre los míos sus labios exquisitos.

Volvimos al hotel. Wanda almorzó y me hizo participar de su comida.

Pero a mí no me sirvieron con tanta diligencia como a ella; así es que apenas había tomado dos pedazos de *beefsteak*, entró el criado, diciéndome con su aire

teatral:

—Le llama la señora.

Me despedí melancólicamente de mi almuerzo, y fatigado y hambriento fui a reunirme con Wanda, que ya estaba en la calle.

—Nunca le creí a usted tan cruel, mi dueña —le dije en tono de reproche—, que después de tantas fatigas no me dejara comer tranquilo.

Ella se echó a reír de todas veras.

—Creí que habías acabado, pero no importa. El hombre, en general, ha nacido para sufrir, y tú particularmente. Los mártires no comían *beefsteaks*.

La seguí lleno de rencor, conteniendo mi hambre.

—He renunciado a la idea de tomar cuarto amueblado; es molesto estar encerrada en un piso y no poder hacer lo que se quiere; tanto más en las circunstancias tan extrañas y fantásticas en que nos encontramos. Voy a alquilar toda una villa; pero aguarda y quédate asombrado. Te permito que vayas a hartarte y que visites la ciudad. No vayas a casa hasta la noche. Si te necesito, te llamaré.

He visitado a Duomo, el palacio antiguo, la loggia Lanzi, y luego he contemplado largo tiempo el Arno, dejando caer mis miradas sobre la antigua y majestuosa Florencia, con sus redondas cúpulas y campanarios dibujándose en el cielo azul puro, sobre los puentes magníficos, los grandes arcos por donde el hermoso río amarillento echa sus aguas rápidas, sobre las verdes colinas cubiertas de esbeltos cipreses y vastos monumentos, palacios y claustros, que rodean la ciudad.

Es un nuevo mundo éste en que nos encontramos, voluptuoso, alegre, luminoso. El paisaje no tiene la seriedad y melancolía del nuestro. No hay un rincón, hasta perderse la vista, hasta las últimas villas blancas diseminadas en las verdes colinas, que el sol no dore con su brillante luz. También los hombres son menos serios que nosotros, menos capaces —tal vez— de pensar, pero todo lo miran como si fueran felices.

Dicen que en el Mediodía hay una gran mortalidad. No hay, pues, rosa sin espinas, ni voluptuosidad sin tormento.

Wanda ha descubierto en la orilla izquierda del Arno una villa encantadora, cercana a los Cascinos[4], y la ha alquilado por todo el invierno. Está rodeada de un delicioso jardín, con bosquecillos encantadores, praderas y parterres de camelias.

Es una villa de un solo piso, de estilo italiano, cuadrada. En la fachada delantera hay una galería abierta, una especie de « loggia» con estatuas de yeso de gusto antiguo, instaladas sobre pedestales o sobre los escalones que descienden al jardín. Por ésta galería se llega a un majestuoso baño de mármol, con una escalera de caracol cercana que conduce a la alcoba de la dueña.

Wanda ocupa todo el primer piso.

A mí me reserva en el piso bajo una habitación bastante bonita, con chimenea y todo.

Me pongo a recorrer el jardín, cuando descubro en una colina un pequeño templo cerrado. Miro por una rendija y veo dentro a la diosa de amor en pie sobre un pedestal.

Un dulce estremecimiento me recorre. Ella me dice riendo:

—¿Estás ahí? Te esperaba.

Anochece. Una linda doncellita me comunica la orden de comparecer ante mi dueña. Subo la escalera de mármol, atravieso la antecámara, el gran salón lleno de suntuosas riquezas, y llamo a la puerta de la alcoba. El lujo que veo dondequiera me inquieta, haciéndome llamar con timidez. Me pregunto qué actitud guardaré en la alcoba de la gran Catalina, y cómo se me aparecería ahora con su verde pelliza, el cordón rojo sobre la garganta desnuda y sus buclecitos empolvados.

Vuelvo a llamar. Wanda abre, impaciente y violenta.

—¿Por qué has tardado?

—Estaba detrás de la puerta; sin duda no me oíste llamar —respondí con timidez.

Cierra la puerta, viene hacia mí y me conduce al sofá de damasco rojo en que reposaba. Todo es rojo, todo de damasco. El edredón representa un asunto —Sansón y Dalila— soberbiamente trabajado.

Wanda me recibe en el más fascinador *deshabillé*. Su traje de seda blanca modela ligera y artísticamente su cuerpo gracioso, dejando al descubierto la garganta y los brazos, delicados y llenos de abandono, rodeados de las sombrías pieles de la gran pelliza de terciopelo verde guarnecida de cebellina. Su cabellera de fuego, medio deshecha y sostenida por nudos de perlas negras, cae hasta sus caderas.

—Venus de las pieles —balbuceé, en tanto que me atrae a su garganta, casi ahogándome a besos. Después quedo mudo y privado de pensamiento, sumergido en un mar de delicias no soñadas.

Al fin Wanda se desprende y me mira, apoyada sobre su brazo. Caí a sus pies; ella me atrajo a sí y comenzó a jugar con mi pelo.

—¿Me amas aún? —me dijo con los ojos embriagados.

—¡Tú lo preguntas!

—¿Recuerdas aún tu juramento? —añadió con una encantadora sonrisa—. Todo está ya arreglado, todo dispuesto. Vuelvo a preguntarte otra vez: ¿De veras quieres ser mi esclavo?

—¿No lo soy ya? —repliqué asombrado.

—No has firmado aún el contrato.

—¡El contrato! ¿Qué contrato?

—¿Lo ves? ¡Ya no te acuerdas! Dejémoslo, pues.

—Pero, Wanda, bien sabes tú que yo no conozco mayor delicia que servirte, ser tu esclavo, y que todo lo daría por esa voluptuosidad, incluso mi vida.

—¡Cuan hermoso estás cuando te exaltas, cuando hablas con tanto fuego! ¡Ah! Cada vez estoy más perdida por ti, y seré dura, imperiosa y cruel contigo. Pero temo no poder serlo.

—Eso no me inquieta —dije riendo—. ¿Dónde está el documento?

—Aquí —dijo confusa, y le sacó del pecho para dármelo—. En él está tu felicidad; quedas completamente a mi disposición, porque, además, tengo redactado otro documento en que declaras tu intención de matarte. Puedo matarte, si me parece.

—Trae.

Mientras yo desplegaba el documento y leía, Wanda tomó tintero y pluma, se sentó luego a mi lado, pasó el brazo alrededor de mi cuello y miró el papel por detrás de mí.

El documento decía así:

CONTRATO
ENTRE LA
SEÑORA WANDA DE DUNAIEW
Y EL
SEÑOR SEVERINO DE KUSIEMSKI.

« El señor Severino de Kusiemski quiere, desde el día de hoy, ser el prometido de la señora Wanda de Dunaiew, renunciando a todos sus derechos de amante y obligándose, bajo palabra de honor y caballero, a ser su esclavo, en tanto que ella no le conceda libertad.

Como esclavo de la señora Dunaiew, tomará el nombre de Gregorio, y se compromete a satisfacer sin reservas todos los deseos de la susodicha señora, su dueña, obedeciendo todas sus órdenes, siéndole humildemente sumiso, considerando cualquier merced que reciba como una gracia extraordinaria.

La señora Dunaiew, no sólo adquiere el derecho de golpear a su esclavo por las faltas que cometa, sino también el de maltratarle por capricho o por pasatiempo, incluso hasta matarle, si le place. Queda, en suma, en su propiedad absoluta.

Si la señora Dunaiew concede libertad a su esclavo, el señor Severino de Kusiemski se compromete a olvidar todo lo que, como esclavo, haya podido sufrir, *y a no vengarse jamás, en ninguna manera por ningún medio y bajo ninguna especie de consideración, ni a ejercitar acción alguna contra aquélla*.

Por su parte, la señora Dunaiew se obliga a comparecer vestida de pieles con la mayor frecuencia ante su esclavo, incluso cuando se muestre cruel para con él.

Hecho hoy …» .

El segundo documento sólo contenía estas palabras:

> «Cansado de las decepciones de un año de existencia, pongo fin libremente a mi vida inútil».

Un profundo horror me invadió al leerle. Todavía era tiempo, podía volverme atrás; pero la demencia de la pasión, la vista de la hermosa que, ebria de alegría, se apoya en mi hombro, me arrastraban.

—Tienes que copiar éste —dijo Wanda, señalando el segundo documento—, que debe ir escrito enteramente de tu puño y letra. El contrato no hace falta.

Copié a escape las palabras en que proclamaba mi suicidio, y di el papel a Wanda. Lo leyó, y riendo, lo puso sobre la mesa.

—Ahora, ¿tendrás valor para firmar éste? —preguntó, sacudiendo la cabeza, con una sonrisa fina.

Tomé la pluma.

—Déjame firmar antes —dijo Wanda—. Te tiembla la mano. ¿Temes?

Ella tomó el contrato y la pluma, y yo levanté los ojos, en lucha conmigo mismo, cuando mis miradas cayeron sobre numerosas pinturas de las escuelas italiana y holandesa, cuyo extraño carácter se relacionaba con el asunto del edredón, que tenía para mí un aspecto inquietante. Dalila, una buena moza de cabellera de fuego, medio cubierta por un manto de pieles oscuras, estaba tendida sobre un diván rojo, inclinándose riente hacia Sansón, derribado y maniatado por los filisteos. Su burlona coquetería, su sonrisa, tiene una crueldad verdaderamente infernal; sus ojos entornados se dirigen a los de Sansón, que lanzan una última mirada de amor llena de clemencia, porque ya uno de los enemigos se arrodilla sobre su pecho, dispuesto a cegarle con el hierro ardiente.

—De manera que estás completamente perdido. ¿Qué te sucede? Deja todo eso a los antiguos. ¿Acaso me conocerás menos cuando hayas firmado?

Miré el papel. El nombre de Wanda aparecía en amplios caracteres. Hundí mi mirada en la suya, de un encanto irresistible, después tomé la pluma y puse mi firma en el contrato.

—Tiemblas —dijo Wanda—. ¿Tendré que llevarte la mano?

Y cogió dulcemente mi mano, cuando ya mi nombre aparecía en el papel. Wanda examinó una vez más los documentos y los guardó en una mesita próxima.

—Ahora dame tu pasaporte y el dinero que tengas.

Saqué mi cartera y se la di. Ella la registró y la colocó luego sobre el pasaporte, en tanto que yo me arrodillaba ante ella y, lleno de una dulce embriaguez, dejaba descansar mi cabeza sobre su seno.

Pero de repente me rechazó con el pie, se levantó e hizo sonar la campanilla.

Instantáneamente entraron, provistas de cuerdas, tres negras jóvenes,

esbeltas, vestidas de rojo.

Comprendí todo el horror de mi situación y quise levantarme; pero ya Wanda se erguía como una dueña, volviendo hacia mí su frío y hermoso rostro, sus cejas amenazadoras, sus desdeñosos ojos. Hizo una señal con la mano, y antes de que hubiese podido darme cuenta de lo que iba a pasar, las negras me derribaron y ataron de pies y manos, hasta el punto de no poderme mover apenas.

—Tráeme el látigo, Haydée —ordenó Wanda con una flema imperturbable.

La negra se lo presentó de rodillas a su ama.

—¡Quítame esta piel tan pesada, me molesta! La negra obedeció.

—Trae aquella chaqueta.

Haydée volvió con la bazabaika de armiño tendida en la cama y Wanda, con un gesto de inimitable gracia, ordenó:

—¡Atadle a esa columna!

Las negras me levantaron, pasaron una fuerte cuerda alrededor de mi cuerpo y me ataron, en pie, a una de las macizas columnas que sostenían el amplio techo italiano.

Después desaparecieron, como si las hubiera tragado la tierra.

Wanda se aproximó a mí; su traje de seda blanca flotaba como un rayo de luna; su cabellera ardía sobre las pieles de la chaqueta. Con la mano izquierda apoyada en un costado, el látigo en la derecha, me dijo con un tono despiadado:

—Toda comedia ha cesado entre nosotros. ¡Ahora va de veras, insensato, despreciable, entregado a mí como un juguete en tu ciega demencia; a mí, orgullosa y llena de caprichos! Has dejado de ser mi bien amado; eres mi esclavo, y puedo disponer de tu vida si me place. Así aprenderás a conocerme. Empezarás por gustar el látigo de mi mano, por capricho, sin haberlo merecido, y así sabrás lo que te espera cuando cometas falta.

Con una gracia salvaje se levantó la manga orlada de armiño y me descargó un latigazo sobre los riñones.

Todo mi cuerpo se estremeció; el látigo había entrado en mi carne como la hoja de un cuchillo.

—¡Ah! ¿Te gusta? —exclamaba ella—. Espera, espera, voy a hacerte aullar como un perro —añadió amenazadora, volviendo a golpearme.

Los golpes llovían, duros y rápidos, con espantosa violencia, sobre mis lomos, mis brazos, mi cuello. Yo apretaba los dientes para no chillar. Una de las veces el látigo me cruzó la cara y la sangre saltó. Ella se echó a reír sin dejar de pegarme.

—Ahora comprendo el placer de poseer a un hombre que ama. ¿Me amas aún? ¡No! ¡Aguarda, que he de desgarrarte! A cada golpe, el placer que experimento aumenta. ¡Todavía un poco más! ¡Chilla, grita! No he de tener piedad.

Por fin se cansó.

Arrojó el látigo, se extendió en el sofá y llamó.

Las negras entraron.

—¡Desatadle!

Al quitarme la cuerda caí a tierra como una masa inerte. Las negras rieron, enseñando sus dientes blancos.

—¡Quitadle la cuerda de los pies! Al fin pude levantarme.

—Ven a mi lado, Gregorio.

Me aproximé a la hermosa, que nunca me había parecido tan seductora como entonces, en su crueldad, en su sarcasmo.

—Da un paso más, arrodíllate y bésame los pies.

Alargó el pie y yo apoyé mis labios en él, ¡loco, pobre insensato!

—No vas a verme en todo un mes, Gregorio —añadió muy seria—. Y en todo ese tiempo, que aliviará tu nueva posición, trabajarás en el jardín y aguardarás mis órdenes. Ahora, ¡marcha, esclavo!

Ha transcurrido un mes con monótona regularidad, en el duro trabajo, en la melancolía, invadido del ardiente deseo de ver a la que me causa tantos sufrimientos. Soy ayudante del jardinero, y con él podo árboles, corto troncos, trasplanto flores, cavo y limpio las avenidas. Comparto con él su grosera comida y su duro lecho. Me levanto y me acuesto con los pájaros, y, de vez en cuando, sé que la dueña se divierte, que está rodeada de adoradores, y una vez he escuchado sus alegres carcajadas en el jardín.

Voy volviéndome estúpido. ¿He aceptado este oficio ha poco, o le he ejercido antes? Pasado mañana termina el mes. ¿Qué va a ser de mí? ¿O me habrá olvidado y deberé dedicarme a cortar troncos y hacer ramilletes hasta el término de mis días?

ORDEN ESCRITA

« El esclavo Gregorio, conforme a la presente, deberá permanecer a mi disposición personal.

WANDA DE DUNAIEW» .

A la mañana siguiente, palpitándome el corazón, levanto el cortinaje adamascado y penetro en la alcoba de mi diosa, medio a oscuras.

—¿Estás ahí, Gregorio? —pregunta Wanda, mientras yo, arrodillado ante la chimenea, preparo el fuego, estremecido al escuchar la voz de mi amada.

—Sí, mi dueña.

—¿Qué hora es?

—Han dado ya las nueve.

—Tráeme el desayuno.

Me apresuro a prepararle. Luego vuelvo con él y me arrodillo ante su lecho.

—Aquí está el desayuno, mi dueña.

Wanda entreabre las cortinas, y al principio, extrañamente despeinada, no la reconozco. Las queridas facciones no tienen la belleza acostumbrada. El rostro se ha endurecido, y presenta una marcada expresión de laxitud y hastío.

¿Acaso es que yo no reparé antes en ella?

Detiene sobre mí sus ojos verdes, más bien curiosos que amenazadores, hasta compadecidos, y, levantando las pieles sobre que descansa, cubre con ellas sus espaldas desnudas.

En este momento está tan deliciosa, tan tentadora, que siento que la sangre se agolpa en mi cabeza y en mi corazón, hasta el punto de que el servicio de café oscila en mis manos. Ella lo nota y se apodera del látigo, colocado sobre una mesa de noche.

—¡Torpe esclavo! —dice, frunciendo el entrecejo.

Bajo los ojos y sostengo la bandeja lo mejor que puedo. Ella toma su desayuno, bosteza y estira sus soberbios miembros entre las ricas pieles.

Ha llamado. Entro.

—Esta carta al príncipe Corsini.

Corro a la ciudad, entrego la carta al príncipe —guapo mozo de ojos ardientes — y, devorado por los celos, conduzco la respuesta.

—¿Qué tienes? —me dice espiándome maliciosamente—. Estás horriblemente pálido.

—Nada, mi dueña; es que vengo corriendo.

El príncipe almuerza con ella y yo estoy condenado a servirles a los dos, para los cuales no existo. Hay un momento en que mis ojos se oscurecen y dejo caer el Burdeos sobre el mantel y aun sobre los comensales.

—¡Torpe! —exclama Wanda, dándome un bofetón.

El príncipe y ella se echan a reír, y la sangre me sube al rostro.

Después de almorzar ha ido a pasear a los Cascinos, guiando su cochecito arrastrado por un tronco de caballos ingleses. Yo voy sentado detrás y observo sus coqueterías, sus sonrisas, cuando algún caballero importante la saluda.

Al bajar del coche se apoya levemente sobre mí y su contacto me produce el efecto de una descarga eléctrica. ¡Esta mujer es maravillosamente bella y la amo cada vez más!

Damas y caballeros se reúnen a cenar a las seis de la tarde. Yo sirvo la mesa, sin que esta vez haya derramado el vino.

Una bofetada vale más que diez amonestaciones, sobre todo cuando la aplica una manecita regordeta de mujer. Después de cenar ha ido en coche al teatro Pérgola. Al bajar la escalera, vestida de seda negra, con su cuello de armiño y

una diadema de rosas blancas en la cabeza, se me aparece verdaderamente deslumbradora. Abro la portezuela y la ayudo a subir. Ante el teatro, salto al estribo, ella se apoya en mí, y yo tiemblo.

Abro la puerta del palco y aguardo en el vestíbulo. La representación dura cuatro horas, durante las cuales la acompaña un caballero. Yo aprieto los dientes de cólera.

Es más de medianoche cuando suena por última vez la campanilla.

—Lumbre —ordena.

Luego, mientras enciendo, pide té.

Cuando vuelvo con el samovar ya está desnuda, poniéndose el *deshabillé* blanco con ayuda de una negra.

Haydée no tarda en desaparecer.

—Dame la pelliza de noche —dice Wanda tendiendo sus bellos miembros adormecidos.

Tomo la piel, que descansa en una de las butacas y la sostengo, mientras ella, con cierto descuido, pasa los brazos por las mangas.

—Quítame los zapatos y ponme las zapatillas.

Me arrodillo y tiro del zapatito, que se me resiste.

—¡Quita, quita! Me haces daño. ¡Ahora verás!

En un abrir y cerrar de ojos me da un latigazo.

—¡Anda, vete!

Un puntapié aún, y me voy a acostar.

Hoy la he llevado a una recepción. En la antecámara me ordena que la quite el abrigo. Después entra con altiva sonrisa, segura de su triunfo, en la sala brillantemente alumbrada. Otra vez veo desfilar hora tras hora mis tristes pensamientos. De tiempo en tiempo, la música llega hasta mí, cuando la puerta se abre un instante. Dos lacayos quieren entablar conversación conmigo, pero lo dejan en vista de que hablo muy pocas palabras en italiano.

Me duermo, finalmente, y sueño que he matado a Wanda en un furioso acceso de celos y que me han condenado a muerte. Me veo atado en el cadalso; el hacha cae, la siento sobre la nuca, pero estoy vivo.

El verdugo me golpea entonces la cara.

No, no es el verdugo; es Wanda, que está ante mí, reclamando su abrigo. En un abrir y cerrar de ojos vuelvo sobre mí y la obedezco.

Es todavía un placer poner el abrigo a una hermosa y soberbia mujer; ver, sentir su cuello, sus miembros magníficos hundirse en la piel rica y delicada, levantar los bucles caídos de su cabellera; y es para perder el sentido cuando se quita la pelliza y el dulce calor y el perfume sutil de su cuerpo persisten sobre el pelo dorado de la cebellina.

¡Por fin un día sin convidados, sin teatro, sin sociedad! Respiro ampliamente. Wanda está sentada leyendo en la galería, sin que parezca dispuesta a ordenarme

nada. Al oscurecer se retira con la bruma plateada. La sirvo la cena. Cena sola. No tiene una mirada, una sílaba, ni siquiera una bofetada para mí.

¡Ah! ¡Cómo echo de menos ser golpeado por ella!

Las lágrimas se me saltan al sentirme humillado tan cruelmente, sin que una vez tenga el valor de torturarme, de maltratarme.

Antes de irse a la cama me llama:

—Esta noche te acostarás cerca de mí. Anoche tuve un sueño espantoso y me dio miedo. Toma uno de los almohadones del sofá y extiéndele a mis pies sobre la piel de oso.

Luego apaga la lámpara y sube al lecho, la única luz de un globo opaco que pende del techo de la alcoba.

—No te muevas, no me despiertes.

Así lo hago, pero sin poder dormir. Veo a la bella, soberbia como una diosa, descansando sobre las pieles, tendida sobre el torso, los brazos bajo la nuca, inundados por su cabellera rutilante. Escucho la rítmica cadencia de su respiración. Cada vez que se mueve, atiendo para ver si me necesita.

Pero ella no tiene necesidad de mí.

No tengo para ella ningún otro deber que cumplir, ninguna otra significación que un revólver o una lamparilla.

¿Quién es el loco, ella o yo? Todo esto, ¿proviene de un cerebro de mujer mala, fértil en traspasar mis fantasías ultrasensuales o quizá esta mujer es una de esas naturalezas a lo Nerón, que encuentran un placer diabólico en aplastar como gusanos hombres que piensan y sienten, y que poseen —como ellos— una voluntad?

¡Qué no he sufrido!

Al arrodillarme hoy ante su lecho, llevándola el café, Wanda apoyó, de repente, su mano sobre mis hombros, y hundió profundamente sus ojos en los míos.

—¡Qué hermosos ojos tienes desde que sufres! —me dijo con dulzura—. ¿Eres desgraciado?

Bajé la cabeza y callé.

—Severino, ¿me quieres aún? —añadió en tono doloroso—. ¿Puedes quererme todavía?

Y su rostro adquirió un aire tan desgarrador, que la bandeja se me cayó, y tazas y vasos cayeron al suelo.

—¡Wanda, Wanda mía! —exclamé, abrazándola apasionadamente, cubriendo de besos su boca, su garganta—. ¡Ay, sí! Mi miseria es que te amo cada vez más, con mayor locura, cuanto más me maltratas y traicionas. ¡Oh! ¡Quisiera morir de dolor, de amor y de celos!

—Pero si no te he engañado aún, Severino —replicó Wanda, riendo.

—¡No, Wanda! ¡Por el amor de Dios! ¡No te burles de mí tan

despiadadamente! ¿No fui yo quien llevé la carta al príncipe?

—Sin duda, invitándole a almorzar.

—Desde que estamos en Florencia, has…

—Te he sido siempre fiel, te lo juro por lo más sagrado. No he hecho más que satisfacer tus caprichos por amor tuyo. Pero quisiera tomar un adorador; todavía la cosa no esta hecha más que a medias y ya me diriges el reproche final de que no soy bastante cruel para contigo, ¡mi bello y querido esclavo! Pero hoy eres de nuevo mi Severino, mi sólo y único amante. Mira: no di tu ropa; la encontrarás en aquella maleta; vístete como en los bajos Cárpatos, donde tanto nos amábamos; olvida lo sucedido entre mis brazos; mis besos disiparán tus penas.

Y se puso a acariciarme como a un niño, abrazándome, mimándome. Luego me dijo con dulce sonrisa:

—Vístete, te lo ruego, mientras me arreglo yo. ¿Quieres que me ponga la chaqueta de pieles? Sí, sí, anda.

Cuando volví la encontré en medio de la habitación con su traje blanco de seda, su kazabaika roja guarnecida de armiño, su cabello empolvado y una diadema de brillantes sobre la frente. Se parecía de una manera inquietadora a Catalina II; pero no pude reflexionar, porque, atrayéndome al sofá, me hizo pasar dos horas deliciosas. Ya no era la dueña severa y caprichosa, sino la señora elegante, la amante tierna. Me enseñó fotografías, libros que acababan de publicarse, discurriendo con tanto ingenio, tanta claridad y gusto, que más de una vez, encantado, llevé su mano a mis labios. Después me leyó dos historias de Lermontov, y posando afectuosamente su mano sobre la mía, mientras sus facciones adorables expresaban un placer inefable, reflejado también en su dulce mirada, me preguntó:

—Y ahora, ¿eres dichoso?

—Todavía no.

Entonces se tendió sobre el diván, y lentamente abrió su kazabaika.

Pero yo volví vivamente el armiño sobre su garganta de alabastro.

—¡Me enloqueces! —balbucí.

Ya estaba yo en sus brazos; ya, como una serpiente, me acariciaba con su lengua.

Todavía murmuró una vez:

—¿Eres dichoso?

—¡Por encima de todo!

Se echó a reír; pero era una risa malvada y sonora que me heló.

—¡En otro tiempo querías ser el esclavo, el juguete de una linda mujer, y ahora te figuras ser un hombre libre, un hombre, un amante…! ¡Loco! Una mirada de mis ojos y otra vez mi esclavo. ¡De rodillas!

Me dejé caer del sofá a sus pies, mis ojos fijos en los suyos, llenos de duda.

—Créeme —me dijo, considerándome, con los brazos cruzados sobre el

pecho—. Me aburres y no llegas a distraerme dos horas seguidas. No me mires así.

Me empujó con el pie.

—No eres lo que deseo; no eres un hombre, sino una cosa, una bestia.

Llamó; las negras entraron.

—¡Atadle las manos a la espalda!

Quedé arrodillado, sin oponer resistencia, y me condujeron a la viña situada en la extremidad meridional del jardín. La tierra estaba plantada de maíz, y aquí y allí aparecían algunos árboles. A un lado se encontraba un arado.

Las negras me ataron a un poste y se entretuvieron en pincharme con sus agujas de oro. Esto no duró mucho. Llegó Wanda con su toca de armiño en la cabeza, las manos metidas en los bolsillos. Hizo que me desataran y, atados los brazos a la espalda, con un yugo al cuello, tuve que tirar de un arado.

Las diabólicas negras me condujeron al campo. Una guiaba el arado, otra tiraba de la cuerda y la tercera me golpeaba con el látigo, mientras la Venus de las pieles miraba el cuadro.

A la mañana siguiente, al servirla de almorzar, Wanda me dijo:

—Trae un cubierto y almuerza hoy conmigo.

Y cuando quise sentarme ante ella, añadió:

—No, cerca de mí; muy cerquita de mí.

Está de muy buen humor: me da de comer en su misma cuchara, con su propio tenedor, y juega y coquetea conmigo como una joven gata. Desgraciadamente, he mirado a Haydée, que nos sirve, algo más de lo debido. La pureza de líneas casi europea de sus facciones, su busto soberbio y escultural, que parece tallado en mármol negro, me gusta mucho. Ella lo nota y descubre sus dientes con risa tonta. Apenas ha salido de la habitación, Wanda se estremece de cólera.

—¿De modo que te atreves a mirar a otra mujer delante de mí? ¿Te gusta, acaso, más? ¿Es más diabólica?

Me echo a temblar, nunca la he visto así: pálida hasta los labios y estremecida. Celosa de su esclava, Venus de las pieles descuelga bruscamente el látigo y me cruza la cara con él. Luego llama a las negras y las ordena que me conduzcan atado a la cueva, que parece una verdadera prisión.

La puerta se cierra, chirrían los cerrojos, la llave da la vuelta en la cerradura. Estoy encerrado, enterrado.

Allí quedé tendido no sé cuánto tiempo, atado como una bestia en el matadero, sobre un montón de paja húmeda, sin luz, sin agua, sin pan, sin reposo. A ella no le faltará nada y me deja morir de hambre, si ya no es de frío. Estoy tiritando. ¿Será fiebre? Creo que voy a odiar a esta mujer.

Un rayo de claridad roja como la sangre entra por una rendija. Es luz; la puerta va a abrirse.

Wanda aparece en el umbral envuelta en su cebellina, alumbrándose con una antorcha.

—¿Vives aún? —pregunta.

—¿Vienes para matarme? —respondo yo con voz moribunda y opaca.

En dos saltos, Wanda llega hasta mí, se arrodilla y recuesta mi cabeza en su pecho.

—¿Estás enfermo? ¡Cómo te relucen los ojos! ¿Me amas? Yo quiero que me ames.

Saca un pequeño puñal. Yo me estremezco cuando la hoja brilla ante mi vista, temiendo que me mate. Pero ella se echa a reír y corta las cuerdas que me sujetan.

Me ha dejado cenar con ella esta noche; la leo unas páginas y se entretiene conmigo en multitud de cosas interesantes. Paréceme metamorfoseada, avergonzada de la barbarie que ha usado conmigo. Una dulce tranquilidad ilumina su persona, y cuando me coge la mano sus ojos toman una expresión sobrehumana de bondad y de amor, que nos arrancan a los dos lágrimas con que olvidamos los sufrimientos de la existencia y los terrores de la muerte.

Estamos leyendo *Manon Lescaut*. Ella comprende la intención, sin decir nada, pero sonríe de cuando en cuando. Por último, me cierra el libro.

—¿No quiere usted que siga leyendo, señora?

—Por hoy, no. Hoy vamos a jugar a la Manon Lescaut. Tengo una cita en los Cascinos, y tú, mi querido caballero, me acompañarás. Sí lo harás, ¿no es eso?

—¡Usted lo ordena!

—Yo no ordeno, ruego —añadió con un encanto maravilloso indescriptible. Luego se levantó, apoyó su manecita en mi hombro, y mirándome—: ¡Oh, qué ojos tienes! —dijo—. Severino, te amo; no sabes cuánto te amo.

—Sí —repliqué yo con amargura—, hasta el punto de dar una cita a otro.

—Hago eso para excitarte; necesito un adorador para no perderte; no quiero perderte jamás, ¡jamás!, ¿entiendes?, porque te amo a ti, a ti solo.

Y se colgó apasionada de mis labios.

—¡Que no pueda darte toda mi alma en un beso…!, así… pero, vamos.

Se puso un vestido sencillo de seda negra y se cubrió la cabeza con un oscuro *bacbelik*[5]. Atravesó con rapidez la galería y montó en un coche.

—Gregorio me llevará —dijo al cochero, que quedó sorprendido.

Subí al pescante y fustigué los caballos con rabia.

En el lugar de los Cascinos en que la avenida principal hace más espesa su fronda, Wanda descendió. Era de noche. Algunas estrellas solitarias brillaban a través de las nubes grises que vagaban por el cielo. Cerca del Arno estaba un hombre envuelto en una capa oscura, con sombrero de alas anchas, contemplando las ondas amarillentas. Wanda se aproximó a él a través del boscaje y le tocó en el hombro. Pude observar cómo él se volvía hacia ella. Después desaparecieron en la espesura.

Pasó sobre mí una hora de tormento. Por fin, escuché un rumor hacia el matorral. Volvían.

El hombre la acompañó hasta el carruaje. La luz viva de uno de los faroles cayó de lleno sobre un rostro joven, dulce y novelesco por encima de toda expresión, a que formaba marco una cabellera rubia y rizada.

Ella le tendió la mano, que él besó respetuosamente; luego me hizo una señal y el coche tomó la interminable avenida abovedada, semejante a un toldo verde puesto a la orilla del río.

Llaman a la puerta del jardín. Es una cara conocida: el hombre de los Cascinos.

—¿A quién anuncio? —pregunté en francés.

Mi interlocutor movió la cabeza con aire cortado.

—¿No comprende usted alemán? —preguntó con timidez.

—¡Ya lo creo! —repliqué en alemán—. Tengo el honor de preguntarle su nombre.

—No le tengo, desgraciadamente —dijo confuso—. Diga usted sólo a la señora que está aquí el pintor alemán de los Cascinos. Pero, mírela usted.

Wanda se había asomado al balcón y hacía al extranjero señal de que pasara.

—Gregorio, acompaña al caballero.

—Perdone, yo subiré. Muchas gracias.

Mientras subía los peldaños, yo quedé en pie abajo considerando al pobre pintor con profunda compasión.

La Venus de las pieles le ha hechizado. Va a retratarla y le volverá loco.

¡Hermoso día de invierno! El sol brilla como el oro en la pradera. Al pie de la galería se abren las camelias orgullosas en sus ricos botones. Wanda está sentada en la loggia y dibuja, mientras a su lado el pintor la mira extasiado con las manos cruzadas, indiferente a todo, hundiendo sus miradas en las de ella.

Pero Wanda no le ve, ni tampoco que yo cavo en el parterre para

contemplarla y sentir su presencia, que mece mi alma como una música, como una poesía.

El pintor ha salido. Es una empresa atrevida, pero me arriesgo. Entro en la galería, me acerco a Wanda y la pregunto:

—¿Estás enamorada del pintor, mi dueña?

Ella me mira sin cólera, sacude la cabeza y se echa a reír.

—Me da lástima, pero no le amo. Yo no amo a nadie. *Te he amado a ti tan profunda, tan apasionadamente, tan íntimamente como sabía amar*, pero ya no te amo; mi corazón está herido, muerto, y esto me desespera.

—¡Wanda! —exclamé yo, lleno de dolor.

—En breve, tú tampoco me amarás —continuó—. Dime si ese momento está muy lejano, para que te dé la libertad.

—Entonces seré toda mi vida esclavo tuyo, porque te adoro y te adoraré siempre —exclamé, presa otra vez del fanático amor que me era tan funesto.

Wanda me miró con placer.

—Acuérdate bien de que te he amado por encima de toda expresión, de que he sido despótica para ti por halagar tu fantasía, que mi corazón todavía guarda para ti dulces sentimientos, una especie de íntima simpatía. Cuando ésta haya desaparecido, ¿quién sabe si te dejaré en libertad o si me haré entonces verdaderamente cruel, despiadada, salvaje contigo, o si seré indiferente o amaré a otro sin que me cause una alegría diabólica atormentar, incluso hasta la muerte, al hombre que me adora como una diosa? ¡Acuérdate bien de esto!

—Hace mucho que he soñado —repliqué, devorado por la fiebre— que no puedo vivir sin ti. Moriré si me dejas en libertad. Permíteme ser tu esclavo, mátame, pero no me alejes de tu presencia.

—Bueno; sé mi esclavo, pero no olvides que no te amo ya y que, por consiguiente, tu amor no tiene más valor para mí que la adhesión de un perro a quien se echa.

Hoy he visitado la Venus de Médicis.

Aún era tiempo. La salita ochavada de la Tribuna estaba llena de una dulce claridad crepuscular, semejante a la de un santuario, y permanecí con las manos juntas en profunda meditación ante la imagen de la diosa.

Pero no permanecí en pie largo tiempo.

No se veía a nadie, ni siquiera un inglés, en la galería. Caí de rodillas, y con los ojos entornados contemplé el cuerpo esbelto, arrebatador, la garganta dilatada de la voluptuosa figura virginal, los rizos perfumados, que parecen ocultar a cada lado pequeños cuernecillos.

Oigo sonar la campanilla.

Es mediodía. Está aún en la cama, doblados los brazos bajo la nuca.

—Voy a bañarme y quiero que tú me sirvas. Cierra la puerta.

Obedecí.

—Ahora, mira si abajo está todo también cerrado.

Descendí por la escalera de caracol, que pone en comunicación la alcoba con el cuarto de baño. Una vez me falló el pie y tuve que apoyarme en la barandilla. Luego que hallé cerrada la puerta que da a la loggia y a los jardines, volví. Wanda, despeinada, cubierta con su capa de terciopelo verde, estaba, sentada en la cama. Hizo al verme un movimiento rápido, que me permitió comprender que estaba desnuda, y sin saber por qué me turbé como un condenado a muerte que sabe que va al cadalso y comienza a temblar ante su vista.

—Ven Gregorio; tómame en brazos.

—¿Cómo, mi dueña?

—Quiero que me lleves tú, ¿oyes?

La levanté, sentándola sobre mis brazos, mientras ella me rodeaba el cuello con los suyos. Al bajar lentamente, peldaño tras peldaño, rozándome su pelo la mejilla, sintiendo que su pie se apoyaba levemente sobre mi rodilla, pensaba a cada instante no poder más. El cuarto de baño ocupaba una amplia rotonda, alumbrada por una luz filtrada en una roja cúpula de vidrio. Dos palmeras extendían sus anchas hojas, como un techo de verdor, sobre un lecho de almohadones de terciopelo rojo, desde donde por algunas gradas cubiertas de tapices turcos, se descendía al baño de mármol puesto en el centro.

—Arriba, sobre mi mesa de noche, hay un libro de cubierta verde; tráemelo, y el látigo también —dijo Wanda tendiéndose en los almohadones.

Subí y bajé de cuatro en cuatro las escaleras, y arrodillándome, deposité ambos objetos en manos de mi dueña, que en seguida me hizo reunir su lujuriante cabellera eléctrica en un nudo con una cinta de terciopelo verde. Hecho esto, la preparé el baño torpemente, pues los pies y las manos rehusaban servirme; y cada vez que contemplaba a la hermosa extendida sobre los almohadones de terciopelo verde, contrastando de vez en cuando el brillo de una parte u otra de su soberbio cuerpo con las pieles sombrías, en una contemplación involuntaria, atraído por una fuerza magnética, comprendía cómo la voluptuosidad y la concupiscencia residen solamente en el semidesnudo, en lo excitante, y todavía lo comprendí mejor cuando, por fin, estuvo lleno el baño y Wanda, de un solo gesto, rechazó el manto de pieles, quedando ante mí como la diosa de la Tribuna.

En este momento, en su belleza sin velo, se me apareció tan divina, tan casta, que, como el día anterior ante la diosa, caí de rodillas ante ella, y en un acto de

adoración apreté mis labios sobre sus pies.

Mi alma, presa hacía poco de la más viva agitación, quedó tranquila de repente, y Wanda no tuvo ya ninguna crueldad para mí.

Descendió lentamente al baño, y con una alegría tranquila, en que no se mezclaba el menor sufrimiento ni la menor envidia, pude contemplarla a mi gusto sumergirse y levantarse en la onda cristalina, jugando amorosamente a su alrededor las ondas que levantaba su cuerpo.

Nuestro artista nihilista tiene razón. Una manzana natural es más hermosa que una manzana pintada, y una mujer viva más que una Venus de piedra.

Al salir del baño, deslizándose en su piel las gotitas plateadas y la rosada luz, se apoderó de mí un éxtasis mudo. Sequé con el lienzo su admirable cuerpo, frotándole, y la tranquila beatitud persistió todavía en mí cuando, envuelta en la capa, descansó sobre los almohadones, apoyando un pie sobre mí como un taburete. La elástica piel de cebellina se pegaba voluptuosa a su fresco cuerpo de mármol, y el brazo izquierdo en que se apoyaba, como un cisne dormido, aparecía en la sombría piel de la manga, en tanto que su mano derecha jugaba con el látigo.

Mis miradas cayeron por casualidad en un espejo colgado en la pared opuesta, y lancé un grito cuando vi reflejada la escena en su marco dorado, como un cuadro; un cuadro tan maravillosamente bello, tan fantástico, que una profunda tristeza invadió mi alma al pensar que sus líneas y sus colores se desvanecerían como una niebla.

—¿Qué te sucede? —preguntó Wanda.

La señalé el espejo.

—¡Ah! ¡Muy hermoso! ¡Lástima que no pueda conservarse la escena!

—¿Y por qué no? Ese artista, ¿no sería el más valiente y famoso de los pintores si te tomara de modelo y eternizara tus rasgos con su pincel? El pensamiento de que tanta belleza extraordinaria —continué, contemplándola con entusiasmo—, tan soberbio rostro, ojos tan extraños de reflejos verdosos, cabellera tan diabólica, tanto esplendor de cuerpo, queden perdidos para el mundo, es atroz y me causa todas las angustias de la muerte, del aniquilamiento, porque no tienes, como los demás, el derecho de desaparecer enteramente para siempre, sin dejar detrás de ti una huella de tu existencia. Tus rasgos deben vivir cuando hayas vuelto al polvo; tu belleza debe triunfar de la muerte.

Wanda se echó a reír.

—¡Qué lástima que la escuela italiana de hoy no posea un Tiziano o un Rafael! ¿Quién sabe si el amor podrá reemplazar al genio y si nuestro alemancito…?

Y quedó pensativa.

—¡Sí! Ha de hacer mi retrato —añadió de repente—, y corre de mi cuenta que mezcle el amor a sus colores.

El joven pintor ha establecido su estudio en la villa de Wanda, caído perfectamente en el cepo. ¡Hasta ha comenzado una madona de ojos verdes y cabello de fuego! ¡Sólo el idealismo de un alemán puede hacer del retrato de esta mujer voluptuosa la imagen de la virginidad! El pobre mozo está hecho un asno casi tan grande como yo. Desgraciadamente, nuestra Titania ha descubierto demasiado pronto nuestras orejas.

Ella se ríe de nosotros, ¡y de qué manera! Oigo su risa insolente y melodiosa resonar en el estudio, bajo la ventana abierta, a cuyo pie escucho celoso.

—¿Está usted loco? ¡Eso es inverosímil! ¡Yo de virgen! —exclamó, riendo de nuevo—. Aguarde usted un momento; voy a enseñarle a usted otro retrato mío, otro retrato pintado por mí. Va usted a copiarle.

Su cabeza apareció en la ventana, como rodeada de rayos de sol.

—¡Gregorio!

Salí a toda prisa, y me dirigí al estudio por la galería.

—¡Llévale al cuarto de baño! Y se retiró en seguida.

Nos dirigimos a la rotonda, y abrí.

Poco después llegó Wanda, vestida sólo con la piel de cebellina y con el látigo en la mano. Se tendió como la última vez en los almohadones de terciopelo. Yo me tendí a sus pies, y ella, jugando con el látigo, puso su pie sobre mi cuello.

—Mírame —dijo— con tu mirada fanática. Así está bien. Vamos.

El pintor se había quedado espantosamente pálido; miraba la escena con sus hermosos ojos azules soñadores. Sus labios se entreabrieron, pero quedáronse mudos.

—¿Qué tal? —dijo Wanda—. ¿Te gusta el cuadro?

—Sí, voy a pintarle así —dijo el alemán; pero aquello no era verdaderamente hablar; su voz era un gemido elocuente, el llanto de un alma enferma, agonizante.

El croquis al carbón está dispuesto; las cabezas y carnes, manchadas. Su rostro diabólico se presenta ya en líneas atrevidas; brilla la vida en sus ojos verdes.

Wanda está en pie ante la tela, los brazos cruzados sobre, el pecho.

—Como muchas obras de la escuela veneciana, este cuadro será, a la vez, un retrato y un asunto histórico —explica el pintor, otra vez pálido como la muerte.

—Y ¿con qué nombre le designaréis? —pregunta Wanda—. Pero ¿qué tiene usted? ¿Está usted enfermo?

—Tengo miedo —contesta, devorando con los ojos a la hermosa—. Pero hablemos del cuadro.

—Sí, hablemos un poco del cuadro.

—Me represento a la diosa, descendida del Olimpo hacia un mortal, que, tiritando en esta tierra moderna, procura calentar su cuerpo augusto bajo una grande y pesada piel, y los pies en el regazo de su bien amado. Me represento el elegido de una hermosa déspota que fustiga a su esclavo cuando se cansa de abrazarle, y que es tanto más amada cuanto más le pisotea. He aquí por qué llamaría al cuadro *La Venus de las pieles*.

El artista pinta lentamente, haciéndose su pasión más viva. Temo que a la postre se nos suicide. Ella juega con él y le propone un enigma que no puede resolver. La sangre le arde, y ella se divierte. Mientras le sirve de modelo, no hace más que comer bombones y lanzarle bolitas de papel.

—Me encanta ver a usted de tan buen humor, señora —dice el pintor—. Pero la cara de usted pierde la expresión que necesito para mi cuadro.

—Aguarde usted un instante; ya la recobraré.

Se levanta y me da un latigazo. El pintor la contempla con aire cohibido, expresando su rostro un asombro ingenuo en que se mezcla el horror y la sorpresa.

Mientras Wanda me flagela, su rostro adquiere la expresión de cruel desdén que me encanta de manera tan inquietante.

—¿Es ésta la expresión que se necesita?

Lleno de confusión, el pintor baja la vista ante los fríos rayos de su mirada.

—Ésa es —balbucea—, pero me siento ahora incapaz de pintar.

—¿Cómo? —pregunta Wanda burlona—. ¿Podría yo ayudarle?

—¡Sí! —grita el alemán como un demente—. ¡Flagéleme usted a mí!

—Con mucho gusto —replica alzando los hombros—. Pero sepa usted que cuando me sirvo del látigo no es en broma.

—¡Pégueme usted hasta la muerte!

—¿Me deja usted que le ate?

—Me dejo —gime.

Wanda nos deja un instante y vuelve al punto provista de cuerdas.

—¿De manera que se entrega usted a la Venus de las pieles, la hermosa déspota? —dice con aire burlón.

—Áteme usted —clama el pintor sordamente.

Wanda le ata las manos a la espalda, le pasa una cuerda bajo los brazos, otra alrededor del cuerpo y le ata a la falleba del balcón. Luego, dejando caer sus pieles, coge el látigo y se aproxima al alemán.

La escena tenía para mí un encanto lúgubre que no podré expresar. Sentí saltárseme el corazón cuando, riendo, dio el primer golpe y el látigo silbó en el aire. Al oírlo el pintor tembló levemente. Luego con la boca entreabierta, brillando los dientes entre los labios purpurinos, Wanda descargó sobre él sus golpes, hasta que los conmovedores ojos azules parecieron pedir gracia. Era indescriptible.

Ahora está sola ella, sirviéndole de modelo.

Wanda me ha puesto en la habitación contigua, detrás de una gran colgadura, desde donde puedo ver sin ver visto.

¿Qué le pasa?

¿Tiene miedo, o es un nuevo suplicio que prepara para mí? Me tiemblan las piernas.

Están hablando juntos. Él baja tanto la voz que no puedo escuchar nada; ella le responde del mismo modo. ¿Qué significa esto? Evidentemente están de acuerdo.

Sufro horriblemente. Mi corazón parece que va a romperse.

Ahora se arrodilla ante ella, la abraza y apoya su cabeza en su pecho. Ella —¡la cruel!— ríe, y ahora los oigo decir en alta voz:

—¡Todavía necesita usted el látigo!

—¡Mujer! ¡Diosa! ¡No tienes corazón! ¿No sabes tú lo que es amar, consumirse de pasión en la espera? ¡No puedes figurarte un instante lo que sufro! ¿No tienes piedad de mí?

—Ninguna —replica, malvada e insolente—. No tengo más que el látigo.

Y sacándole de entre las pieles, cruza la cara con él al pintor. Luego se levanta y retrocede dos pasos.

—¿Va usted a quejarse más? —pregunta con aire de indiferencia.

Él no responde, pero se vuelve al caballete y toma la paleta y los pinceles.

Está maravillosamente bien. Es un retrato que reproduce sus facciones y que al mismo tiempo parece un ideal: tan ardientes, sobrenaturales y hasta diabólicos son los colores.

El artista ha pintado su tormento, su adoración, su éxtasis.

Ahora me está pintando a mí, y todos los días pasamos juntos algunas horas. Hoy se ha vuelto de repente hacia mí, y me ha dicho:

—¿La ama usted?

—Sí.

—Yo la amo también.

Sus ojos se llenaron de lágrimas; permaneció algunos instantes silencioso y luego volvió a pintar.

El cuadro está acabado. Ella ha querido pagarle, generosa como una reina.

—¡Oh! ¡Ya me ha pagado usted! —dice rehusando con dolorosa sonrisa.

Antes de partir, abre misteriosamente la cartera y me permite mirar dentro. Tengo miedo. He visto la cabeza de Wanda, viva como en un espejo.

—Esto es para mí y no puede quitármelo. ¡Bien me lo he ganado!

—Verdaderamente, me da pena ese pobre pintor —me dice hoy—. Verdaderamente, es idiota ser tan virtuosa como soy, ¿no te parece?

No me atrevo a responder.

—¡Ah! Olvidaba que hablaba a un esclavo. Quiero salir, distraerme y olvidar. ¡Que enganchen… en seguida!

Nuevo traje fantástico. Medias botas rusas de terciopelo azul violeta, guarnecidas de armiño; traje de la misma tela levantado por estrechas bandas y escarapelas de piel; un abrigo corto ajustado, correspondiente al traje y también ricamente orlado y forrado de armiño; una alta toca de esta piel a lo Catalina II, sostenida por un alfiler de brillantes, y los cabellos incandescentes cayendo sobre las espaldas. Así es como ha subido al coche, que guía ella misma. Yo me senté detrás. Había que verla fustigar a los caballos. Iban volando.

Es indudable que hoy causará sensación y será la leona de los Cascinos. Los conocidos la saludan desde sus carruajes; en las avenidas se forman grupos de paseantes que se paran a hablar de ella. Pero ella no advierte nada de esto y tan sólo inclina la cabeza cuando la saluda un caballero grave.

De pronto aparece un joven montando un soberbio caballo negro, fogoso. Al ver a Wanda, modera el paso, se detiene, la deja pasar delante y ella le mira entonces también, la leona de los leones. Sus ojos se encuentran, pero ella no puede resistir la fuerza magnética de los suyos y tiene que volver la cabeza.

Sofocado por esta mirada, entre sorprendida y encantada, con que ha envuelto al joven, el corazón me desfallece.

Indudablemente es un hombre hermoso, más aún, un hombre como nunca vi otro. Parece un Belvedere de mármol; tiene los mismo músculos suaves, pero de acero; el mismo pelo encrespado; pero lo que le da una belleza característica es que carece de bigote y de barba. Si tuviese las caderas más anchas, se le tomaría por una mujer disfrazada. La boca es enteramente femenina, con labios de león que dejan entrever los dientes, dando, a veces, a su rostro una expresión cruel. ¡Es Apolo desollando vivo al sátiro Marsyas!

Lleva botas de montar, un chaleco de cuero blanco estrecho y ajustado, un dolmán de paño negro guarnecido de astracán y de ricas pasamanerías, como las de los oficiales italianos. Un fez rojo cubre su cabeza.

Ahora comprendo el Eros masculino y admiro al Sócrates que fuera virtuoso con este Alcibíades.

Nunca he visto a mi leona tan excitada. Sus mejillas ardían cuando descendía del coche ante su villa; subió a escape las escaleras, y con una mirada imperiosa me ordenó que la siguiera.

Paseando agitada a lo largo de la habitación, comenzó a decirme en un tono de odio que me causaba miedo:

—Vas a ir a tomar informes sobre el joven de los Cascinos, hoy mismo, a escape. ¡Qué hombre! ¿Le has visto? ¿Qué dices? ¡Habla!

—Es muy guapo —respondí sordamente.

—Tan guapo que he perdido la respiración —añadió parándose en medio de la habitación y apoyándose en el respaldo de una silla.

—Comprendo la impresión que te ha hecho —respondí, arrastrado de nuevo en un torbellino por mi loca fantasía—; yo mismo estaba fuera de mí, y puedo imaginar…

—¡Que es mi amante! —riendo—. ¡Que te da de latigazos y que es un placer para ti recibirlos de su mano! Vete.

Lo he conseguido antes de la caída del día. A mi regreso, Wanda se halla aún vestida, tendida en el sofá, la cabeza entre las manos, despeinada la cabellera, como la melena de un león.

—¿Cómo se llama? —me preguntó con una calma inquietante.

—Alejo Papadopolis.

—¿Griego entonces? Asentí con la cabeza. —Debe de ser muy joven.

—Poco mayor que tú. Dicen que ha estudiado en París y que se sabe que es ateo; que ha combatido en Candía contra los turcos, haciéndose notar no poco por su odio de raza, su crueldad y su bravura.

—¡De modo que es todo un varón! —exclamó con los ojos deslumbrantes.

—En la actualidad vive en Florencia… y es enormemente rico.

—Eso no te he preguntado yo —replicó con viveza acentuando las palabras.

—Es peligroso —añadió tras una pausa—. ¿No tienes miedo de él? Yo, sí. ¿No tendrá mujer?

—No.

—¿Querida?

—Tampoco.

—¿A qué teatros va?

—Esta noche va al teatro Nicolini, en que trabajan la simpática Virginia Marini y Salvini, el primer cantante actual de Italia, quizá de toda Europa.

—No dejes de tomar un palco. ¡Pronto, pronto!
—Pero, señora…
—¿Quieres probar el látigo?

—Aguarda en la galería —me dice, mientras coloco sus gemelos y el programa en la delantera del palco y la coloco el taburete a los pies. Salgo a la galería y me recuesto contra el muro para no caer de celos y de cólera, o mejor —porque no es ésta la palabra propia —de agonía de muerte. La veo en su traje de moaré azul, su gran manto de armiño pendiente de las espaldas desnudas, frente a frente del palco que ocupa el griego. Los veo devorarse con los ojos. La *Pamela* de Goldoni, Salvini, la Marini, el público, el mundo entero, no existen ya para ellos. Y yo, ¿qué es lo que soy en este instante?

Hoy ha ido al baile del ministro de Grecia. ¿Le busca acaso?

Se ha vestido de seda verde mar, que dibuja sus formas divinas, dejando descubierto el busto y los brazos. Su pelo, atado en un solo nudo incandescente, adornado con un nenúfar blanco sobre su verde tallo, cae sobre su cuello en una onda única. Su expresión no guarda la menor huella de emoción que deje sospechar el estado de fiebre intensa que agita su alma. Va tan tranquila, tan tranquila, que mi sangre se hiela y siento congelarse mi corazón bajo su mirada. Lenta, con una majestad indolente y lánguida, sube la escalera de mármol, dejando arrastrar la opulencia de su manto, y penetra con abandono en el salón, que la luz de centenares de bujías llena de una niebla dorada.

Instantáneamente se pierde a mi vista, y recojo del suelo su abrigo, que, sin notarlo, se me ha caído de las manos.

Beso las pieles y mis ojos se llenan de lágrimas.

Es él.

Vestido de seda negra adornada con costosa cebellina oscura, es el hermoso déspota altivo que juega con la vida y el alma de los hombres. Llega al vestíbulo, mira altanero a su alrededor, y fija largo rato sus ojos sobre mí, de una manera inquietante.

Bajo su mirada de acero, me sobrecoge de nuevo la agonía mortal, la sospecha de que él pueda cautivarla, tomarla, subyugarla; y un sentimiento de vergüenza, de celos, de envidia de su poderosa virilidad, me invade el alma.

¡Cuan bien me cercioro ahora de que soy un ser débil y confuso! Lo más ignominioso es que debería aborrecerle, y no puedo. ¿Cómo es posible que él me haya reconocido al instante entre una multitud de lacayos?

Me llama, moviendo la cabeza con una distinción inimitable; y yo, obedeciéndole, me aproximo a mi pesar.

—Quítame el abrigo —me dice con la mayor tranquilidad.

La rebeldía de mi alma hace temblar todo mi ser; pero obedezco, sumiso como un esclavo.

Espero impaciente toda la noche, delirante de fiebre. Extraños cuadros pasan ante mi vista. Los veo hablarse en una primera mirada larga; colgada de su brazo, ebria, la veo atravesar el salón, los párpados entornados, recostada sobre su pecho; ahora le veo en el santuario del amor, no como esclavo, sino como dueño, en el sofá, ella a sus pies. ¡Me veo yo también sirviéndoles de rodillas! La bandeja tiembla en mi mano y él toma el látigo…

Ahora los lacayos se ponen a hablar de él.

Como es hermoso como una mujer, y lo sabe, se viste cuatro o cinco veces al día, a la manera de una verdadera cortesana.

En París, dos veces se mostró en público vestido de mujer, y los hombres le asediaron. Cierto cantante italiano, célebre por su talento y sus aventuras galantes, forzó su puerta y le amenazó con matarse a sus pies si no satisfacía su pasión.

—¡Lo siento! —replicó el griego, riendo—; tendría mucho gusto en complacerle a usted; pero no puedo hacer otra cosa que ejecutar su sentencia de muerte, porque soy hombre.

Ha comenzado la dispersión; pero ella, sin duda, no piensa aún en salir.

El alba asoma ya tras las persianas.

Oigo, por fin, el frú-frú de su traje de seda, envolviéndola en sus ondas verdosas.

Viene hablando con él.

Yo ya no existo para ella, y ni siquiera se toma el trabajo de darme órdenes.

—El abrigo de la señora —dice él, que, naturalmente, no piensa en ayudarla.

Mientras la pongo la pelliza, ella permanece a su lado. Luego, cuando de rodillas la calzo las botas de abrigo, poniendo levemente su mano sobre la espalda del griego, le pregunta:

—¿Qué os parece la leona?

—Si el león que ella ha escogido vive con ella y le ataca otro —dijo el Apolo —, tiéndase la leona y contemple la lucha; y si su compañero queda debajo, no le socorra en modo alguno, déjele morir en su sangre bajo las garras de su rival, y siga al vencedor, al más fuerte, porque esto es naturaleza en la hembra.

La leona me lanzó entonces una mirada rápida y extraña.

Me estremecí sin saber por qué, y la luz roja, matutina, nos inundó de sangre a los tres: a ella, a él y a mí.

No ha querido acostarse; tan sólo se ha quitado el traje de baile y ha deshecho su peinado. Me ordena que encienda la chimenea y se queda junto a ella, mirando el fuego con fijeza.

—¿Me necesitas, mi dueña? —pregunté, faltándome la voz en la última palabra.

Wanda meneó la cabeza.

Salgo de la habitación y me siento en los peldaños de la galería que conduce al jardín. Del Arno sopla un ligero viento Norte, una frescura fría y húmeda; a lo lejos, las verdes colinas se envuelven en nubes rosadas; un vapor de oro flota sobre la ciudad y la cúpula del Duomo.

Algunas estrellas brillan aún en el cielo azul pálido.

Me quito el abrigo y apoyo mi abrasada frente sobre el mármol. Todo lo pasado hasta aquí me parecía un juego de niños; pero ahora viene la realidad espantosa.

Presiento la catástrofe, la veo delante de mí, puedo cogerla con las manos; pero me falta valor para afrontarla, mis fuerzas se agotaron. Y si soy hombre de honor, no pueden asustarme los dolores físicos ni los sufrimientos morales que puedan caer sobre mí, los malos tratos que, acaso, me amenazan.

Ahora experimento un temor: el temor de perder a esta mujer, a quien he amado con una especie de fanatismo. Este temor es tan poderoso, me aplasta de tal modo, que, de repente, me pongo a sollozar como un niño.

Toda la mañana ha permanecido encerrada en la habitación, servida por una negra.

Cuando la estrella de la tarde principia a aparecer en el cielo azul, la he visto atravesar el jardín, y al seguirla prudentemente de lejos, la he visto penetrar en el templo de Venus. Me deslicé furtivamente tras ella, y miré por la hendidura de la puerta.

Estaba ante la augusta estatua de la diosa, con las manos juntas, como en oración, y la luz sagrada de la estrella del amor la alumbraba con sus rayos azules.

De noche, en el lecho, me sofocan la agonía de perderla, la desesperación que, de un libertino como yo, hace un héroe. Enciendo la lamparilla que pende en el corredor bajo una imagen, y con ella en la mano, velándola con la otra, llego hasta su alcoba.

La leona, vencida, al fin, por la fatiga, completamente aniquilada, duerme extendida sobre la espalda; cerrados lo puños, respirando desigualmente. Parece angustiada por un sueño. Lentamente retiro la mano y dejo caer la claridad roja, con toda su crudeza, sobre su rostro admirable.

¡No se despierta!

Deposito sin ruido la lámpara sobre el suelo, me arrodillo ante el lecho y reclino mi cabeza sobre su brazo, suave y tibio.

Se agita un instante, pero tampoco despierta. No sé cuánto tiempo permanecí así, en medio de la noche, petrificado de atroz tormento.

Por fin, en un violento estremecimiento, puedo llorar. Mis lágrimas corren sobre su brazo. Se estremece varias veces de pies a cabeza; se despierta al fin, y mira.

—¡Severino! —exclama, más asombrada que colérica.

No puedo responder.

—¡Severino! —vuelve a decir con dulzura—. ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

Su voz era tan compasiva, tan buena, tan afectuosa, que me arrancó el corazón como con tenazas enrojecidas al fuego, y comencé a sollozar alto.

—¡Severino! ¡Pobre desgraciado amigo! —su mano cayó tiernamente sobre mi pelo—. Sufro, sufro por ti, pero no puedo socorrerte; con la mejor voluntad del mundo, no conozco remedio para ti.

—¡Ay, Wanda! ¿Y es eso como es debido? —gemí en mi dolor.

—¿El qué, Severino? ¿De qué hablas?

—¿No me amas ya? ¿No tienes piedad de mí? ¿Te ha subyugado ya el guapo extranjero?

—No sé mentir —respondió con dulzura, después de una leve pausa—. Me ha causado una impresión que no puedo comprender, bajo la cual sufro y tiemblo; una impresión que he encontrado descrita por los poetas, que he visto en el teatro, pero que consideraba como una creación fantástica. Él es como un león, fuerte, hermoso, orgulloso y tierno; nada bárbaro, como los hombres del Norte. Mucho lo siento por ti, Severino, pero es preciso que yo le posea; ¿qué estoy diciendo? Que me posea él cuando le plazca.

—Piensa en tu honor, Wanda, intacto hasta ahora, si es que soy algo para ti.

—Yo pienso; he sido fuerte mientras he podido; pero ahora —ocultó, avergonzada, la cara entre la almohada— quiero ser su mujer, si me acepta.

—¡Wanda! —exclamé asaltado de nuevo por la agonía mortal que me quitaba respiración y conocimiento—. ¡Quieres ser su mujer, quieres pertenecerle! ¡Oh, no me eches de tu presencia! Él no te ama.

—¿Quién te lo ha dicho? —exclamó encendida.

—No te ama, no —continué con pasión—. Quien te ama soy yo, tu esclavo, que quiere echarse a tus pies y sostenerte en sus brazos toda la vida.

—¿Quién te ha dicho que no me ama? —volvió a decir con afán.

—¡Sé mía! —sollocé—. ¡Sé mía! ¡No puedo existir, no puedo vivir sin ti! ¡Ten compasión de mí, Wanda!

Me miró, y de repente su mirada tomó la fría expresión desalmada, la sonrisa perversa que ya me eran conocidas.

—¿Dices que no me ama? —dijo con desdén—. Está bien, consuélate tú

también.

Y al mismo tiempo me volvió la espalda despreciativamente.

—¡Dios mío! ¿Luego no eres una mujer de carne y hueso? ¿Luego no tienes corazón como lo tengo yo? —exclamé, mientras un espasmo sacudía convulsivamente todo mi ser.

—Bien sabes tú que soy una mujer de piedra, la Venus de las pieles, tu ideal. Arrodíllate y adórame.

—¡Wanda! ¡Piedad, piedad!

Ella reía. Recliné la cara sobre su almohada y dejé que las lágrimas calmaran mi dolor.

Hubo un largo silencio. Al fin, Wanda se incorporó.

—¡Me estas aburriendo!

—¡Wanda!

—Tengo sueño, déjame dormir.

—¡Piedad! ¡No me alejes de tu presencia; nadie te amará, nadie podrá amarte tanto como yo!

—¡Déjame dormir!

Y de nuevo me volvió la espalda.

De un salto me apoderé del puñal colgado a su cabecera. Le saqué de la vaina y le puse sobre mi pecho.

—Voy a matarme ante ti —murmuré sordamente.

—Haz lo que quieras —respondió Wanda con perfecta indiferencia—, pero déjame dormir.

Luego volvió a bostezar.

—¡Qué sueño tengo!

Durante cierto tiempo permanecí petrificado; luego yo también reí y volví a llorar otra vez. Me guardé el puñal y me arrodillé nuevamente ante ella.

—¡Wanda, escúchame un instante!

—¡Quiero dormir! ¿Lo oyes? —exclamó encolerizada. Y saltando de su lecho me dio un puntapié—. ¿Olvidas que soy tu dueña?

Como yo permaneciera inmóvil, cogió el látigo y me pegó. Me levanté y me hirió de nuevo en la cara.

—¡Mujer, esclavo!

Amenazando al cielo con las manos salí resuelto de la habitación. Ella arrojó el látigo y se puso a reír a carcajadas. Ahora pienso que mi actitud teatral debía ser realmente cómica.

Decidido a separarme de la mujer sin corazón que tan cruelmente me ha maltratado y que, a cambio de mi adoración esclava, de todo lo que he sufrido por ella, está a punto de faltar ahora a la fe jurada, hago un paquete con mis pobres ropas y luego escribo la carta siguiente:

> « Señora: La he amado a usted como un insensato; me he entregado a usted, pero usted ha profanado mis sentimientos más sagrados, desempeñando para mí un papel descaradamente frívolo. Mientras sólo ha sido, usted cruel y despiadada, la he podido amar, pero ya no, a punto de ser grosera. No soy yo el esclavo que se deja pisotear por usted. Usted misma me ha dado la libertad, y yo abandono a una mujer a la que ahora sólo puedo dar odio y desprecio.
>
> SEVERINO DE KUSIEMSKI» .

Di la carta a una de las negras y partí tan de prisa como pude. Llegué desalentado a la estación del ferrocarril, y allí sentí una violenta herida en el corazón…; me detuve…; me eché a llorar. ¡Ah! ¡Qué ignominia! ¡Quiero huir y no puedo! Me vuelvo. ¿Dónde? ¡Hacia ella, a quien aborrezco y amo a la vez!

Reflexiono de nuevo. No me atrevo a volver.

¿Cómo abandonar Florencia? Otra vez recuerdo que carezco absolutamente de dinero. Iré a pie. Es más decoroso mendigar que comer el pan de una cortesana.

Pero no puedo.

Ella tiene mi palabra de honor. Debo volver. Quizá me deje ella.

Doy rápidamente algunos pasos. Después me detengo de nuevo. Ella tiene mi palabra de honor, mi juramento de esclavo, que durará en tanto que ella quiera, mientras ella no me devuelva la libertad. Tampoco puedo matarme.

Me encuentro en los Cascinos, a orilla del Arno, junto a sus aguas amarillentas que riegan con un murmullo sordo algunos sauces perdidos. Rememoro todos los incidentes de mi vida y la encuentro lamentable, no obstante algunas alegrías aisladas, infinitamente indiferentes y sin valor, sembrada con

abundancia de sufrimiento, dolores, agonías, desilusiones, esperanzas fallidas, penas, remordimientos, duelos.

Pienso en mi madre, tan amada, a quien vi extinguirse de espantosa enfermedad; en mi hermano, que lleno de derechos al placer y a la felicidad, murió en la flor de su edad sin haber podido aproximar a sus labios la copa de la vida; pienso en mi nodriza muerta, en los amigos que trabajaron y estudiaron conmigo, en todos a quienes cubre con su sudario la indiferente y fría tierra. Pienso en el palomo que, a menudo, hastiado de su paloma, me hacía una reverencia, retrocediendo… Todo esto ha vuelto ya al polvo.

Luego me echo a reír y me deslizo en el agua; pero en el mismo instante, me agarro a unos juncos que se levantan por encima de las ondas amarillas, y veo ante mí la mujer que me puso en tan miserable condición. Flota en la superficie del agua, alumbrada por el sol, como si fuera transparente, rodeada la cabeza y la nuca de llamas rojizas. Vuelve hacia mí su rostro y me sonríe.

He vuelto otra vez a su casa, chorreando, rojo de fiebre y de vergüenza. La negra ha entregado la carta; de manera que estoy juzgado, perdido, completamente en manos de una mujer sin corazón, ofendida.

Ahora me matará. Yo no quiero matarme, y, sin embargo, tampoco quiero vivir mucho.

Cuando entré en la villa, Wanda estaba en la galería, apoyada en la balaustrada, la cara iluminada plenamente por el sol, los ojos entornados.

—¿Vives aún? —me preguntó sin moverse.

Yo quedé mudo, la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Dame el puñal —continuó—. Para nada te sirve. No tienes valor para dejar la vida.

—No —respondí, temblando de frío.

Me envolvió en una mirada altanera de desprecio.

—Le has perdido en el Arno. Está bien. Pero ¿por qué no te has ido?

Murmuré algo que ni ella ni yo pudimos entender.

—¡Ah! ¿No tienes dinero? ¡Toma! —y sin decir más, llena de desdén, me lanzó el portamonedas a la cara.

No le recogí.

Ambos quedamos callados.

—¿No quieres irte, pues?

—No puedo.

Wanda ha ido en coche a los Cascinos sin mí, y sin mí ha vuelto al teatro. Ha recibido visitas. La negra la ha servido. Nadie se fija en mí. Voy rondando por el

jardín como un animal sin dueño.

Tendido en el césped he visto los gorriones disputarse algunos granos.

De repente, oigo el roce de un traje de mujer.

Wanda se acerca. Viste un traje oscuro de seda de cuello alto, y el griego la acompaña. Hablan muy animados, pero no puedo coger una sola palabra. De pronto, el griego golpea el suelo con el pié con tanta violencia que hace saltar guijarros y se pone a sacudir su fusta en el aire. Wanda queda espantada.

¿Tiene miedo?

¿Dónde están ya?

La ha dejado; ella le llama, pero él no la oye o no quiere oírla.

Wanda mueve tristemente la cabeza y se sienta en el banco más próximo, abstraída en sus pensamientos. Yo la contemplo con una especie de perversa alegría. Por fin, me levanto y me acerco con aire de desdén.

—Vengo a desear a usted buena suerte —digo, inclinándome—. Ya veo que ha encontrado usted su dueño, señora.

—¡Sí! ¡Dios sea alabado! ¡Basta de esclavos! ¡Un amo! La mujer necesita amo, y le adora.

—De suerte que tú, Wanda, ¿amas a ese bárbaro?

—Como no he amado nunca a nadie.

—¡Wanda! —cogí el puñal; pero las lágrimas me invadían ya los ojos, y me sobrecogió un transporte de pasión, de dulce demencia—. ¡Bien, tómale por esposo; él será tu dueño y yo tu esclavo mientras viva!

—¿Quieres ser mi esclavo, a pesar de todo? Sería gracioso; pero temo que no quiera él.

—¿Él?

—Sí, está celoso de ti, ¡de ti! Ha exigido que te abandone, y cuando ha sabido que eres…

—¡Le has dicho… —repliqué, cortado.

—Todo; le he contado toda nuestra historia, tus caprichos y, en vez de echarse a reír, se ha encolerizado…

—¿Y te amenazó?

Wanda miró al suelo y se calló.

—¡Sí, sí! —dije con amargo desdén—. Le has tenido miedo. ¡Wanda! —me lancé a sus pies y abracé sus rodillas—. No deseo nada de ti; nada, sino ser tu esclavo, tu perro…

—¿Sabes que me aburres? —dijo ella con aire apático.

Di un salto, indignado.

—Ya no eres cruel, sino grosera —dije, pronunciando las palabras con tono incisivo y duro.

—Ya lo decías en la carta —replicó, alzando los hombros con aire arrogante—. Un hombre de talento jamás debe repetirse.

—¡Cómo me tratas! ¿Qué nombre das a eso?

—Podría castigarte a latigazos, pero prefiero responderte. No tienes derecho a quejarte. ¿No he sido siempre honrada contigo? ¿No te lo advertí varias veces? ¿No te he amado cordialmente, apasionadamente, dándote a entender de todos modos que era peligroso entregarse a mí, rebajarte ante mí? ¿No te dije que quería ser dominada? ¡Y tú quisiste ser mi esclavo, mi juguete! ¡Y habrás experimentado el mayor placer al serlo, bajo el látigo y bajo el pie de una mujer cruel y orgullosa! ¿Qué pretendes ahora? ¡Los malos instintos dormitaban en mí y tú los despertaste. Si ahora me complazco en torturarte, en maltratarte, tú eres el único responsable; tú has hecho de mí lo que soy, y ahora eres bastante cobarde, miserable e inhumano para quejarte ante mí!

—¡Sí, soy culpable! Pero ¿no he sufrido bastante? Cesa este juego cruel.

—Mucho lo quiero —contestó, mirándome con un aire falso y extraño.

—¡Wanda! —exclamé con violencia—. ¡No abuses, mira que esta vez soy ya hombre!

—¡Humo de paja, que alarma un instante y que se apaga tan pronto como se encendió! Crees intimidarme, y me haces reír. Si hubieses sido el hombre que me figuré al principio, un pensador, un hombre serio, te hubiera amado fielmente y sería hoy tu mujer. *La mujer desea un hombre hacia el cual pueda levantar su mirada*. Un hombre como tú, que ofrece libremente su cuello para que la mujer ponga sobre él el pie, sólo puede servir de juguete agradable; pero no tarda en tirarle cuando se hastía.

—Intenta ahora arrojarme —dije desdeñosamente—. Mira que soy un juguete peligroso.

—No me provoques —contestó Wanda. Sus ojos y sus mejillas se encendieron.

—Si no puedo poseerte —repliqué poseído de cólera—, ningún otro te poseerá.

—¿En qué drama has visto eso? —exclamó con un aire de desdén que me sofocó.

Estaba pálida de cólera.

—No me provoques —añadió—; mira que no soy cruel, pero no sé hasta dónde llegaría si no pones límite…

—¿Qué peor puedes hacer para mí que entregarte a ese hombre? —respondí cada vez más exasperado.

—Puedo hacerte su esclavo. ¿Acaso no estás en mi poder? ¿No hay un contrato? Pero, francamente, sería un placer para ti si te hiciera atar y le dijera: haz de él lo que quieras.

—¿Estás loca, mujer?

—Estoy en toda mi razón. Te lo dije la última vez. Ya no me ofreces ninguna resistencia, y puedo ir más lejos aún. Siento una especie de odio hacia ti, y veré con verdadera voluptuosidad cómo él te flagela hasta la muerte; aguarda, aguarda.

Apenas dueño dé mí, la cogí de las muñecas y la arrojé a tierra, cayendo de rodillas ante mí.

—¡Severino! —exclamó con la cólera y el miedo pintados en el rostro.

—¡Te he de matar si te haces su mujer! —mis palabras salían secas y ardientes de mi boca—. Me perteneces y no te abandonaré, porque te he amado mucho —la cogí, trayéndola hacia mí, mientras impensadamente mi mano derecha se apoderó del puñal pendiente de mi cintura.

Wanda levantó hacia mí sus grandes ojos, de una tranquilidad inconcebible.

—Así me gustas —dijo con resignación—. Ahora me pareces un hombre, y en este momento te amo aún.

—¡Wanda! —las lágrimas me saltaron de los ojos, me incliné hacia ella y cubrí de besos su rostro encantador, mientras ella, riendo con malicia, exclamó:

—¿Tienes ya bastante ideal? ¿Estás contento de mí?

—¿Cómo? —balbuceé—. ¿Eres sincera?

—Lo soy cuando te digo que te he amado a ti, a ti solo, y tú, ¡loco!, no has notado que todo era juego y broma, ni lo penoso que me era darte un latigazo en el instante mismo que deseaba abrazarte. Pero ya es bastante, ¿oyes? He desempeñado mi cruel papel mucho mejor que tú creías y ahora serás feliz poseyendo tu mujercita, buena y tan poco bonita, ¿no es eso? Viviremos razonablemente y…

—¡Serás mi mujer! —exclamé inundado de alegría.

—¡Sí! ¡Tú mujer, querido mío! —murmuró Wanda, besándome las manos.

Yo la levanté hasta mi pecho.

—Ya has dejado de ser Gregorio, mi esclavo; vuelves a ser Severino, mi elegido.

—¿Y él? ¿No le amas ya?

—¡Cómo puedes creer que pueda amar a un bárbaro! Tú estabas ciego; tenía miedo por ti.

—¡Y yo que he estado a punto de matarme!

—¿De verás? ¡Ay! ¡Tiemblo al pensar si hubieras caído en el Arno!

—Pero tú me salvaste —añadí con dulzura—. Tú flotabas sobre las aguas sonriendo y tu sonrisa me devolvió a la vida.

Experimento una sensación extraña cuando la estrecho ahora en mis brazos, mientras ella descansa sobre mi pecho y se deja abrazar sonriendo. Me parece que salgo repentinamente de un acceso de fiebre o que, habiendo naufragado,

llego, al fin, a la costa, después de haber luchado todo el día contra las olas que amenazaban tragarme a cada instante.

—Aborrezco esta Florencia donde has sido tan desgraciado —dijo ella cuando la deseaba buena noche—, y quiero marcharme mañana mismo. Tendrás la bondad de escribirme algunas cartas, y entre tanto, yo iré a hacer unas compras. ¿Quieres?

—Sí, mi querida, mi buena y hermosa mujer.

Muy de mañana, Wanda viene a llamar a mi puerta para preguntarme cómo he pasado la noche.

Su amabilidad me tiene encantado. Nunca imaginé que fuera tan buena.

Hace ya más de cuatro horas que salió, y hace tiempo que terminé sus cartas. Me siento en la galería e interrogo la calle cercana. Tuve algún recelo en otro tiempo; pero ya, ¡gracias a Dios!, nada de dudas ni temores. Y, con todo, mi corazón está oprimido, sin que pueda yo evitarlo. Tal vez son los sufrimientos pasados, cuyo recuerdo pesa aún sobre mi alma.

Ya está aquí, radiante de alegría.

—¿Ha salido todo a tu gusto? —la pregunto, besándola la mano.

—Sí, corazón mío. Esta noche nos vamos. Ayúdame a arreglar los maletines.

Por la tarde me ruega que vaya yo por mí mismo a dejar las cartas en el correo. Tomo el coche y vuelvo al cabo de una hora.

—El ama ha preguntado por ti —me dice una negra riendo, al subir las escaleras.

—¿Ha venido alguien?

—Nadie.

Y como una gata negra, escapa escaleras abajo.

Atravesé lentamente el salón y me detuve ante la puerta de su alcoba, ¿por qué me late el corazón, si soy dichoso?

Al abrir despacito la puerta y retirar los cortinajes, Wanda está tendida en el sofá y finge no darse cuenta de mi llegada, ¡qué hermosa en su traje de seda gris plateada, que revela sus divinas formas y descubre su admirable garganta y sus brazos! Una cinta de terciopelo negro ata su pelo, En la chimenea arde el fuego; la lámpara lanza a su alrededor su luz roja; toda la habitación parece nadar en sangre.

—¡Wanda! —exclamé al fin.

—¡Oh, Severino! —exclamó con alegría—. Te he aguardado impaciente.

Se levantó y me enlazó en sus brazos. Después se sentó de nuevo sobre el rico almohadón, y quiso atraerme hacia ella; pero yo me deslicé a sus pies y recliné mi cabeza sobre sus rodillas.

—¿Sabes que hoy estoy muy enamorada de ti? —murmuró, mientras apartando dos mechones de pelo de mi frente me besaba en los ojos—, ¡cuan hermosos tus ojos! Siempre fue lo que más admiré de ti, pero ahora estoy verdaderamente loca. ¡Me muero!

Extendió sus adorables miembros y me envolvió en una dulce mirada a través de las pestañas.

—¡Pero estás frío! Me tienes en los brazos como un pedazo de madera. ¡Aguarda, yo te encenderé! —y se pegó otra vez a mis labios, acariciante y maligna—. Veo que ya no te gusta, y tendré que ser cruel contigo a la fuerza. Sin duda he sido hoy demasiado buena para ti. ¿Sabes, loco? Tendré que apelar al látigo…

—Pero niña…

—Sí, lo quiero.

—¡Wanda!

—¡Anda! ¡Déjate atar! ¡Quiero verte enamorado! ¿Entiendes? Aquí tenernos las cuerdas. Vamos a ver si sé.

Me ató primero los pies, luego las manos a la espalda, y, por último, me agarrotó los brazos como un criminal.

—¿Qué es eso? ¿Puedes aún moverte?

—No.

—Bueno.

Hizo un lazo con una cuerda gruesa, me la pasó por la cabeza, dejándole deslizar hasta las caderas; luego tiró y me ató a la columna.

En este momento sentí un extraño estremecimiento.

—Experimento la sensación que debe experimentar un sentenciado.

—¡Es que hoy te van a flagelar de veras!

—Entonces te ruego que te pongas la chaqueta de armiño.

—Te complaceré.

Y quitándose la kazabaika se puso aquella prenda. Luego, con los brazos cruzados sobre el pecho, se colocó ante mí y me miró con los ojos entornados.

—¿Conoces la historia del toro de Dionisio, tirano de Siracusa? —me preguntó.

—La recuerdo malamente. ¿Qué es ello?

—Un cortesano inventó un nuevo modo de suplicio para uso del tirano de Siracusa. Consistía en un toro de bronce hueco, en cuya entraña debía ser encerrado, el sentenciado. Una vez dentro éste, el toro era sometido a la acción

de un fuego violento. Apenas la máquina comenzaba a caldearse, el desgraciado aullaba de dolor, y sus quejas semejaban el mugido del animal. Dionisio sonrió agradecido al inventor, sólo que, para probar su descubrimiento, lo encerró a él mismo en su toro de bronce. Esta historia está llena de enseñanzas. Lo mismo te pasa a ti, que me has enseñado el egoísmo, el orgullo y la crueldad, y que *serás la primera víctima mía*. Siento ahora el placer de tener bajo mi dominio a un hombre que piensa, siente y quiere como yo; un hombre más fuerte que yo, de cuerpo y espíritu, y de maltratarle particularmente porque me ama. ¿Me amas tú aún?

—¡Hasta la locura!

—¡Tanto mejor! Así sólo experimentarás placer en lo que voy a hacer de ti.

—¿Qué tienes? ¡No comprendo! La crueldad brilla verdaderamente hoy en tus ojos y estás tan extrañamente hermosa…, hasta tal punto eres la encarnación de la Venus de las pieles…

Sin contestarme, Wanda pasó su brazo sobre mi cuello y me besó en la nuca. Todo el fanatismo de mi pasión se apoderó de nuevo de mí.

—¿Pero dónde está el látigo? —grité. Wanda, sonriente, retrocedió.

—De modo ¿que quieres de veras? —exclamó, echando atrás desdeñosa la cabeza.

—¡Sí!

El rostro de Wanda cambió completamente de expresión, y alterado como estaba por la cólera, hasta me pareció odioso.

—¡Anda, flagélale! —dijo en voz alta.

En el mismo momento, el rostro del hermoso griego apareció a través del cortinaje de la cama. Quedó al principio mudo y cohibido. La situación era espantosamente cómica, y yo mismo me hubiera echado a reír a carcajadas, si no hubiese sido a la vez tan desesperadamente triste e ignominiosa conmigo.

Esto era más que mi sueño. Sentí frío en la espalda cuando mi rival se acercó hacia mí, con sus botas de montar, su blanco chaleco, su dolmán rico, y cuando mi mirada cayó sobre sus músculos de atleta.

—¿Eres cruel hasta este punto? —dijo volviéndose hacia Wanda.

—Tan sólo por el placer —respondió ella con aire huraño—. La vida sólo vale por el placer; quien le goza, deja la vida con pena; el que sufre, saluda a la muerte como amiga. Pero quien pretende gozar, ha de tomar la vida en el sentido antiguo, sin avergonzarse de caer en la disipación, incluso a expensas de otro; ha de ser siempre despiadado; debe uncir a los otros a su carro o a su arado, como bestias de carga. A los hombres que, como éste, experimentan voluptuosidad y placer en la esclavitud, felices en ella y compartiendo las alegrías que causan, no les pidáis ir libremente a la muerte. Su amo debe decirse: si me tuvieran en su mano, como yo le tengo, harían lo mismo conmigo y tendría que pagar su placer con mi sudor, con mi sangre, acaso con mi alma. Así era el mundo antiguo:

placer y crueldad, libertad y esclavitud han sido juntos. Los que quieran vivir como dioses del Olimpo, deben tener esclavos que arrojar en los estanques, gladiadores que combatan en sus suntuosos festines y que sólo se hacen un poco de sangre.

Sus palabras me destrozaron el alma por completo. Comprendía.

—¡Desatadme! —exclamé furioso.

—¿No eres mi esclavo, mi propiedad? ¿Tendré que enseñarte el contrato?

—¡Desatadme! —volví a gritar desesperado, tirando con violencia de la cuerda.

—¿Podrá desatarse? —preguntó Wanda al griego—. Me ha amenazado con la muerte.

—Tranquilízate —dijo él examinando las ligaduras.

—¡Pediré socorro!

—Nadie nos oye y nadie me impedirá profanar otra vez tus sentimientos más sagrados, y desempeñar contigo un papel frívolo —continuó citando con desdén satánico las frases de mi carta—. ¿Soy ahora cruel y despiadada, o bien grosera? ¿Me amas o me desprecias? Ten el látigo —y se lo alargó al griego, que vino con rapidez hacia mí.

—No lo intentéis —exclamé temblando de cólera—. No lo toleraré de vos.

—¿Lo dice usted porque no llevo pieles? —replicó el griego sonriendo con aire frívolo. Y tomó de sobre la cama la pelliza de cebellina.

—¡Qué bueno eres! —dijo Wanda, besándole y ayudándole a ponerse la prenda.

—¿Puedo darle de veras? —preguntó.

—¡Haz de él lo que quieras! —fue la contestación de Wanda.

—¡Bárbaro! —dije, rabioso.

El griego levantó sobre mí su fría mirada de tigre y probó el látigo, hinchándosele el bíceps de acero. Yo estaba agarrotado como Marsyas, y condenado a ver cómo Apolo me desollaba vivo. Mi mirada, errante por la habitación, se detuvo en el corredor que representaba a Sansón cegado por los filisteos, a los pies de Dalila. Esta imagen se me presentó como un símbolo, la eterna alegoría de la pasión, de la voluptuosidad, del amor que siente el hombre por la mujer. Cada uno de nosotros, me puse a pensar, es un Sansón a la postre, engañado por su amada, ya lleve ésta un justillo de lienzo o una capa de cebellina.

—Mira ya cómo le domo —exclamó el griego.

Mostró los dientes, y su cara tomó la expresión sanguinaria que me asustó cuando le vi por primera vez.

Y comenzó a descargar sobre mí el látigo, tan despiadada, tan espantosamente, que yo saltaba a cada golpe con todo mi cuerpo. Las lágrimas corrían por mis mejillas y, entre tanto, Wanda, recostada en el sofá entre sus

pieles, contemplaba la escena con cruel curiosidad, retorciéndose de risa.

Imposible es describir los sentimientos que experimenta un hombre maltratado por un rival feliz ante la mujer a quien adora. Me sentía morir de vergüenza y desesperación.

Lo más ignominioso es que, en mi dolorosa situación, bajo el látigo de Apolo y las risas de Venus cruel, experimenté al principio una especie de encanto fantástico, ultrasensual. Pero el látigo de Apolo disipó pronto ese encanto poético. Los golpes llovían sobre mí; apreté los dientes, y el sueño voluptuoso, la mujer, el amor, se desvanecieron para mí.

Vi entonces con terrible precisión que, desde Holofernes y Agamenón hasta aquí, la pasión ciega, la voluptuosidad ha llevado siempre al hombre al cepo que le tiende la mujer…, la miseria, la esclavitud, la muerte.

Me pareció salir de un sueño.

En breve mi sangre saltó bajo el látigo. Yo me retorcía como un gusano, pero él hería siempre sin piedad y ella reía sin piedad también, cerrando las maletas, envuelta en su abrigo de viaje. Y seguía riendo cuando subió al coche en el pórtico.

Después cesó todo ruido.

Escuché, reteniendo la respiración.

El coche se alejó; se acabó todo.

Hubo un momento en que pensé vengarme, matarla. Pero recordé el contrato. Tenía que cumplir mi palabra a regañadientes.

El primer sentimiento que experimenté, después de esta cruel catástrofe de mi vida, fue un ardiente deseo de fatigarme, de viajar, de gustar las superfluidades de la existencia.

Quise hacerme militar y marchar a Asia o a Argelia; pero mi padre, anciano y enfermo, me llamaba.

Volví, pues, tranquilamente al hogar doméstico y le ayudé, durante dos años, a soportar los cuidados y responsabilidades de su puesto. Entonces aprendí lo que ignoraba hasta entonces, y ahora me parece tan confortante como un vaso de agua a un ebrio. *Aprendí a trabajar y a cumplir mis deberes*.

Mi padre murió y me convertí en propietario, sin cambiar por esto. Llevo botas de campo y vivo con la moderación que tendría si mi padre viviese aún y me diera esta lección, mirándome.

Un día recibí una caja y una carta, en cuyo sobre reconocí la letra de Wanda.

Extrañamente emocionado, la leí:

> « Caballero:
>
> » Ahora que han pasado más de tres años de la huida de Florencia en la memorable noche que usted recordará, puedo escribirle para decirle, una vez más, cuánto le he amado. Pero usted hirió todos mis sentimientos con

el extraño donativo que me hizo de su persona en su loca pasión. Tan luego como se hizo usted mi esclavo, sentí que no podía ser usted ya mi marido. Pero me parecía gracioso constituirme en ideal de usted, y quizá —cosa que me divertía más— llegar a curarle.

» Yo encontré el hombre fuerte que necesitaba, y he sido tan feliz con él como se puede ser en esta cómica bola de barro.

» Pero como cosa humana, mi felicidad duró poco. Apenas hace un año me le mataron en duelo, y ahora vivo en París como una Aspasia.

» .¿Y usted? Su vida no habrá sido muy alegre desde que perdió los sueños de esclavitud, sin que hallaran satisfacción las desdichadas inclinaciones que me quitaron desde el principio toda claridad de pensamiento, toda bondad de corazón, toda sinceridad moral.

» Espero que mi látigo le habrá hecho bien. La cura fue cruel, pero radical. Recuerdo de los días pasados y de una mujer que le amó a usted con pasión, sea ese cuadro que le envío, obra del pobre alemán.

VENUS DE LAS PIELES» .

No podía hacer otra cosa que echarme a reír. Y cuando estaba sumergido en mis pensamientos, se presentó ante mí, látigo en mano, la bella de la chaqueta de armiño. De nuevo me eché a reír de la que tanto había amado, de su famosa chaqueta de pieles, mi antiguo encanto, del látigo que había probado, de mis propios dolores, y me dije: Sí, la cura fue cruel, pero radical. Lo esencial es que estoy curado.

—Muy bien. ¿Y cuál es la moraleja de esta historia? —dije a Severino, colocando el manuscrito sobre la mesa.

—¡Qué fui un burro! —exclamó sin volverse hacia mí—. ¡Así la hubiera golpeado!

—Curioso medio, que puede emplearse con tus paisanas.

—¡Ah, sí! ¡Están muy acostumbradas! Pero piensa en su acción ante nuestras hermosas damas, nerviosas e histéricas.

—¿Y la moraleja?

—La moraleja es que, tal como la naturaleza la ha creado y como el hombre en la actualidad la trata, la mujer es enemiga del hombre, pudiendo ser su esclava o su déspota, pero jamás compañera. Sólo cuando el nacimiento haya igualado a la mujer con el hombre, mediante la educación y el trabajo; cuando, como él, pueda mantener sus derechos, podrá ser su compañera. En la actualidad, o somos el yunque o el martillo. Yo fui un burro al hacerme esclavo de una mujer, ¿comprendes? Esa es la moraleja: el que se deja dar de latigazos, lo merece. Como has visto, yo he sido golpeado, pero sané. Las nubes rosas del ultrasensualismo se desvanecieron y nadie me hará ya tomar las monas sagradas

de Benarés[6] o el gallo de Platón[7] por imagen de Dios.



LEOPOLD VON SACHER-MASOCH. Nació en 1835, en Lemberg, Galitzia (Polonia), en donde su padre era jefe de policía. Se licenció y doctoró en Derecho en la Universidad de Graz, en la que también había estudiado Historia y Matemáticas. Fue profesor de Historia en Lemberg, trabajo que abandonó para dedicarse a la literatura y al periodismo.

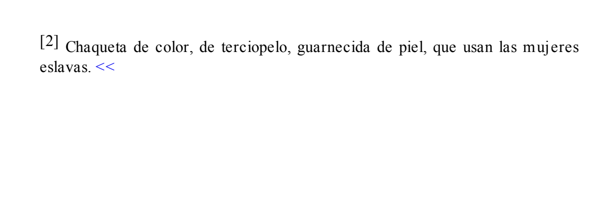
Su novela *La Venus de las pieles* es una de las más conocidas, en parte por el escándalo que acompañó su publicación. Publicada en 1870, pertenece a la saga *El legado de Caín*, que el autor quería escribir en seis novelas sobre seis temáticas diferentes: el amor, la propiedad, el estado, la guerra, el trabajo y la muerte. Pero nunca logró culminarla.

Fue un autor célebre y respetado, su obra es reconocida como la de un intelectual lúcido y fuera de prejuicios raciales y fiel al ideal ecuménico de la Austria de su época. Su obra fue traducida a varias lenguas. En el año 1887 hace un viaje a París, compartiendo el mundo intelectual de su época, siendo admirado por Zola, Ibsen y Hugo entre otros y la prestigiosa revista *«Revue de Deux Mondes»* publica varios artículos sobre él.

La suerte de Masoch es doblemente injusta, no porque su nombre sirva para designar el masoquismo, al contrario. Sino porque su obra cayó en el olvido, al mismo tiempo que su nombre se volvía corriente. Murió en 1895.

Notas

[1] Látigo largo de mango corto. <<



[2] Chaqueta de color, de terciopelo, guarnecida de piel, que usan las mujeres eslavas. <<

[3] Judería de Lemberg. <<

[4] Famoso paseo de Florencia, admirado por los extranjeros. <<

[5] Especie de toquilla o capuchón. <<

[6] Así es como Arturo Schopenhauer llama a las mujeres. <<

[7] Alusión al gallo desplumado que Diógenes echó en la escuela de Platón, diciendo: « ¡He ahí tu hombre!» . <<